

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas

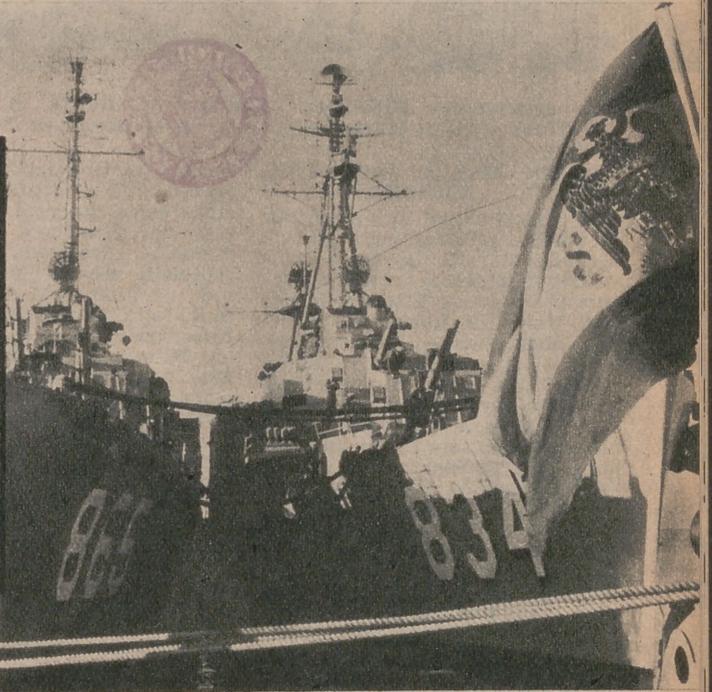
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 16 - 22 agosto de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 2

La VI Flota representa la voluntad de los Estados Unidos de ser protagonistas de todos los hechos que puedan ocurrir en el Mediterráneo.

ATENCIÓN A LA SEXTA FLOTA

Los destructores «Ware» e «Itzmer», en el puerto de Alicante.



EL MEDITERRANEO CENTRO DE GRAVEDAD DE TRES CONTINENTES

Marinos norteamericanos descansando en el quai de Barcelona.

BASES AERONAVALES EN LA ESTRATEGIA DE PAZ NORTEAMERICANA



DEL 5 al 14 de septiembre, la Sexta Flota norteamericana, casi completa, visitará los puertos españoles, entrando en los más importantes comprendidos entre Barcelona y Cádiz.

¿Cuál es la composición de la flota que será huésped de los españoles? ¿Cuáles los motivos de su presencia permanente en el Mediterráneo?



Los destructores «Gearing», «Buckely» y «Rush», el submarino «Toro» y el portaaviones «Coral», en el puerto de Barcelona

UN MAR Y TRES CONTINENTES

El mundo actual gira alrededor de las dos grandes naciones que agrupan al resto de los pueblos en dos gigantes bandos; estas naciones son los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, en donde se cristaliza el antagonismo de Oriente y Occidente. La lucha que se acerca será por la hegemonía mundial y la estrategia de la próxima guerra no será continental, sino global. Considerada bajo este aspecto, uno de los futuros teatros más importantes, quizá en donde se encuentre el centro de gravedad del conflicto, será el Mediterráneo, debido a ser un mar interior, largo, con amplias costas en tres continentes, con buenas comunicaciones con el Atlántico y mar Rojo, y unido también con los mares interiores que son de pleno dominio del bando oriental.

Además, considerando a Europa como una península de Eurasia, está flanqueada en toda su costa sur por el Mediterráneo, y aunque sus líneas de penetración no sean precisamente buenas, el tener guardado un flanco o poder atacar por él, en caso de invasión oriental, puede ser de decisiva importancia en una guerra.

Desde el punto de vista puramente naval, el Mediterráneo, desde la apertura de Suez, se ha convertido en la gran vía de unión entre los países del Próximo Oriente y los del Occidente europeo.

Todas estas razones hacen del Mediterráneo una zona crucial de primer orden, dentro de la estrategia global, y ello no podía escapar a la penetración de los que hoy día, desde el Pentágono, rigen los destinos de Norteamérica y del mundo.

LA U. R. S. S. BUSCA UNA SALIDA AL MEDITERRANEO

Cuando, al terminar la segunda guerra mundial, en plena luna de miel de los «cuatro grandes» vencedores, se produjo el ataque comunista a Grecia, los occidentales comprendieron que la U. R. S. S. no se conformaría con la parte del león que la otorgaban los tratados y que sus ape-

tencias por una salida al Mediterráneo eran evidentes. Desaparecidas como potencias navales de este mar Francia e Italia y sumamente debilitada Inglaterra, especialmente su prestigio por todo el Oriente Medio, la U. R. S. S., falta de contrincantes poderosos, podía infiltrarse por todos los Balcanes casi sin oposición. Este fué, poco más o menos, el momento en que la creación de la Sexta Flota y su aparición en el Mediterráneo llenó el vacío creado, en donde no sólo hacia falta el peso de las armas, sino la presencia y la decisión norteamericana de que las cosas no siguieran adelante y se pudiera contar con ella en una nueva agresión oriental. La Sexta Flota, en su principio, tuvo, pues, la misión de restablecer el equilibrio perdido después de la guerra y la no menos importante de devolver la confianza, ante la ayuda real norteamericana, a pueblos tales como Grecia y Turquía, que se veían irremisiblemente perdidos.

UNA MISION EN SEIS PUNTOS

Poco a poco los contornos de la situación internacional se fueron perfilando. Las diversas zonas de influencia de los orientales y occidentales se fijaron. También la política fué más clara y se hizo patente el antagonismo con la U. R. S. S. y sus procedimientos. Nació el Pacto del Atlántico, hubo con el mismo una reagrupación de fuerzas,

y a la VI Flota fueron fijándose misiones cada vez más definidas al considerarla como una fuerza móvil aeronaval capaz de hacer sentir su peso en el punto del Mediterráneo que se sintiese amenazado, pudiendo resumir éstas en los siguientes puntos:

1.º La VI Flota representa la voluntad permanente de los Estados Unidos de ser protagonista de todos los hechos que puedan ocurrir en el Mediterráneo.

2.º La VI Flota cubre el flanco meridional europeo y supone una amenaza permanente contra toda acción que se intenta sobre el mismo.

3.º La VI Flota cubriría a Turquía y Grecia de toda agresión repentina, constituyéndose en guardiana de los estrechos.

4.º La VI Flota supone una concentración aérea móvil de suficiente fuerza para decidir una acción en un momento oportuno.

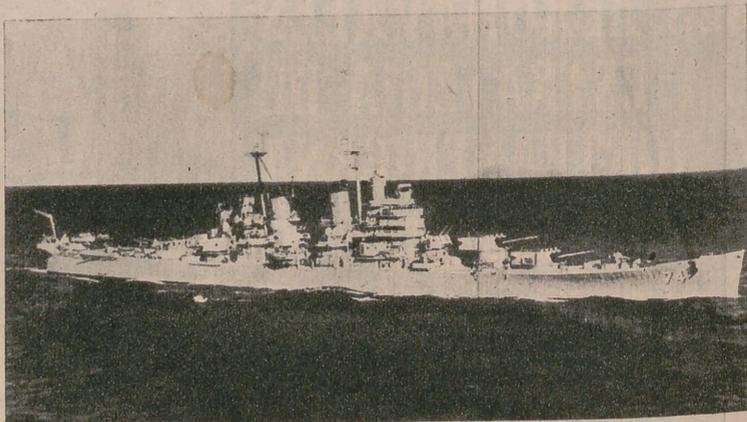
5.º Desde la VI Flota pueden lanzarse ataques aéreos atómicos sobre objetivos continentales muy precisos.

6.º La VI Flota garantiza las comunicaciones marítimas en el Mediterráneo.

LA ESTRATEGIA DE INTIMIDACION

Con esta serie de puntos en su programa, la VI Flota norteamericana se ha convertido en uno de los pilares de la paz en que descansan los pueblos occidentales, y el último de los eslabones de la cadena de bases aéreas estratégicas que los Estados Unidos tienden alrededor de la U. R. S. S.

Este último concepto requiere una ligera explicación. La estrategia de paz, que podemos llamar de intimidación de Norteamérica, consiste en la creación de una serie de bases aéreas avanzadas que circundan, en lo posible, todo el territorio controlado por Rusia, que, junto con las bases de Alaska, capaces de lanzar ataques aéreos por encima del Polo Norte, puedan en un momento dado efectuar bombardeos estratégicos atómicos sobre los centros industriales de la U. R. S. S., de tal forma que obligue a los rusos a pensarlo mucho antes de emprender aventuras bélicas. En el teatro europeo estas bases avanzadas están en todo el Norte de Africa, y la VI Flota, con sus dos formidables portaaviones, capaces de llevar 137 aviones cada uno, y la movilidad que le



El acorazado «Columbus CA-74»

presta el hecho de estar embarcada, hace que se convierta en una gran base aérea móvil capaz de situarse allí desde donde sus aviones puedan ser más eficaces, sustituyendo, quizá con ventaja, a las fijadas en territorio africano. Por esta razón podemos decir que la VI Flota es el último eslabón de la cadena de bases aéreas que los norteamericanos tienen en el teatro europeo.

Pero los barcos no pueden estar indefinidamente en la mar; necesitan bases en donde pertrecharse, reparar y descansar las dotaciones. Norteamérica no las tiene en el Mediterráneo, y utiliza la de los países de la N. A. T. O., especialmente las de Italia, Francia e Inglaterra, y aquí está lo que podemos llamar punto flaco de la misma, pues aunque la técnica de bases móviles haya sido ampliamente perfeccionada por los norteamericanos en la campaña del Pacífico, lo que hace tenga que llevar consigo un enorme tren naval, de todas formas depende de sus aliados por sus bases, y éstos se aprovechan de esta circunstancia para mediatizar hábilmente su actuación en el Mediterráneo cuando ésta no coincide con sus intereses. Por esta razón, si los Estados Unidos y España llegaran a un acuerdo, automáticamente convertiría la presencia de Norteamérica en el Mediterráneo en independiente de la asistencia de los países de la N. A. T. O., afirmando su posición política de forma incontrastable, estando entonces capacitados para poner condiciones a los demás, en lugar de verse mediatizados por ellos.

Esto, en pocas palabras, es lo que significa la presencia de la VI Flota norteamericana en el Mediterráneo, deseando resaltar lo que ya hemos dicho antes: que en ella descansa como en un sólido pilar las esperanzas de paz que el mundo occidental tanto anhela.

COMPOSICION TACTICA DE LA SEXTA FLOTA

A la VI Flota la podemos definir diciendo que es una agrupación aeronaval cuya potencialidad está basada en el poder aéreo que le prestan los portaaviones. En realidad es una gran base aérea móvil incrementada en el poder artillero del resto de los buques que la integran.

La VI Flota, debido a las circunstancias antes dichas, se com-



Los destructores de ataque «Staddar», «Huntington» y «Massey», anclados en el puerto de Valencia/

pone de dos grupos de barcos con misiones distintas, pero complementarias: uno, el formado por los buques de combate, portaaviones, cruceros, destructores, etcétera; otro, integrado por los barcos que constituyen una gigantesca base naval flotante.

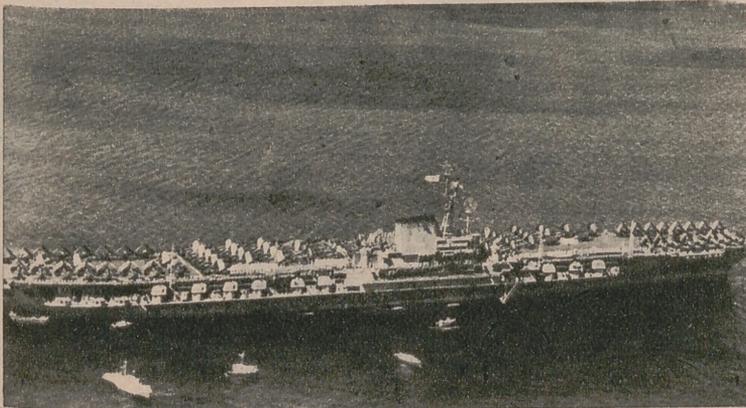
El grupo formado por los buques destinados a combatir no puede, como a primera vista sería más sencillo, estar compuesto solamente de portaaviones, dada la misión de estas fuerzas, pues toda formación naval, para que pueda ofender y defenderse con soltura, tiene que mantener un cierto equilibrio táctico, consistente éste en guardar una cierta proporción de medios de todas clases para que el enlace de las armas sea lo más perfecto posible. Esto hace que las flotas cuenten con toda clase de elementos y diversos tipos de buques que se complementen en la acción del conjunto. Por ello no es de extrañar que en esta Flota entren en su composición barcos de tan diferentes tipos.

El núcleo de la fuerza en la cual basa su potencia está formada por dos portaaviones pesados, aunque en ocasiones han sido uno pesado y otro ligero. Pero este tipo de barco, cuando no puede contar con la actuación de sus aviones, cosa que puede suceder en caso de mal tiempo, o en el de que estén operando lejos de él, podrían ser fácil presa ante el raid de un buque enemigo bien artillado y rápido; por

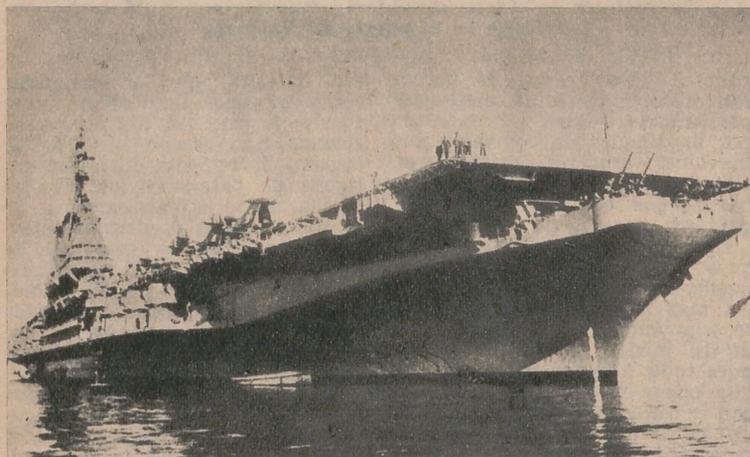
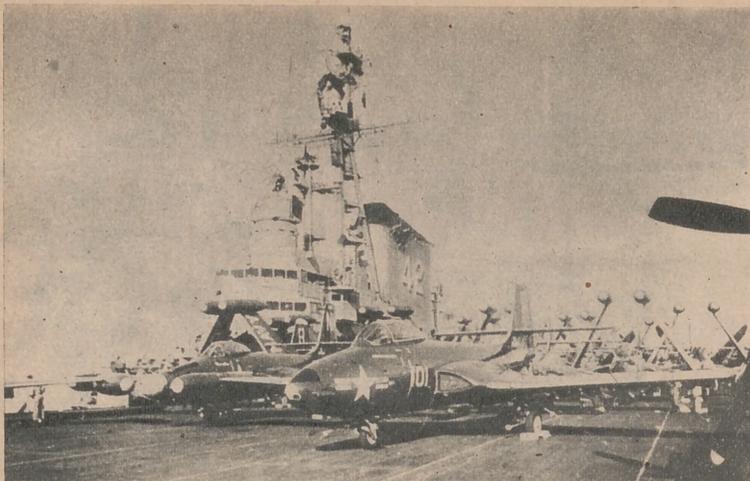
eso necesita que le acompañe, como mínimo, un crucero muy fuerte. A este fin los norteamericanos han creado un tipo de crucero, intermedio entre los antiguos de batalla y los pesados de la clase «Washington», de 17.000 toneladas de desplazamiento, un armamento principal de nueve cañones de 20,3 centímetros y un andar de 33 nudos, perfectamente apto para estas misiones, en el cual iza su insignia el vicealmirante J. H. Casady, jefe de la VI Flota.

Aunque la protección de estos buques contra los posibles ataques aéreos enemigos está encomendada principalmente a la caza embarcada, muy numerosa y capaz de obras concentradamente en los momentos finales y decisivos del posible ataque, es la propia artillería anti-aérea la encargada de rechazar o destruir a los aviones asaltantes, y con el fin de reforzar ésta en los momentos cruciales del asalto aéreo, acompañan a estos buques dos cruceros anti-aéreos de 13.600 toneladas, 34 nudos de velocidad y un armamento artillero análogo al anterior, pero todo anti-aéreo y con numerosas ametralladoras pesadas. Este armamento tiene una velocidad de tiro de tal categoría que el peso del proyectil, puesto en el aire cada minuto, es cien veces mayor que en 1940, y sus direcciones de tiro electrónicas y las espoletas de proximidad de los proyectiles les convierten en un instrumento sumamente eficaz en la lucha contra la aviación.

Pero este conjunto, formado por los dos portaaviones y tres cruceros, puede ser presa de los ataques torpederos concentrados de los destructores o submarinos enemigos, aparte de necesitar todavía organizar la defensa anti-aérea en profundidad, colocando una barrera exterior a los grandes buques, para que el avión tenga que recorrer una amplia zona batida por la artillería antes de lanzar sus bombas o torpedos. Esta barrera la forman en la VI Flota doce destructores de escuadra de 2.425 toneladas de desplazamiento y un armamento principal de seis cañones anti-aéreos de 12 centímetros, cinco tubos de lanzar de 53,3 centí-



El portaaviones «F. D. Roosevelt»



Dos aspectos del portaaviones «F. D. Roosevelt». Fotografías tomadas durante la última visita de este barco al puerto de Valencia

tros y 35 nudos de velocidad.

También forman parte de estas fuerzas tres destructores de escolta de 1.350 toneladas, dos cañones de 12 centímetros y cinco tubos de lanzar, con misiones probables de acompañar a los buques auxiliares en sus desplazamientos.

Este es el núcleo de la famosa VI Flota, y en la que radice su fuerza. Formando parte de ella, aunque teniendo como único fin la de formar una gran base flotante móvil, tiene una serie de buques especializados que en su conjunto tienen todos los medios de taller, almacenes, etc., excepto diques de que consta una gran base naval, sin exceptuar los me-

dios de seguridad habituales en las mismas.

Estos buques son: Tres de carga, probablemente almacenes de viveres, vestuario y respetos de todas clases; su tonelaje medio es de unas 7.000 toneladas y una velocidad de 17 nudos.

Dos de desembarco, uno grande, de 4.000 toneladas, y otro de 1.600 toneladas; probablemente no los emplearán para los fines bélicos para que fueron construidos, sino para utilizarlos para cargas y descargas rápidas en lugares donde no exista utillaje portuario potente. Un buque nodriza de aviones o submarinos, pues a la VI Flota le acompañan dos. Su desplazamiento es

de 8.000 toneladas. Un buque almacén de municiones, capaz de mantener durante un tiempo suficientemente largo la eficacia de los buques; su desplazamiento es de 15.000 toneladas y su andar de 15 nudos. Es uno de los barcos más complejos de la flota auxiliar debido a lo peligroso de su carga y a la importancia de su misión, dado que su desaparición sería de terribles consecuencias.

Buques talleres hay tres, de 1.600 toneladas de desplazamiento, dotados con la maquinaria-herramienta más moderna, capaces de reparar cualquier avería de la complicada maquinaria de los actuales buques.

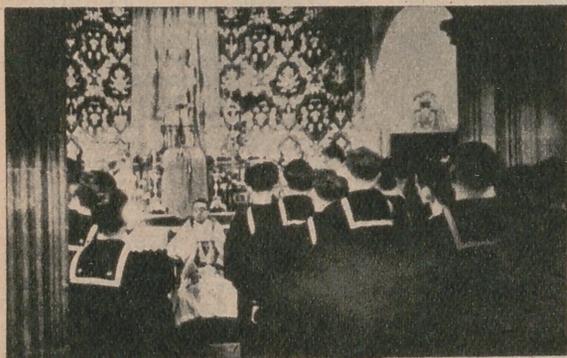
La flota petrolera consta de tres tipos de buques-tanques, grandes, pequeños y medios, para poder traer desde grandes distancias y después distribuirlos por todos los barcos tan indispensable combustible; bajo esta base existen dos petroleros de 22.000 toneladas de desplazamiento, dos de 7.000 toneladas y dos de 2.000 toneladas; de estos últimos, uno de ellos especializado en transporte de gasolina para aviación; la velocidad media de todos ellos es de 16 nudos.

Como seguridad de todo este conjunto, contra la acción de un posible minado enemigo y a veces también para abrir un canal limpio de minas a la flota de combate, llevan consigo cuatro dragaminas rápidos de 18 nudos de andar y 900 toneladas de desplazamiento.

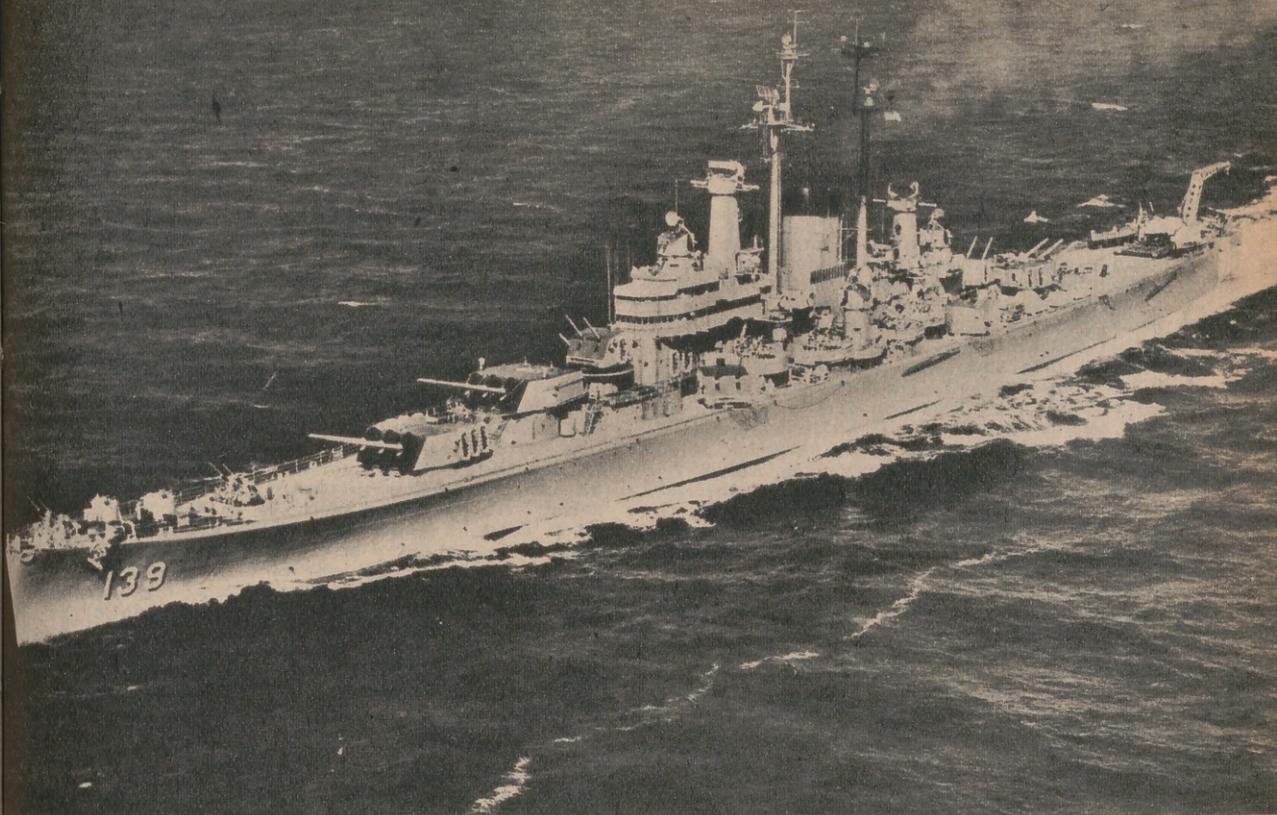
UNA AGRUPACION AERONAVAL EQUILIBRADA

Después de lo anteriormente expuesto observaremos que la VI Flota es una agrupación de barcos y aviones no muy grande, pero sí muy armónica y equilibrada, perfectamente apta para cubrir las misiones en el Mediterráneo que se le tienen asignadas dentro del actual estado de las fuerzas de los dos futuros contendientes en el mismo, pues en el caso de un avance rápido ruso por Europa y de un despliegue aéreo oriental más potente sería insuficiente y habría de ser reforzada, sirviendo la actual únicamente como núcleo de una expansión ulterior.

Otro de los probables objetivos de esta Flota es la de familiarizar a las dotaciones con un teatro de tan especiales caracteris-



Dos momentos durante la ceremonia celebrada en la catedral de Valencia con ocasión de la visita a aquel puerto de la VI Flota norteamericana, en la que fueron confirmados veintidós marineros del portaaviones «Midway»



El crucero pesado «Salem», insignia del vicealmirante Cassady

ticas como es el Mediterráneo; recuérdese que el propio Nelson decía que era el mar más calificado para formar almirantes, así como les da ocasión de conocer a sus aliados, efectuar maniobras conjuntas con ellos y limar las asperezas que puedan surgir en los métodos tácticos, transmisiones, etc., que tanto contribuye al buen funcionamiento de las fuerzas armadas de una coalición.

La VI Flota no siempre está formada por los mismos barcos; se van relevando con el objeto de que puedan ser sometidos en Norteamérica a sus reparaciones periódicas y las dotaciones no estén más de seis meses fuera de sus bases habituales metropolitanas, en donde tienen sus familias.

Para terminar este ligero comentario daremos la lista de los buques que van a visitar los distintos puertos españoles entre el 5 y el 14 de septiembre próximo:

Barcelona. — Crucero pesado «Salem». Insignia del V. S. Cassady.

Crucero anti-aéreo «Juneau». Portaaviones pesado «F. D. Roosevelt».

Destructor de escuadra «Vogelsgang».

Destructor de escuadra «Sherwood».

Petrolero «Monongahela».

Petrolero «Mattahuset».

Petrolero «Pawcatuck».

Petrolero «Nantahala».

Tarragona. — Destructor de escuadra «Zellars». Insignia del C. de N. Powell.

Destructor de escuadra «R. H. Huntington».

Submarino «Argonaut».

Submarino «Requin».

Castellón. — Destructor de escolta «Buckley».

Valencia. — Portaaviones pesado «Coral Sea».

Destructor de escuadra «Braine».

Destructor de escuadra «Bordela».

Destructor de escuadra «Furse».

Buque de carga «Rolette».

Buque de desembarco «Casa Grande».

Petrolero «Masias».

Alicante. — Destructor de escuadra «Gearing».

Destructor de escuadra «Rush».

Transporte rápido «E. B. Hall».

Cartagena. — Transporte «Monrovia».

Palma de Mallorca. — Crucero a/a pesado «Baltimore». Insignia del C. A. R. L. Dennison.

Destructor de escuadra «Mullany».

Destructor de escuadra «Stoddard».

Nodriz «Yellowstone».

Transporte «Rockdrige».

Transporte de municiones «Mazama».

Dragaminas «Fitch».

Dragaminas «Macomb».



El comandante de la VI Flota, vicealmirante J. H. Cassady

Sevilla. — Dragaminas «Tanagers».

Dragaminas «Staff».

Cádiz. — Dragaminas «Tercil».

Dragaminas «Towhee».

Estos son los buques de la VI Flota que visitarán los puertos españoles en visita de buena voluntad; a todos ellos les deseamos una grata estancia entre nosotros.

Enrique MANERA
Capitán de fragata y profesor de la Escuela de Guerra Naval.



Momento de ser izada la bandera de los Estados Unidos a bordo del portaaviones «Bataan»

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas
solicitando una suscripción.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

Sr. D. Eduardo Comín Colomer

CUANDO ya apenas se escribe sobre Beria en la Prensa mundial (tampoco se menciona a Stalin en la Prensa soviética); porque cada quisque, incluidos los expertos, ha soltado su noticia o su interpretación en torno a la desventura del chequista, señor don Eduardo Comín Colomer, yo voy a exponerle un punto de vista mío; aunque le anticipo que mi vista está bastante cansada. La clave de la caída de Beria también empieza con «be» y esto quiere decir que es Bertaux. Nadie ha reflexionado en la coincidencia de estas vidas paralelas en el momento de las sendas acusaciones. Ambos regentaban la Policía, como ministro del Interior y de la Seguridad del Estado (la M. V. D. y la M. G. B., antes la N. K. V. D., antes la G. P. U., antes la Checa) y como director de la Sureté Generale; ambos eran socialistas e impenitentes, a pesar de proceder y haberse movido por tierras meridionales; ambos contaban con el apoyo, a manera de «maffia», de grupos étnicos insolidarios, cuales los corsos o los georgianos; ambos manejaban la información casi con exclusividad y bebían en las mejores fuentes; sin embargo, más o menos coetáneamente, ambos han sido acusados de compinchería con los bandidos. Bertaux, el mandamás de la Policía de Francia, el hijo predilecto y protegido de la Resistencia marxista, era el cómplice, investigador, poco menos que el ladrón de las joyas de la Begún; mientras que el supremo jerarca de la bofia rusa, el paisano y panlaguado de Stalin, aparece tal un «víbora lúbrica», un agente del capitalismo y del imperialismo extranjeros.

Señor don Eduardo Comín Colomer, iba a exclamar: ¿qué pasa en Cádiz?; pero no es ése el lugar geográfico por el que hay que preguntar, sino, ¿qué pasa en la Lubianka?, ¿qué pasa en la calle de Jerusalén? Uno es un retórico tan empedernido que, sabiendo que no existe ya la magna sede de la Policía francesa en la calle de Jerusalén, empero dirige su interrogación hacia ese sitio tan mencionado en los folletines de París del siglo XIX. La calle de Jerusalén ahora es un tópico; pero no lo era en los tiempos del duque de Atranto, el antiguo fraile oratoriano José Fouché, quien simboliza el prototipo del polizone puro, del genio de la confidencia, del fichero, de la intriga; pero asimismo de la eficacia sin precedentes. Antes de Fouché, los servicios de seguridad y vigilancia de los Gobiernos para defensa del orden y de su permanencia eran esbozos de aficionados que acertaban a causa del azar o del soborno; durante Fouché y después de Fouché, la Policía se convierte en científica, porque se basa en algo tan perfecto como es el jüego psicológico de las pasiones, conocido por el ejercicio de su anterior ministerio por aquel religioso renegado. Pues bien, José Fouché, que fué ministro de la Policía con el Directorio thermidoriano y con Bonaparte, se aprovechó de las crisis políticas y militares de Napoleón para echarle la Policía encima y, partiendo de los secretos policíacos, conspirar contra el Emperador para suplantarle. Fué la primera rebelión de un órgano para la seguridad del Estado contra el propio Estado (la rebeldía del Angel caído), considerándolo, según sus perfectísimas y copiosas informaciones, en sazón de dar gusto, sin peligro, a sus oponentes. Esto es, heredar al muerto cuando ninguno sabe que está muerto y llevarse además, no como botín, sino como botija, la simpatía de sus enemigos. Tal acción, que es más moderna que las periódicas insurrecciones de las guardias pretorianas, que de vez en cuando triunfaban, nunca tuvo éxito en la Historia y produjo resultados contraproducentes. La Policía de los hombres cristianos, cual usted y sus compañeros, jamás se ha puesto en el camino de ese golpe de Estado policíaco, cuyas consecuencias pueden verse en el caso

de Fouché utilizado por Napoleón y luego por los Borbones, sin que nunca obtuviese el Poder que había de venir traidoramente; en el caso de Himmler, la mano derecha, el puño fuerte de Hitler, hasta que en el río revuelto de las últimas horas también trató de levantarse con el santo y la limosna (pero Himmler no era santo, sino anticristiano, y la única limosna fué su misero suicidio); era el caso de Lorenzo Beria, con idéntica faz fridida e inexpresiva de Fouché o del semidiós de la Gestapo.

A Beria le ha sobrado y le ha faltado información dentro de la Lubianka, por donde pasa un cable de tensión altísima. Quien lo toca, se mata; verbigracia, los ejemplos de sus antecesores Yejev, Yagoda, Menchinski y Dzerjinski, homúnculos, al fin y al cabo, pulverizados por la locura, por la tisis, por el veneno, por las balas, no obstante de mandar en todo, disponer de todo y saberlo todo. Beria había sido el verdugo del Cáucaso y pretendía ser el cacique del Cáucaso para, apoyado en las primitivas y energéticas montañas, tomar fuerza ancestral y dominar a Rusia. Beria no era ruso y lo ha vencido un gran ruso (por lo pronto, Malenkov), con el Ejército de Rusia y en nombre de la Santa Rusia, cuyo nombre actual es un pecado. Beria, ahito de noticias, verdaderas y falsas, como todas las noticias, rebotando bulos y rumores, quiso contar con la oposición a Stalin para heredar su dictadura en nombre de la Libertad. Beria se apoyaba en los fermentos que corroían el bloque monolítico del Kremlin, en aquellos ocultos conspiradores que había vigilado paso a paso y segundo a segundo. A saber, los judíos, los dispares nacionalismos de las Repúblicas soviéticas, los intelectuales y los técnicos, que se sentían hartos de un uniformismo sagrado. Beria parecía seguro del logro de sus planes, como Bertaux confiaba en sus apaches corsos y en su inmunidad de gran gerifalte. Pero Bertaux ha sido acusado por otro policía, el monsieur Valentin, como Beria ha caído en las redes de sus iniciales: N. K. V. D., M. V. D. y M. G. B. Demasiadas letras para un hombre solo, para un hombre que no cree en Dios, como Fouché, como Himmler.

La moraleja de esta carta, señor don Eduardo Comín Colomer, se encuentra en otro cuento de policías y ladrones, que es «El hombre que fué jueves», del novelista Chesterton. También allí hay un lío, una confusión de bandidos y de guardias, una maraña inexplicable, que al final se explica porque todos los hilos están en las manos omnipotentes y bondadosas de Dios.

DE LAS
PIEDRAS,
PAN

CONSI

EL espectáculo que ofrecen algunos grupos juveniles actuales, preocupados, pessimistas, criticistas, angustiados, es realmente poco sugestivo. Para una mentalidad realista, el halago a esos grupos es tanto como el fomento de la desorientación y la incoerción juveniles. A los jóvenes les importa, en un momento determinado, más que la especulación sobre lejanas realidades ajenas a su esfera, adivinar lo que realmente quieren. La consideración constante a la totalidad del mundo y de la historia podría apartar a esos jóvenes de su vinculación con la historia efectiva que en su radio de influencia deben realizar. He aquí por qué frente a la política de «mano tendida» hemos hablado de «mano

POLITICA Y ECONOMIA

NUESTRO comercio exterior no sólo ha mantenido sus mercados tradicionales, sino que se reafirma en otros y amplía su área de penetración. La política de industrialización, tan criticada durante algún tiempo en algunos medios, ha resultado decisiva hasta para nivelar la balanza de pagos. En esta balanza comercial y en la llamada balanza «invisible» se ha conseguido cortar toda desviación de divisas hacia el mercado clandestino. A pesar de la sequía no faltará el trigo ni, por consiguiente, habrá restricciones en el consumo de pan y la industria textil no experimentará disminución en los suministros de algodón, estando asegurado ya el pago de las importaciones. La solidez y seguridad que ofrece en todos los órdenes la situación española no solamente ha hecho desaparecer radicalmente la evasión de capitales nacionales, sino que ha provocado una estimable corriente de capitales extranjeros hacia nuestro país, al mismo tiempo que el turismo representa hoy un capítulo de ingresos, hasta la fecha desconocido en nuestra economía. Están previstas las medidas necesarias para que, en el caso de que se concluyan las negociaciones con Norteamérica, las consecuencias del acuerdo no originen inflación alguna, como están en estudio las que, en el momento debido, puedan conducir a un reajuste de los salarios metódicos, gradual y sincronizado con las posibilidades reales.

He aquí la gráfica del momento económico español trazada en sus últimas declaraciones por el Ministro de Comercio. España, pues, se encuentra en condiciones de hacer frente a sus problemas y a las vicisitudes naturales que puedan afectarlos. Hemos alcanzado la estabilidad, la fortaleza y la fluidez necesarias en nuestro proceso económico. La economía española, por lo tanto, se encuentra en un estado francamente saludable.

Si el déficit se acusa este año en algunos cereales por las desfavorables condiciones climatológicas, se cubrirá con importaciones, cuyo valor se enjugará con parte del stock disponible de divisas o con el sobrante de productos españoles, como en el caso de las 20.000 toneladas de trigo que vendrán de Turquía. Registremos aún estos otros dos datos del máximo interés y ambos de signo absolutamente positivo: se ha mantenido el poder adquisitivo de la peseta en el interior a la vez que se ha revalorizado en los mercados internacionales, y los créditos se destinan y se podrán seguir desti-

nando—en muchos casos exclusivamente—a inversiones reproductivas.

Pero la interpretación de estos hechos no sería totalmente exacta si no situamos—como lo hace el señor Arburúa—en el primer plano de la consideración que la causa fundamental de esta clara recuperación y de este crecimiento económico son la firmeza y la congruencia de un orden político perfectamente ajustado a las necesidades y características del pueblo español y a los imperativos de nuestro tiempo. La tendencia de los capitales extranjeros a refugiarse en nuestro país, que acabamos de apuntar, es un argumento de excepción, incluso para quienes no quieren estimar debidamente otros síntomas y factores de naturaleza objetivamente superior. Y es que si siempre existió una mutua influencia, una muy profunda y permanentemente conexión entre seguridad y congruencia política y proceso económico, hoy, dada la complejidad de la vida en todos sus aspectos, esta interconexión y esta influencia son evidentes. Más aún: si es cierto que el progreso material y el nivel de vida de un país están condicionados, en su último origen, por las fuentes potenciales de riqueza de que disponga, está también fuera de duda que sin un ordenamiento y una estructura políticosociales adecuados el rendimiento de estas fuentes se hallará constantemente amenazado por el peligro de muy graves colapsos. Sin una concepción política correcta y un recto sentido de la administración pública y del Gobierno, la distribución de esta riqueza nacional no será nunca equitativamente beneficiosa para todos. En plazo más o menos largo se registrará automáticamente la existencia de desniveles intolerables entre los distintos sectores de la comunidad, desniveles que fatalmente engendrarán la catástrofe.

Por lo tanto, han de tenerse muy presentes estos dos principios. Primero: toda acción política, particularmente en aquello que pueda repercutir en el equilibrio de la economía nacional, ha de sincronizar sus avances y realizaciones con la capacidad real de esa economía. Segundo: no obstante esta obligada acomodación de los proyectos al volumen real de disponibilidades, en el orden de los valores la supremacía corresponde no a lo económico, sino a lo político. Lo contrario es un error que se paga muy caro.

EL ESPAÑOL

LOS A LOS JOVENES

ocupada. No en el sentido de aplaudir la cerrazón intelectual, sino en el de afirmar el conocimiento que llega a través de la acción compartida, si se quiere, con los libros. La acción puede ser fuente de conocimiento y de hecho es siempre enraizamiento, autenticidad, comprobación y clarificación de las ideas adquiridas en los textos, en la Universidad o en la meditación personal.

El futuro lejano podrá ser adivinado por los filósofos y por esos hombres que tienen el don profético. Pero el futuro que nos importa en cuanto a hombres, el más inmediato a nosotros, únicamente lo pueden prever aquellos que participen del conocimiento de la actualidad por su propia vida. Quien sólo es espec-

tador en los quehaceres políticos, sociales, profesionales, administrativos que se ofrecen a la ocupación y al interés activo de los españoles nunca podrá averiguar la naturaleza auténtica de esos quehaceres.

Recomendamos a los jóvenes una política de mano ocupada. Creemos que el Estado ha de favorecer todo lo que luche contra la incoherencia de la juventud. Se necesita el aliento y el trabajo de las nuevas promociones. La época actual es, desde luego, una época insegura. Nuestras esperanzas no pueden basarse en argumentos, sino en la fe y en la creencia. Por eso la apelación a realizar es más urgente que nunca. Debemos aprovechar el tiempo. Nadie puede asegurar, ni en

España, ni en Italia, ni en Francia, cuál será el régimen social y político que dominará dentro de cien años. Hay, pues, en el ámbito una radical incertidumbre. Pero a los jóvenes, y a ti y a mí, querido lector, que vivimos en España y que podemos actuar dentro de un orden de derecho, realizar en cada momento lo que es auténtico, colaborar con entusiasmo en todo lo que ofrece aspectos creadores y suficientes garantías de pureza es, al fin y al cabo, una certeza que nadie podrá discutir. Es la certeza de la mano ocupada en empresas pequeñas o grandes, pero nobles y generosas.

Claudio COLOMER MARQUES

(Premio Nacional de Periodismo 1952)

ESPAÑA EN SU SITIO

LOS tratados internacionales, las alianzas y los pactos han regulado siempre las relaciones de convivencia pacífica entre los pueblos. Y nunca, salvo en los períodos que siguen a las grandes guerras, períodos en los que los odios y las pasiones políticas enturbian la visión serena del panorama histórico y desvían el recto entendimiento del orden jurídico común a todos, se ha discutido la licitud o la procedencia de los pactos libres entre los Estados libres y soberanos.

Al terminar la última guerra mundial España, aunque no tuvo intervención en ella, padeció un injusto bloqueo diplomático. Pero, como el tiempo sigue siendo el mejor aliado de la verdad y la razón, aplacados ya los inevitables apasionamientos de la última contienda y reconocidas por todos las ventajas que reportó a los vencedores la neutralidad española, la razón y la verdad de España se abren un camino cada día más ancho en el mundo y cada día se perfila con mayor claridad el significativo precursor de su Cruzada.

Partido el mundo en dos bloques antagónicos, España no tiene que cambiar su postura internacional para estar en su sitio, al lado del bloque que defiende la civilización y la cultura. Ni tiene tampoco que alterar su régimen interno para estar al servicio de la libertad concordada y armonizada con el ejercicio pacífico de los derechos fundamentales del hombre.

Somos y hemos sido siempre una nación li-

bre entre las naciones libres y un Estado independiente y soberano entre los de esta misma condición. No necesitamos, por lo tanto, ni el aval, ni el visto bueno de nadie para pactar libremente, según nuestra propia decisión, con cualquier otra potencia libre y soberana. Y como hemos sido los primeros en enfrentarnos con la barbarie comunista y en derrotarla en nuestro suelo, nuestra posición política hacia el exterior no está influida ni condicionada por los cambios de frente de ninguna guerra silenciosa, cualquiera que sea el grado de su temperatura.

Nuestra situación estratégica privilegiada y nuestra impecable historia militar nos convierten en un factor sustancial para la defensa marítima, aérea o terrestre de Europa. Y nuestra añeja tradición jurídica, limpia de concesiones a la política de los dobles juegos y de las ventajas mercantiles—que no en balde plantamos hace siglos los cimientos del Derecho internacional—, es la mejor garantía del cumplimiento íntegro y leal de aquella parte que nos corresponda servir en cualquier trato.

«Estamos dispuestos a convivir con todos los pueblos, a relacionarnos con todas las naciones libres, a establecer con ellas tratados de amistad y de comercio, pero dentro siempre de nuestra dignidad y del respeto a nuestras tradiciones y a nuestras costumbres, a nuestra fe y a nuestras libertades.»

EL ESPAÑOL

MAÑANA SERA OTRO DIA UN POLITICO DE EUROPA

HACE ahora diez años de la caída de Benito Mussolini. Enemigos somos de aniversarios, y no tratamos de celebrar uno con esta ocasión. Pero sí de aprovecharla para llamar la atención de los que entonces no tenían uso de razón todavía, sobre el papel que el Duce jugó en la historia de este continente europeo que, según cierto escritor americano, no es un continente, sino una península del continente asiático. Diez años, para un alma bien nacida, bastan a borrar los tiquismiquis y a dejar claras y puras las líneas. Dejo a otros el cuidado de insistir, si gustan, sobre los tiquismiquis; quiero pasar los ojos por las líneas maestras de la estatua.

Una, la virilidad. En la alta frente y la alta mandíbula, en la actitud impávida y el ademán jaquetón, en la palabra neta, en la ninguna adoración por la muchedumbre, en el—muy al contrario—dejarse o hacerse adorar por las muchedumbres, como por las mujeres y someterlas con un breve y engallado gesto de sultán. La introducción de las mujeres en la vida social se ha acompañado de la introducción de lo femenino en la vida política; esto es más visible, naturalmente, en aquellos pueblos donde las mujeres se hallan más equiparadas a los hombres o incluso por encima de ellos. Matices de feminidad en la vida política son la incoherencia, el temor, el disimulo, el egoísmo, la reducción del espacio al solo lugar que se pisa y del tiempo al solo momento que pasa, la sustitución del sentimiento por la tirría y de la gallardía por la conveniencia; son calidades femeninas, quizá encantadoras en las mujeres, pero odiosas en los gobiernos. Benito Mussolini, no obstante haber nacido italiano, promulgó que el gobernar es empresa sólo para hombres.

Otra: la paz civil. Digo la paz civil como lo contrario de la guerra civil. Digo la paz civil como aquel modo de estar y de sentirse los ciudadanos que consiste en hallarse en paz consigo mismos, participantes en la común vida de la patria, par-

ticipantes en la común vida de la cultura, participantes en el común destino del género humano. Guerra civil son en Europa las elecciones políticas, que él suplió con la democracia orgánica, con la demojerarquía si se me permite el neologismo. Guerra civil es la lucha de clases, en cuyo sitio implantó él la cooperación y las corporaciones. Guerra civil asomaba en la cuestión del poder temporal de los papas, que él puso en su punto con el pacto de San Juan de Letrán. Guerra civil empezó siendo la última guerra europea, que él consiguió detener un poco más en Munich. Guerra civil encierran dentro la enfermedad y la pobreza, la desconfianza y el recelo y hasta la fealdad; él hizo de Italia el país más limpio, sano y hermoso que Italia en su tiempo podía ser.

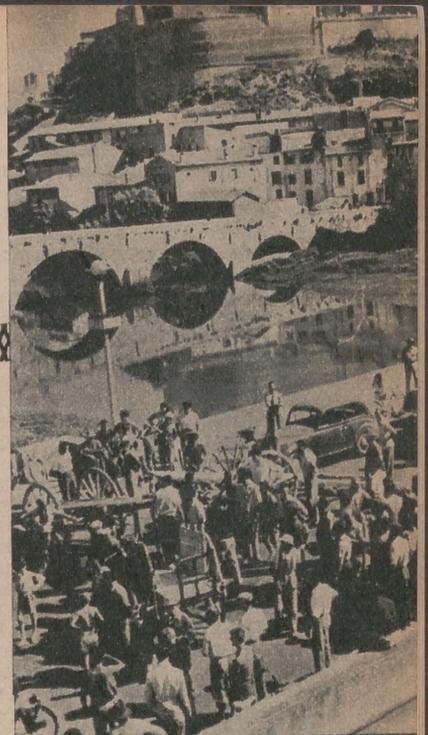
Otra: la civilización. La última figura de proporciones históricas dotada de auténtica y operativa fe en la civilización occidental ha sido la de Benito Mussolini. Inbuyó fe en todas las mentes jóvenes europeas que por la falta de fe de sus propios padres estaban condenadas a hundirse en la escéptica lujuria del fin de siglo, del fin de raza, de fin de era histórica y de ciclo cultural. Creó la fe de los que no nos resignamos a aceptar que el género humano ha de vivir chapoteando sin remedio en la cloaca capitalista o en la cloaca bolchevique. Fué a Abisinia a levantar una catedral—supongo que la primera catedral africana—en Addis Abeba, como quien invita y convence a Europa para que de nuevo colonice, ordene, provea, ya que numerosos trozos de humanidad todavía están silvestres. Se hizo nombrar protector del Islam y buscaba enderezar a los creyentes musulmanes como ejército copioso y valiente que un día luchase contra la masa eslava, en defensa de la creencia y la jerarquía, contra la horda que hoza y arrasa.

La virilidad, la paz civil, la vivencia de la civilización. Lo que habría salvado a Europa. Lo único que, resucitado, quizá queda salvarla todavía.

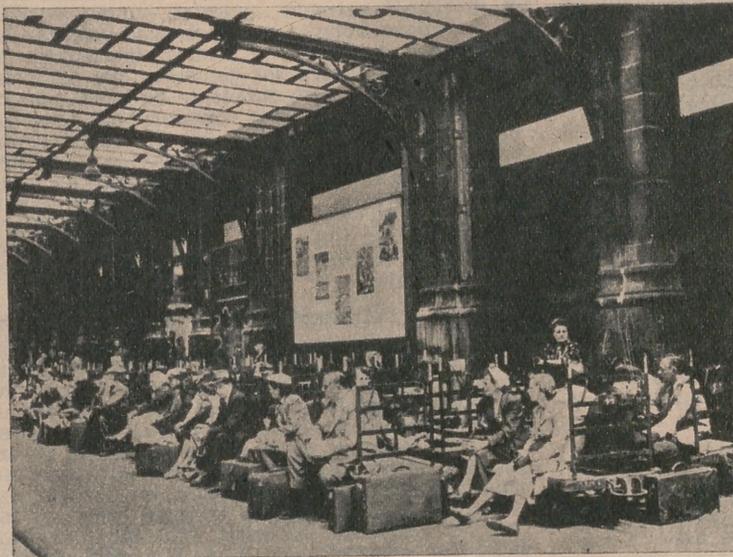
Luis PONCE DE LEON

LAS ACTUALES HUELGAS FRANCESAS MARCAN EL RUMBO A UN NUEVO FRENTE POPULAR

En Francia, como en todas partes, la burguesía timorata y los sectores pusilánimes marchan con diez años de retraso hasta en lo que a su propia defensa se refiere



Los viticultores franceses, para protestar contra la actitud del Gobierno, torpecen el tráfico en las carreteras



EL MOVIMIENTO QUE VA
PERFILANDOSE ES MAS
PELIGROSO QUE EL DE 1936

La huelga de servicios públicos ha paralizado los ferrocarriles. Este es el aspecto de una estación de París

Los partidos se alzan contra el veredicto del sufragio

SE dibuja en Francia un nuevo Frente Popular. No se han concretado todavía sus contornos, pero ya empieza a perfilarse que no faltarán en la tentativa oficial las características favorables al propósito de algunos partidos. A éstos, el Frente Popular se les presenta como una cuestión de vida o muerte. Dejando aparte la incógnita del general De Gaulle, todos los elementos políticos de Francia están interesados en la formación eventual de un movimiento, cuya finalidad es de orden inmediato, pero de consecuencias que pueden ser catastróficas en el porvenir. En 1936, gracias a un resultado electoral avasallador, comunistas y socialistas, arrastrando a los radicales, dieron a una noche del hotel Matignon, residencia del primer ministro, el carácter de una sumisión de la burguesía. León Blum tomó el mando de las fuerzas, y sin preocuparse de las repercusiones internacionales, no por previstas menos amenazadoras, se lanzó adelante, mientras en toda Francia las ocupaciones de los centros de trabajo (fábricas, almacenes, talleres, despachos) marcaban el rumbo del naciente Frente Popular.

La despreocupación de 1936 por las reacciones exteriores se revelan en una fotografía, tomada en

el preciso momento de la ascensión al Poder de León Blum. Aparece asomado, sonriente y feliz, en el balcón de su casa del Quai Borbon, en la bendita isla parisíen de la Cité, mientras a la misma hora rompían los Ejércitos de Hitler el tratado de neutralización de la orilla izquierda del Rin. Esta zona, neutral por el tratado de Versalles, a las puertas de Francia, se rearmaba con la entrada del nacionalsocialismo. Nadie se atrevió en aquellos momentos a subrayar la gravedad de la iniciativa fulminante del III Reich, como tampoco no hubo nadie que apreciase la gravedad en



León Blum y Mauricio Thorez, figuras del Frente Popular de 1936, cantando «La Internacional» en un acto de clara significación comunista

1936 de la denuncia unilateral por parte de Bélgica, del pacto de alianza con Francia. Hubo, y a la vista estuvo, un reflejo de temor y medidas de prudencia defensiva. Aquel movimiento inspiró recelos más allá de la frontera gala, y es posible que también los produzca a fin de año, cuando se dé forma al incipiente Frente Popular. Tres hechos se produjeron: ruptura del tratado que neutralizaba el Rin, cese de la alianza con Leopoldo III de Bélgica y el Anchluss acabando con la independencia de Austria.

El movimiento que va acentuándose es más peligroso que el anterior. En 1936 presidía el Gobierno el radical Sarraut y tuvo que inclinarse ante la remilitarización por Hitler de la zona desarmada del Rin y pasar por el temido Anschluss. Los preparativos sensacionales de agosto, en una huelga total, se realizaron bajo un Gobierno presidido por el conservador Laniel. Da lo mismo. En 1936 la intención se camuflaba tras un fin preciso: la revalorización de los salarios y las convenciones colectivas. En 1953 ya están normalizados. ¿Qué se pretende y contra quién se arma el futuro Frente Popular? Sencillamente, contra una política conservadora que pretende aplicar su «política», al fin y al cabo, refrendada por el «voto popular». El Parlamento, antes de clausurar su sesión para las vacaciones anuales, concedió al Gobierno de M. Laniel poderes llamados especiales, no los plenos que exigían sus precededores. Tienden esos poderes a realizar una reforma de la Administración, con economías que no se han detallado, a fin de conseguir el equilibrio presupuestario que demanda con apremio el Banco de Francia. Tales reformas han de aplicarse por decretos, que se someterán luego a la aprobación de la Cámara. Aunque no se conoce el resultado de las deliberaciones que está llevando a cabo el Gobierno bajo la inspiración del ministro de Hacienda, M. Faure, es lo cierto que las Centrales Sindicales, alarmadas por la intención bien clara de cambiar, mejorándola, con arreglo a las circunstancias, la edad del retiro, se lanzan a la huelga, uniéndose tácitamente, hasta el punto de que en casi todos los sectores del trabajo, sin la aquiescencia de la C. G. T., no se hubiera podido conseguir la triste unanimidad que se ha visto en agosto.

En cuanto a las vacaciones pagadas de los asalariados, sólo las han disfrutado los de julio, y por ello los de agosto se apresuraron a anticiparlas, lo que explica también la unanimidad de la huelga.

¿QUIEN GOBERNARA ESTE FRENTE?

De hecho, los comunistas y las dedadas de miel de Malenkov a Francia lo confirman, orientándolo internacionalmente contra la política de rearme y de unidad de Alemania, a base de elecciones generales libres, evitando a toda costa que la nación germana resurja libre y pujante. En lo que se refiere a las derechas, socialistas y M. R. P., el acuerdo es casi absoluto sobre Indochina, Túnez y Marruecos con el criterio del famoso comando Mendes France, Edgar Faure, Reynaud y Mitterand, partidarios de negociaciones leales que lleven a dichos territorios a una independencia efectiva. Sólo un árbitro cabe en la pugna, un hombre con recursos dialécticos y habilidad política, M. Vicent Auriol.

La oleada de huelgas que se ha desatado en Francia, en el momento que parecía tan poco propicio de las vacaciones estivales constituye un indicio de la tempestad que se anuncia desde hace tiempo en la vecina nación. El hecho de que todos los Sindicatos —F. O. (Fuerza Obrera), de influencia socialista; C. F. T. C. (democristianos), autónomos e independientes— realicen la unidad en la base que sustenta el partido comunista, demuestra la habilidad con que los seides de Moscú han procedido. La C. G. T. sola no hubiese podido desarrollar un movimiento de tal envergadura; las demás Centrales, tampoco, y han tenido que juntarse. Registremos entre paréntesis el ridículo corrido por la tan famosa Central de Sindicatos Libres, que únicamente cuenta en Francia con la adhesión de la F. O.: no ha sido consultado ni el dirigente norteamericano de la F. A. L. Irwing Browing y el de la C. I. O. Reuther, que, como el Gobierno de Washington, han derrochado sus dolores en balde. Todo ello ha de desembocar forzosamente en octubre o diciembre en el gran movimiento social, que será el preludio de la resurrección del Frente

Popular, con el nombre de Frente Democrático y Social, propugnado por el partido socialista, o con otro, pues el nombre no hace al caso.

¿Asistirá impasible el pueblo francés a esta tentativa ideada para evitar la disgregación de ciertos partidos, frustrando las ventajas electorales de independientes y moderados?

Contra el veredicto del sufragio se alzan, en realidad, los partidos, viendo que la mejor manera de neutralizar los votos de conservadores y moderados es renovarse, adoptando los recursos antiguos que juntan a las minorías, dejando de lado lo que les separa para no perseguir más que lo que les une». Del partido comunista y de sus simpatizantes les separa un abismo ideológico, y los aglutina, por razones opuestas, el mismo resquemor propio de los deudores socorridos contra los Estados Unidos y el miedo de todos a la resurrección del Ejército alemán, tan temida en París como en Moscú, circunstancia que aprovecha Thorez. Se da por descontado que Francia no aprobará, si llega a discutirse en el Parlamento, el tratado de la Comunidad de Defensa Europea, que lleva en sus entrañas la incorporación de un Ejército alemán a las fuerzas del Pacto Atlántico. Comparten la misma adhesión temerosa desde el R. P. F. hasta el M. R. P., el ala izquierda herriotista, los socialistas y, como es natural, los comunistas y sus satélites, disfrazados de progresistas.

El episodio político francés actual se caracteriza por la rebelión de estos partidos minoritarios contra el propio sufragio universal, aunque parezca una paradoja. Todo lo posponen a la voluntad de evitar una disolución, y hemos asistido en la Asamblea Nacional a los esfuerzos que se hicieron dando un número suficiente de votos a la tímida y mezquina reforma constitucional para hacer imposible el referéndum que se exigía. Estra-tégicamente, y con menos valimiento que en 1936, se concretará la amplitud del movimiento social en un Frente Popular. Las huelgas de agosto no han sido más que una maniobra táctica, un ensayo general, del estallido que se provocará —no han de faltar pretextos— cuando terminen las vacaciones estivales.

INDEPENDIENTES Y MODERADOS

No cabe esperar de ellos una reacción que desbarate estos planes. En Francia, como en todas partes, este tipo de burguesía timorata y los sectores pusilánimes marchan con diez años de retraso en lo que a su propia defensa se refiere. El miedo es libre. Los informes de los prefectos de los departamentos que llegan periódicamente al Ministerio del Interior son de un pesimismo, en cierto modo, «pacífico». El pueblo ya no tiene en cuenta la divisa del régimen: «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Han adoptado sólo la de «Libertad, Bienestar y Estabilidad». La adoptan todos, las derechas y el centro porque les convienen, y las izquierdas, cautelosamente, porque favorece sus fines.

¿Qué puede conseguir al frente del Gobierno un hombre como el presidente del Consejo, M. Laniel? ¿Cómo ha podido merecer el favor presidencial? Veamos la táctica de M. Auriol.

EL SEPTENATO PRESIDENCIAL

El Frente Popular que se proyecta—de momento—para la supervivencia de los actuales partidos, quizá no cristalice hasta primeros de año. Al final del presente termina el septenato de M. Auriol, y ha de procederse a la elección de su sucesor en la Presidencia de la República por ambas Asambleas reunidas en Versalles. A pesar de que son cuatro las existentes —Asamblea Nacional, Consejo de la República, Consejo Económico, presidido por León Jouhaux, y Asamblea de Unión Francesa—, sólo las dos primeras tomarán parte en el concilio versallesco.

Monsieur Auriol ha manifestado en repetidas ocasiones su propósito de no presentarse a la reelección, aunque se le requiera insistentemente en la tercera vuelta, que será la decisiva. Pero no se retira de la vida pública, ni se confinará en las delicias de su finca de Muret, cerca de Toulouse, de donde fué alcalde y donde, siendo niño, perdió el ojo izquierdo. Ha pasado por muchas amarguras en el Eliseo, con tentaciones autoritarias, que no cuadraban, por cierto, con su filiación socialista. Es conoedor extraordinario de los medios parlamentarios, un táctico consumado y, en todas las crisis ministeriales, jugó con los partidos. Pero

también en distintas ocasiones tuvo que someterse al margen rígido de su función constitucional. Puede desear el desquite. En las postrimerías de su mandato, al presidir los Consejos de ministros, se ha visto desacatado por hombres como Mitterrand, a quien atajó violentamente al expresar el ministro de Estado sus dudas sobre la vigencia de una Unión Francesa, rota por el desdén de Marruecos y de Túnez, por la insubordinación de Camboya y los pruritos de independencia de Bao-Dai. Algo indica también cómo se agudizó la rivalidad de Paul Reynaud con Bidault, ambos creyéndose ministros de Asuntos Exteriores.

A primeros de año, recobrada su libertad de acción, M. Auriol, ex secretario general del partido socialista, aspirará a ser presidente del Consejo de ministros del Frente Popular. Volvería a la querencia, pues fué ministro de Hacienda en 1936 con León Blum.

En política internacional, M. Auriol será el nexo de unión con los laboristas ingleses, ya de acuerdo con Tito para resucitar en Europa la III Internacional, con Belgrado, Meca socialista, rival de la moscovita comunista. ¡Otro derroche baldío de dólares! En política interior, su táctica parlamentaria y el crédito de una opinión que pueda seguir creyendo en la neutralidad constitucional del ex Jefe del Estado, se esforzará en llevar al partido socialista a una mejor posición. Ahora, la minoría que preside en el Parlamento M. Lussy y en el exterior el secretario general, Guy Mollet, contempla la ausencia absoluta de obreros en el partido. Su única clientela se compone de funcionarios y de parte del Estado Mayor, que acapara los puestos clave en las Empresas nacionalizadas, y en los Seguros Sociales. La vida lánguida que arrastraba su órgano de Prensa, «Populaire», demuestra que no lo leía nadie. Ahora ha tenido que suspenderse su publicación.

Procurará M. Auriol poner a flote la organización política a la que ha pertenecido activamente hasta su elevación a la Presidencia de la República. En Yugoslavia, Inglaterra, Bélgica, Holanda y los Estados Escandinavos estiman que les «conviene» haya un partido socialista en Francia, y M. Auriol piensa resucitarlo, oponiéndose, ante todo, a elecciones o referéndums que lo raerían del mapa político.

TACTICA COMUNISTA

Son ellos, los que mueven los hilos de la descomposición francesa. A su regreso de Moscú trajo Thorez —Stalin estaba todavía en vida— la consigna de una concentración antianqui, especulando con el miedo común de un Ejército alemán. La táctica de Malenkov favorece estos designios. En el seno de la Asamblea como en las Comisiones, no ha habido manera de levantar la inmunidad de los jefes comunistas, pedida vanamente desde hace cuatro meses por los jueces militares que instruyen el proceso contra las tropelías bolcheviques. La C. G. T. continúa fortísima y la dirige, desde el escondite parisién donde se ha refugiado para eludir la acción de la justicia, el activo y hábil Benito Frachon. Sus afiliados son de todos los matices, ya que en la demagogia de la central bolchevique encuentra más apoyo que en las otras, obligadas por sus compromisos políticos. El obrero francés, lo mismo que el empleado y el funcionario, entiende por bienestar y estabilidad los altos salarios, la negativa resuelta a endosar el uniforme militar, sin dejar de seguir contando con el maná cotidiano que los Estados Unidos podrán reducir, pero que, según ellos, no retirarán nunca del todo, pues saben que si un día cortan los donativos, al siguiente, Maurice Thorez ocupaba el Poder.

Las órdenes de Moscú son terminantes. El partido comunista debe «integrarse» en la vida nacional, porque sin ello, el Kremlin pierde el apoyo de las naciones donde alentó las «quintas columnas». Se dirá que puede sobrevenir un cataclismo electoral o político que desbarate los planes meticulosamente elaborados ante la necesidad apremiante del Gobierno de realizar economías, pero el ala marchante del futuro Frente Popular estará constituida por el partido comunista, que estimulará



M. Laniel, actual jefe del Gobierno francés

las huestes parlamentarias y hostigará a los reacios.

Se ha revelado en las huelgas preparatorias de agosto la unidad sindical imprevista. Podrán desaparecer los motivos de alarma que las engendraron. No importa. Si en 1936 el Frente Popular tuvo un carácter internacionalista y obrerista, el de 1954 será para la galería rabiosamente nacional, y casi pudiéramos decir nacionalista. El acercamiento ruso se acaba de subrayar en el último discurso de Malenkov, invocando el pacto de alianza con Francia, firmado imprudentemente y a toda prisa por De Gaulle y Bidault en 1945.

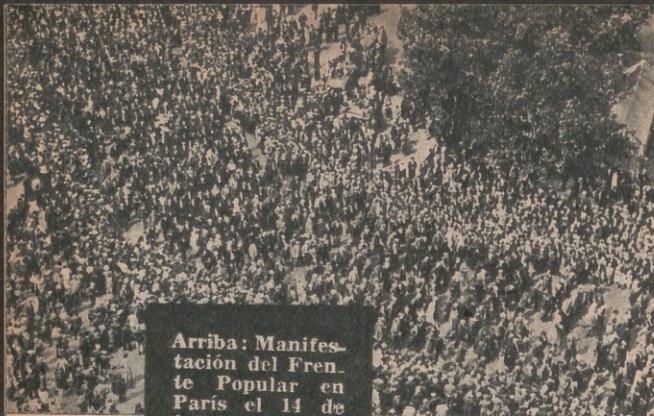
LOS PARTIDOS

Irán forzosamente a la zaga. Poco le costará al M. R. P. integrarse en la nueva formación, venciendo incluso la repugnancia del grupo bidaultista, en el que mandan más que el propio Bidault los Teigen, Menthon y Licourt. El partido radical socialista atiende todavía el oráculo cansado de Eduardo Herriot y relucen las llamaradas de protesta de Eduardo Daladier. Los incondicionales del primero no vacilarán en acudir al llamamiento marxista, mientras Daladier, que en el R. G. R. (Rassemblement des Gauches Republicaines) ha creado una mezcla radicalburguesamoderada, seguirá la corriente. El U. S. D. R. (Unión Socialista de la Resistencia) cuenta con hombres de primer plano, entre ellos el actual ministro de Defensa Nacional, René Plevin, cuyos correligionarios se allanarán al movimiento.

El Frente Nacional de Independientes, ideado y presidido por M. René Duchet, ex ministro de Comunicaciones, que aupó a Pinay, está dividido entre los partidarios de Antier y los de Laurens, ambos formando parte del grupo, llamado campesino, de Ramarony. En general, muchos por espíritu de conservación y de lucro irían al Frente Popular. No desaparecerá una minoría resuelta de oposición, y sus componentes sólo los acontecimientos futuros nos dirán quiénes van a ser.

EL GENERAL DE GAULLE

No se cuenta con él. Al contrario, se trabaja contra él. El Frente Popular será la antítesis de la Concentración del Pueblo Francés (R. P. F.) formada por el general. Se esquilmo a causa de la



Arriba: Manifestación del Frente Popular en París el 14 de julio de 1936. Abajo: Reunión comunista en el Velódromo de Invierno el 2 de octubre de 1947



larga espera de los beneficios impuesta por la intransigencia degaullista. El general no se alistará ni prestará su nombre al estado mayor frentepopulista. Gran parte de sus fieles le han abandonado. Sigue considerándose el hombre providencial que se alzaría sobre las ruinas de Francia, salvándola de su catástrofe definitiva. La oposición sistemática que ha llevado a cabo, hasta quedarse casi solo en las oficinas de la rue de Solferino, marchándose a su ermita de Colombey les Deux Eglises, es considerada como una acción negativa y ha perdido la positiva que tanto se esperaba de él. Hará una declaración de principio y permanecerá orgullosamente en «la reserva permanente de Francia».

A propósito del general De Gaulle, el que esto escribe puso en duda en EL ESPAÑOL que tuviese oficialmente el rango que se le da. En «Paris-Match» se revela que, en efecto, en el Ejército francés no es más que coronel. En los estertores de la III República, Paul Reynaud, presidente del Consejo ambulante, le nombró en Tours, en mayo de 1940, general de brigada a título interino, y tan pronto el Gobierno de Pétain tuvo conocimiento de su fuga a Londres, decretó su retiro con el grado de coronel, y tal disposición administrativa no



Fuerzas de la Unión Francesa, en un desembarco realizado en la zona de Mha Trang (Indochina)

ha sido anulada. Es por ello que en 1946, al abandonar el Poder, su correligionario M. Edmond Michalet, entonces ministro de la Defensa Nacional, preparó una serie de decretos ascendiéndole sucesivamente a general de brigada, de división y de Cuerpo de Ejército, cosa que no quiso tolerar el indómito De Gaulle, ordenando por carta a monsieur Michalet, que no lo hiciera.

En el Anuario militar figura con el título sencillo de «general», y este año aparece con el número 2 en el escalafón del generalato, antes de Juin y después de Weygand. De hecho, disfruta del estatuto de mariscal de Francia, pues tiene Casa Militar, dos ayudantes y coche militar. Sigue siendo coronel y no ha querido percibir nunca su retiro anual, que asciende a 779.200 francos. Es una situación sin precedentes en los anales militares.

LA TECNICA HUELGUISTICA

Veamos ahora la técnica empleada en el ensayo huelguístico de agosto y la parte que ha correspondido a cada elemento del futuro Frente Popular.

La región vitícola del Mediodía es un feudo socialista, sin que pueda decirse que los viticultores sean marxistas, pero encontraron siempre el apoyo del partido. Cuando León Blum vió amenazada su acta en París, la obtuvo inmediatamente en Narbona, y otros diputados socialistas buscaron siempre el refugio de esta región, aprovechándose de paso de la coincidencia del movimiento de protesta del Mediodía con la huelga general total que acaba de aletargar a Francia. Movieron los socialistas a los funcionarios administrativos, excitaron el celo de la F. O. para su parte de influencia en otros sectores, y ellos, que se habían negado siempre a la unidad de acción, reclamada día tras día por los comunistas, se prestaron a unirse con ellos, incluso solicitando del presidente de la Asamblea su convocatoria inmediata extraordinaria, que Herriot al principio no quiso conceder.

Los servicios públicos y las minas están bajo la influencia comunista, y el gas y la electricidad, nacionalizados, son un feudo bolchevique. Las Centrales socialista y democristianas, han dado la orden de vuelta al trabajo en algunos ramos y no se reanudó hasta que la C. G. T. comunista lo quiso. La radiodifusión francesa está mangoneada por comunistas, comunistoides y socialistas, preponderando los primeros como en el Cuerpo de Comunicaciones (postales telegráficas y telefónicas). Los ferroviarios están influidos por los tres Sindicatos, casi por partes iguales.

De suerte que el ensayo general de agosto no lo dirigió un solo partido ni una sola Central Sindical. En los transportes urbanos (Metro y autobuses), mandan principalmente los Sindicatos de independientes y los autónomos. Se ha tenido que contar con todos para la amplitud del movimiento. A nadie ha extrañado que la C. F. T. C. (democristianos) se sumara con prontitud al movimiento, sabiendo que rara es la huelga comunista, a la que no se adhieran inmediatamente para que no se le vayan los obreros que aun conserva.

La situación caótica que han observado algunos corresponsales se debe precisamente a la falta de unidad en la cúspide. Dos millones y medio de obreros han parado en Francia. ¿Cómo será el movimiento engendrador del Frente Popular que se nos prepara?

¿EL HOMBRE FUERTE?

Descartado el general De Gaulle, que espera, con su eterna ilusión, que se le llame, y no puede enfrentarse ahora que no hay Ejército con un movimiento social de la envergadura del que se ha producido, hay quienes vuelven los ojos a un hombre que, si contase con fuerzas, pondría en jaque a los feudos sindicales, que van pareciéndose a una legión de intereses creados. El ministro actual de la Defensa Nacional, M. René Pleven, nació a la vida política identificado con el general De Gaulle y es un bretón de empuje audaz y patriota, temido por socialistas y comunistas. Sin embargo, se encuentra aislado, sin la élite militar, que se desangra en Indochina.

B. CALDERON FONTE

EN EL PALACIO DE LA MAGDALENA, DE SANTANDER, SE COMBATIO UNA PINTURA



UN CURSO DE ARTE ABSTRACTO EN EL QUE SE PLANTEARON COMPLICADOS

PROBLEMAS DE SOCIOLOGIA Y LITURGIA

LA MAGDALENA ESTA EN LO ALTO

LA Universidad de Verano gana bastante acercándose a Santander. Monte Corbán estaba bien, pero pillaba muy a trasmano, y aunque cualquier cursillista necesite recogimiento, ha de ser un minimum. Es muy desagradable aislarlo del mundo que se baña y come sardinas a la plancha.

La Magdalena tiene las dos cosas: soledad y mundo. Una soledad nada artificiosa porque nace de las rocas, de los pinos y del agua. Soledad muy conveniente después de una mañana intensa de conferencias y comunicaciones. De vez en cuando se hace necesario bajar por un sendero misterioso a las playas íntimas y bañarse. Quitándose en el remojón ese sudor de las especulaciones se consigue el ideal de una Universidad de Verano. Hay que pensar, pero sin sentirse obligado a aquilatar demasiado. En verano las ideas giran y se

revuelven y se escapan como golondrinas locas.

Claro que muchas ideas que nacen frivolamente en verano, luego, en el otoño, se trocarán en pesadilla y alucinación.

La disputa que hemos tenido sobre «arte abstracto» será una de ellas. Este otoño o el que viene se planteará la cuestión. Y los artistas estarán dispuestos a pegarse con quien les llame «abstractos» o quien no se lo llame, que para el caso es lo mismo.

LO QUE INFLUYE EL AMBIENTE

Seguro que muchos españoles que conocen de vista o de oídas el palacio de la Magdalena, al enterarse de que el aristocrático recinto ha sido albergue de artistas de vanguardia, pensarán cosas horribles.

Pensarán, seguro, que esto equivale casi a un sacrilegio. Y no. Los artistas se han percatado hondamente que el privilegio de dormir y pasearse por estos sa-



Nuestro compañero Castillo intenta en vano descifrar el misterio abstracto de esa talla que tiene entre las manos.



Un grupo de artistas españoles y extranjeros posan para la posteridad en el palacio de la Magdalena.

lones y las habitaciones exigía cierta adaptación solemne.

Viendo pasear a los artistas por la explanada de la Magdalena o sentados en los soberbios butacones del «hall» se ha podido apreciar este fenómeno de ambientación.

Nada de desprecio, sino más bien rendición abstracta a la comodidad, la elegancia y el buen tono. Los artistas se afaitaban a diario, con más esmero que nunca, y se compraban corbatas de colores discretos y grises. El artista, ésta es la verdad, aunque hable mucho de originalidad, se acopla muy bien a los climas en que vive, y esto es tan cierto que nadie se hubiera extrañado del siguiente diálogo:

—¿Usted es figurativo o abstracto?

—Señor mío: soy el marqués de la Montepicola.



El crítico de arte Gafia Nuño en un momento de su conferencia.



Camón Aznar fué el plato fuerte de la reunión. Aquí le vemos en uno de los coloquios sometido a las iras de los pintores.

«YO LOS TUVE EN BRAZOS»

Un centenar de veces al día hemos escuchado, quisiéramos o no, estas palabras. Las palabras no venían nunca de repente, sino precedidas de un bastoncillo respetuoso sobre el entarimado. El guardián del palacio, en sus cuarenta y tantos años de servicio, ha tenido tiempo de ir preparándose un rollo regular sobre los regios moradores. Los turistas extranjeros—y los españoles—se acercan al vestíbulo y allí está él dispuesto al recorrido.

—Este es un cuadro de Benedito... Aquél es el príncipe de Asturias; aquélla es la infanta María Cristina...; el pequeño es Don Juan... Yo los tuve en brazos...

La gente le mira, sonríe y se pone seria, todo a la vez. Después enseña un barguño, diciendo que es de hace dos siglos, de cuando no había Bancos, y que allí guardaban los Borbones sus ahorros. Más adelante enseña el cuadro de Scrolla de la Reina María Victoria.

A los artistas nos miraba el guardián con ojos de terrible fiebre. Eramos los usurpadores. De vez en cuando ha llegado a atosigarnos, porque al ir a tirar una colilla al suelo ha aparecido él con su bastón...

«EL TEMA ES CARNE DE DRAMA TODAVIA»

Fernández del Amor, director del Museo de Arte Contemporáneo,

«Esto es pintura abstracta», dijeron los pintores en las cuevas de Altamira. Mientras algunos críticos moderados gritaron:

«¡No, no!»



neo, es el director de este curso de Arte Abstracto. Con estas palabras cruentas nos introdujo en el tema, lo cual ya nos hizo vislumbrar que aquí se iban a poner en litigio muchas cosas.

Para cortar todo conato de altercado violento Fraga había convertido la campanilla del oratorio en batuta parlamentaria. «Esto se ha acabado.» «De esto no se hable más.» «El señor Tal retira lo que ha dicho.» «Yo también retiro lo que acabo de decir», etc.

Y es que no hay nada tan peligroso como hablar de lo abstracto. Porque detrás de lo abstracto genérico cada uno ve cosas muy concretas y reales. La prueba está en que todos estos artistas, que hablando y con el pincel no hacían más que aludir a geometría espacial, perspectivismo relativista, geometría pura, formas ideales, etc., fuera de las discusiones iban muy al bulto.

El caso es que Fernández del Amo ha tenido que hacer ejercicios auténticos de trapecio. Ni inclinarse a un lado demasiado ni al otro, para quedar en el tempestivo de la ecuanimidad.

Cosa que no era fácil, porque el arte abstracto nos llevó a los problemas más arduos y complicados de la sociología, la metafísica y la liturgia.

GAÑA NUÑO, O EL MARTILLO TEMPLADO

El primer expositor—sin pintura—de esa cosa enervante que es la pintura abstracta fué Gafia Nuño, hombre de pelo eléctrico, voz oceánica, ojos saltones y de ideas muy firmes.

¿Que la pintura abstracta no es real? Sí, señores; la pintura abstracta es algo consistente y no incorpóreo, no sólo porque es aprehensible, sino porque es incluso palpable. El arte abstracto tiene entidad figurativa.

Gafia Nuño es un crítico con pupila muy sujeta a un canon tradicional, y cree, por supuesto, en la presencia ineludible del arte abstracto como expresión de nuestro tiempo, pero siempre compartiéndolo y haciéndolo compatible con otras pinturas.

—¿Es partidario de la abstracción absoluta?

—Ni hablar; tengo demasiado cariño a la pintura para permitir que desaparezca totalmente lo formal.

—¿Cuál sería su ideal?

—Un Miró muy esquemático. Yo desec una pintura abstracta más bien impura. Hay que dejar y conceder su lugar a la tradición y a la historia. ¿No le parece?

—Claro que me parece.

—Para mí el arte abstracto no es un principio, sino un resumen; no un prólogo, sino un epílogo.

Gafia Nuño ha tenido dos o tres intervenciones fatigantes, con voz de trueno y mirada perforadora.

Cuando el crítico Cirici trataba de apuntar que en determinados periodos de la historia la pintura fué por un lado y la literatura por otro, y puso como ejemplo la literatura árabe, florida y sensual, y el arte seco y adusto, Gafia se levantó indignado y retumbó:

—¡Jamás! Protesto.

Otro día, cuando varios pinto-

res se entretenían en inmortalizarse en vida, Gafia tuvo otro arranque fiero y exclamó:

—Señores: si se habla de pintura no desliguemos, ensamblemos valores. Yo pido que, hablando de pintores, se cite aquí ahora mismo, con una jerarquía la más alta posible, el nombre de Pancho.

—¿Quién es Pancho?—me preguntaba a mí una noruega despidada.

—Cossío—respondí.

—No entiendo, no entiendo... —se quedó repitiendo.

SEBASTIAN GACH, O LA TEMPERANCIA

El crítico don Sebastián Gasch es reposado, lento y, en cierto modo, translúcido.

—¿Qué le parece todo esto del arte abstracto?

—Me parece que se han desorbitado las cosas. Ya es bueno que el arte abstracto haya adquirido, digámoslo así, carta de ciudadanía oficial; pero aquí unos y otros, pintores y críticos, han olvidado que el arte abstracto no es más que un puro medio de expresión. Demasiadas filosofías y geometrías se han manejado aquí. El arte abstracto es como la gramática; por medio de este arte nos ha sido posible encontrar la sintaxis, y aquí sí que hay que ver el punto de partida para salir al reencuentro de aquellas leyes fundamentales de la plástica, que primero el academicismo y en menor escala el impresionismo rompieron, olvidaron y menospreciaron. Desde el cubismo, a mi juicio, se ha luchado por volver a hallar estas leyes... El arte abstracto no sería más que una fase de esta búsqueda.

—La Exposición, ¿le parece éxito o fracaso?

—¡Hombre, yo...!

—Dos nombres, por favor.

—Millares y Mampaso.

UN QUERER IR MAS ALLA

La conferencia de Camón fué escuchada con enorme atención. De vez en cuando algún que otro pintor decía que no con la cabeza. Por supuesto, no por los conceptos que manejaba, sino por la torrencera de palabras preciosas que empleaba para definir y explicarse en su tema: «El cubismo como abstracción».

Algo de esto le ha sucedido también a Oteiza al querer explicar «La escultura dinámica» partiendo de términos clásicos. ¿Qué quiere decir dinámico, trinarío, etc.?

Victor d'Ors, cuya planificación arquitectónica nos parece magistral, se ha movido en un mundo geométrico y matemático.

UN COLOQUIO AGITADO CON CAMON AZNAR

Es natural que con una potencia de verdad tan acuclante y un vehículo de expresión tan delicado se rompan los vidrios del diálogo cuando menos se piensa. Los coloquios debieran hacerse delante de los cuadros de la Exposición, donde entre cosas ocultas hay modulaciones, ángulos y armonías bastante indicadoras de lo que se pretende. En una criba bien hecha pocos autores se salvarían del vacío. Está bien que se parta de la vanidad de las cosas para fundamentarlas, intensificarlas y recrearlas; pero todo

andamiaje falso es dar cien pasos hacia atrás. Dentro de la Exposición una de las cosas que más ha herido la sensibilidad es la colección de fotos abstractas de Saura y de «Kindel».

Y, como era de esperar, en el coloquio de Camón la bomba explotó. Fué una bomba en dos partes. El primer día dijo que él profetizaba la llegada del momento en que los cuadros iban a ser de nuevo valorados, teniendo muy en cuenta el tema. Esto suscitó furibundas protestas. ¿Qué es el tema? ¿Qué es el asunto? ¿Qué es el contenido? ¿Qué es la anécdota? ¿Qué es la categoría? ¿Qué es, en resumidas cuentas, lo abstracto?

En el segundo día, justiciero e indignado como un profeta del Antiguo Testamento, Camón dijo que el arte abstracto era evasión, fuga, una gran infidelidad a su momento histórico. Se trata de un arte desleal a su época, pura pintura de espectros y fantasmas. Calculen la onda de irradiación desintegradora de una afirmación de este calibre en una reunión de pintores que tienen a gala que se les llame abstractos. Esto era mucho más desconcertante desde el momento en que se pensaba que siempre Camón ha sido un apasionado defensor de la pintura más innovadora. ¿Se había hecho tradicional nuestro crítico, en el mal sentido de la palabra? ¿Quería pronunciar un responso sobre el esqueleto inmaturo de este movimiento pictórico?

FIGUEROA FERRETTI DICE QUE NO HAY PARALELISMO ENTRE LO QUE LOS PINTORES HABLAN Y PINTAN

—¿Cree usted que los pintores han motivado el arranque de lo que llaman arte abstracto?

—Yo creo que no han explicado en casi ningún caso el proceso de concepción de la obra de arte tal como la sienten y la plasman. El único que ha sido sincero en este sentido ha sido Oteiza; pero Oteiza es confuso y no se ha hecho entender. Esto me parece bien sintomático. Los «abstractos» no han llegado a nociones claras.

—¿Usted cree que son necesarias las nociones?

—Tiene razón. Lo que importa es que pinten y que no vean nunca en el crítico un obstáculo, sino más bien un guía o, por lo menos, un intérprete. Los críticos llevamos muchos años alentando estos géneros de creación porque sabemos lo difícil que es esta lucha. A veces incluso exageramos las buenas cualidades y nos llamamos las malas, todo para que sigan siendo fieles a sí mismos y pinten de acuerdo con este tiempo. Este es el modo más honrado para que la obra de arte resulte testimonio de una época.

—¿Qué le ha parecido lo de Camón?

—No hay por qué alarmarse; él ha dicho que era un arte de espectros; yo he dicho que esta pintura era de cardiogramas; casi es lo mismo.

—¿Califica el momento del arte de ofuscamiento, sinceridad o impotencia?

—Está en trance de ensayo. Los pintores tratan de explicar-



Vista de una de las salas de exposición de arte abstracto, en la que se ve un conjunto de obras de Valdivieso.

se pintando, y esta actitud produce más ventajas que cuando hablando quieren pintar teorías; entonces, ya lo ha visto, no hay quien los entienda.

—¿Qué consecuencia cree que puede sacarse de este Curso?

—Pues que la duda que podían tener los pintores no abstractos de que la pintura abstracta no es una lucubración mental, sino que existe realmente, se habrá disipado.

—¿Y la Exposición...?

El señor Figuerola Ferretti no quiso hablar de la Exposición.

SANCHEZ CAMARGO, LA FINURA Y LA CORRERCIÓN

Sánchez Camargo, subdirector del Museo de Arte Contemporáneo, no ha querido altercados. Expuso su conferencia y plus.

—Sí, dígalo: la pintura abstracta existe desde los tiempos prehistóricos. Hoy lo que se está haciendo es ciencia de lo abstracto.

—¿Y esto cree que interesa?

—Mucho. Siempre que no se crea, ni se piense, ni, menos, se diga que esta pintura es única.

—¿Y por qué los pintores han mostrado tanta repugnancia a las definiciones y gustos de los críticos?

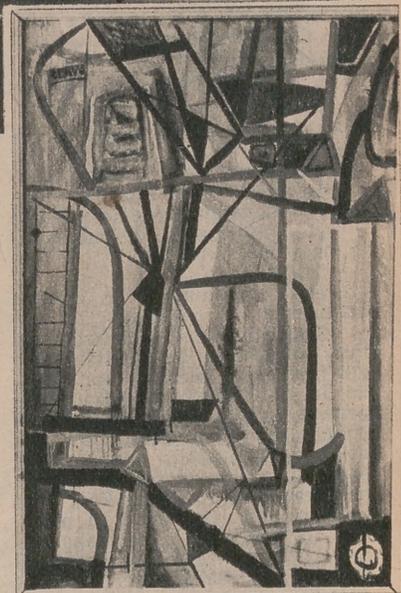
—La explicación es obvia. El pintor ve una pintura, el crítico ve todas las pinturas.

—¿Está conforme con la condena de Camón?

—El que no está conforme del todo yo creo que es él; todo fué producto de la pasión.

—¿Cree que prosperarán todas esas peticiones que hacen los «abstractos», que equivalen poco menos que a barrer la Academia de San Fernando y...?

Otro aspecto de una sala del Museo de Arte de Santandar, donde se ha celebrado la Exposición de arte abstracto



El pintor Clavo fué uno de los más sobresalientes en el curso por sus numerosas intervenciones. Este cuadro, obra suya, se titula «Máquinas».

—No siga; creo posible algunas medidas de tutela y seguridad para los que se esfuerzan en este mundo. Con unas características más amplias estas medidas podían ser estudiadas.

—Lo «abstracto» está a tono con nuestra circunstancia y la del mundo?

—Lo «abstracto» se acomoda perfectamente para expresar el anhelo y la preocupación religiosa. En lo «abstracto» se adivina y se toca un ansia de calmar la sed de infinito y la tortura del mundo actual.

—Póngame algún ejemplo en poesía.

—Gerardo Diego en «Fábula de X x Z» y algunos poemas más de Edmundo de Ory.

—¿Y en novela?

—La novela es otra cosa.

—Dígame algún pintor que haya debido asistir en calidad de «abstracto» y no haya venido.

—Ramis.

—Y un crítico autorizado.

—Lafuente Ferran.

—¿Qué futuro prevé para la pintura abstracta?

—Lo que le ordene la arqui-



ectura, que es la base y el fundamento de su proyección.

—¿Cómo explica el litigio entre Oteiza y Alvaro d'Ors?

—Ven el espacio de manera diferente. Uno es arquitecto y el otro escultor.

Para Sánchez Camargo el abstraccionismo es la liberación de las preceptivas, sufridas y explotadas hasta el máximo. Hay «abstractos» esporádicos, como Valdívieso y Clavo, y «abstractos» reflexivos y conscientes, como Cabrera, Istrati y Quirós. La pintura abstracta es una técnica, pero exige inspiración.

EL PADRE MUNOZ ES VENDA Y BALSAMO

En toda controversia ya se sabía que había de intervenir el padre Muñoz, un dominico, blanco de hábito y de mirada y con más conocimientos de arte que...

—¿Lo puramente abstracto vale para la Iglesia?

—Todavía no.

—¿No hay místicos en el arte abstracto?

—Todavía no. Los artistas están expresando la insatisfacción del momento, pero no han pasado del pórtico al tabernáculo. La prueba es que lo único aprovechable es el material para vidrieras, escultura... todo lo que es externa ambientación. No han penetrado en lo dogmático, y si entraran en ello, quizá lo mistificarán. Tampoco están capacitados aún para producir obras de dignidad litúrgica entera. Están, cuando no en la pura desolación humana, en el catecumenado. Lo puramente abstracto no sirve ni aprovecha para la Iglesia, aunque quizá cuando ganen simplicidad e ingenuidad sean llamados o vengan ellos en buena hora.

LUIS FELIPE VIVANCO AL HABLA

—¿Qué debe hacer un pintor religioso?

—Pues pintar desde dentro de sí mismo.

—¿Y si es católico?

—Pues que pinte como católico.

—¿Y en qué consiste eso?

—Primero, en responder a su unidad de hombre, y después, entrar en la comunión de los fieles.

Para Luis Felipe Vivanco el arte abstracto quiere ser un movimiento hacia la hondura de la naturaleza y del espíritu, pero sin retirarse de lo real. La pintura abstracta es una descomposición metafísica de los datos particulares, es una pintura interior que recupera y traduce formalmente la totalidad interior de las imágenes.

«PIDO LA PALABRA»

Durante estos días se ha pedido la palabra infinidad de veces. Claro que siempre eran los mismos.

Lagunas, que quería explicarlo todo con chistes burrosos.

Lesca, que cuando cogía el hilo parecía un profesor de seminario.

Mieres, que lo mismo nos leía un trozo de Biblia que empezaba con esos «a, b, c, d» metódicos, que a la postre son muy licos.

Popovici, muy documentado, pero que parecía habitar otro mundo. Popovici sabe lo que se dice, pero sus hipótesis suenan un poco a ruso. (Ruso aquí quiere decir cismático convertido u

ortodoxo a punto de apostatar.) Cirici, con teorías personales; enterado, pero más bien cargante.

Campoy, genial cantando ópera, sabio en el manejo del magnetofón, pero irritante para los artistas jóvenes.

También estaba Clavo, mas martillo que Clavo; hombre sincero y pintor «abstracto» que puede salvarse del bache.

Yo creo en el valor de Oteiza. Pero callado.

TERMINOLOGIA

A otra vez que convoquen un curso tan mágico y selecto como éste habrá que dictar por delante una especie de «Vocabulario» valedero, lo más universal posible, para que las palabras tengan para todos, si no el mismo sentido, al menos uno equivalente. De lo contrario da rabia y risa a la vez. Es inconcebible, pero al salir del palacio de la Magdalena muchos pintores iban preguntándose en la cuesta abajo:

—¿Qué es lo abstracto?

Lo abstracto, amigos míos, es que el que sepa pintar, en este ritmo o en la otra vibración, colará. Y el que no sepa, no.

ESTO DEL ARTE ABSTRACTO TIENE SUS COMPLICACIONES, INCLUSO SOCIOLOGICAS

Las tremendas polémicas sobre el «arte abstracto» giraban sobre un plano matemático, más bien ingenuo e inofensivo, aunque cargado de retórica y filosofía, cuando José Luis Rubio dijo que el arte era siempre para alguien y que había que aspirar a que nuestros prójimos pudieran entenderlo. Era la misma tesis de Castro Arines alegando que la pintura es un lenguaje de comunicación y que siempre se pinta pintando en el vecino, quierase o no. Algunos que querían hacerse pasar por más abstractos no admitían esto tampoco y aludían a la incompreensión y soledad en que siempre se ha desenvuelto el artista.

En este punto intervino Fraga Iribarne en calidad de sociólogo, explicando su manera de entender el arte como fenómeno de relación y consecuencia sociales.

Después el giro sociológico se hizo muy elevado y se habló interminablemente de crisis, decadencia, resurrección, agonía, etcétera. Los notables de Spengler, Tolmbee, Huizinga, etc., estaban a la orden del día y se citaban incluso en el baño.

Se han pedido una Escuela de Arte Experimental y otras muchas medidas que pregonen bien alto que el Estado tiene muy en cuenta los ensayos y las realidades del «arte abstracto» y demás corrientes ultramodernas.

HABLEMOS POCO, Y POR NUESTRA CUENTA Y RIESGO, DE LA EXPOSICION

Después de tanto ruido, la verdad es que hay muy pocas nuevas. Quizá lo que más interesa es lo extranjero, y no tan consumado como podía ofrecerse un arte que lleva unos cuantos años dando su batalla.

Hay quien no sale de la anatomía y los hay más figurativos, a pesar de los planos rotos y distantes, que los figurativos «solemnes y rimbombantes. Es ex-

traño cómo un arte tan recién nacido puede prestarse tanto al truco y al achabacamiento.

El camino está abierto; hay muchas rutas y miles de posibilidades. Los que más han alardeado estos días de «abstractos» han sido casi luego, en sus cuadros, los que han mostrado un mayor mimetismo a la farsa de las apariencias.

A mí que me registren, pero muy pocos lienzos de esta Exposición se salvarán. No el día lejano de la «posteridad», sino dentro de cinco años. Los mismos autores yo estoy seguro que se arrepentirán muy pronto de su pecado. Porque son concretos a más no poder, son de una concreción limitadísima, que es lo que mata el arte, que es la pura y única abstracción.

Concreta, y hasta abstractamente, yo pienso que el arte abstracto es una vía recién inaugurada—veinte años no cuentan—para aliviar a la pintura de camelos. Camelos de tema y camelos de materia. Camelos de formas y camelos de colores.

La pintura buena siempre es abstracta, porque es esencia de muy concretas sugerencias. La pintura puede ser concretísima y respirar muchos espacios y mundos de abstracción. Todo está en eso tan fácil de decir y tan difícil de hacer: pintar bien.

No bien al modelo, aunque sea nuestra tía, sino bien el sueño de cualquier imagen, sombra o línea. Bien el vacío de una ánfora o el latido de un reloj.

La pintura que es llamada abstracta no puede ser la única, porque hay muchos modos de «abstractar», como hay muchos modos de beber vino. En el fondo todo es embriagarse o éxtasis, pero siempre que la medida de plenitud sea auténtica...

MAS CURSOS

Santander hierve de sabiduría, de muchachas bonitas, extranjeros raros y mariscos frescos.

Hay más cursos. Los está habiendo. El de cine es muy interesante. Se trajo a las principales figuras de nuestra pantalla y se exhiben a diario formidables películas.

Otro Curso es de Lingüística, en el que intervienen Ramón Menéndez Pidal, Julio Casares, Samuel Gili Gaya, Fernández Ramiro, Montero Díaz, etc.

Está también en puertas el Curso de «La educación en una sociedad de masas», en el que intervienen Enrique Tierno, Fraga Iribarne, Salvador Lissarrague, Fernández de la Mora, José María del Moral.

VUELVE LA PAZ

Al palacio de la Magdalena, al cabo de diez días de peloteras y coros, ha vuelto la calma. Se han marchado los pintores y los poetas y van llegando los sociólogos y militares, que traen un aire de paz y un silencio muy obsequioso.

El palacio ha vuelto a ser una reposada mansión, y aunque tampoco esto va siendo veraneo—ésta ha sido la gran decepción de los artistas al despedirse y recapitular sobre la mala administración que hicieron del tiempo—, el bullicio de las clases sobre las «masas» y las «guerras» es un bullicio tranquilo y señorial.

José Luis CASTILLO PUCHE
(Enviado especial)

PLAYAS LAS DE LEVANTE...



PARA TODOS
LOS GUSTOS
DESDE
TORREVIEJA
A JAVEA

EL MAR DE ULISES AUN TIENE PARAISOS

EN BENIDORM
HAY UN
SUEÑO DE
VELAS
LATINAS



Arriba: Un aspecto de la playa de Postiguet, en Alicante.—Abajo: Benidorm aparece en un paisaje de pinos y palmeras con su tranquila bahía surcada siempre por velas blancas.

EL veraneo en Alicante tiene un origen agradecido y popular. Los primeros bañistas fueron los protegidos de la caritativa Reina de España Doña María de la Victoria del Pozzo de la Cisterna, esposa de Don Amadeo de Saboya, que mandaba aquí, a sus expensas, a las familias menesterosas a quienes los médicos prescribían baños de mar. Dice el erudito alicantino don Augusto Fresnáu: «El motivo de elegir Alicante para tan humanitario fin? Antes que nada, hay que pensar en la amenidad del paisaje, en la benignidad del clima, en la tranquilidad de aguas. Después hay que suponer también el agradecimiento de Doña María Victoria para aquella ciudad por donde ella y su esposo entraron en la España en que habían de reinar.» Y donde tan excelente acogida se les tributó a los poco afortunados Monarcas.

Primero, la gratitud de una Reina. Después, la de los favorecidos, que hubieron de erigirse en propagandistas y cantores de las virtudes del veraneo alicantino.

**EL «TREN BOTIJO» EN
MARCHA Y EL QUE LE
HACIA PITAR**

Hecha la propaganda entre las

clases populares, ya tenemos «el tren botijo». Los lentísimos e incómodos trenes de entonces, que, sin embargo, por los versos de Campoamor se equiparaban a la velocidad de las centellas, y donde los viajeros resolvían con el rezumante botijo, adquirido a la partida, el problema de la deshidratación de los cuerpos a causa de dos presiones igualmente enojosas: la del cuerpo ajeno y la del calor solar, sobre todo al atravesar la Mancha.

Los «trenes botijo» tuvieron un animador, a quien Alicante guarda eterno reconocimiento: el gran periodista y redactor de «La Corres» — «La Correspondencia Española» — don Ramiro Mestre Martínez, organizador de aquellas expediciones madrileñas, que tal vez venían preguntando por don Carlos Arniches, el alicantino que enseñó a hablar a los madrileños. El Ayuntamiento nombró hijo adoptivo al señor Mestre Martínez y le dedicó lo que un Ayuntamiento puede dedicar para que otro lo quite: una calle. No está la lápida ya en la misma calle, sino en otra, pero se con-

serva. Con lo que la gratitud es, todavía, «imperecedera».

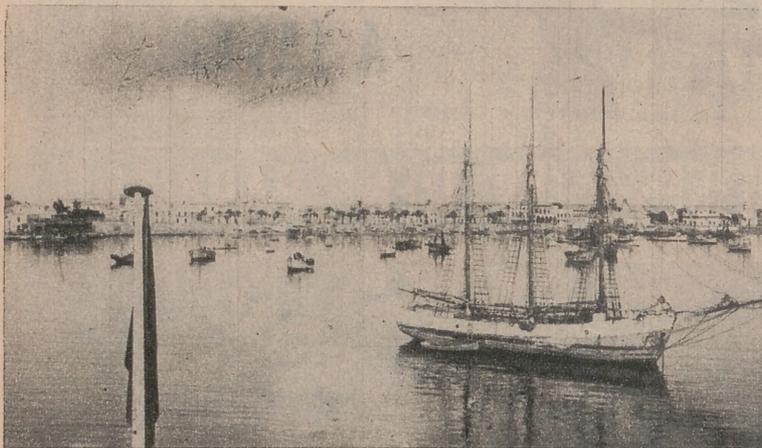
FIESTAS BOMBARDEADAS EN 73

Tan bien se iba dando la cosa, que el Concejo pensó que convenía ofrecer fiestas a los veraneantes. No era para menos. Más de 30.000 viajeros por temporada fué el contingente que se registró durante los años 1893 a 1917. Pero antes de que las cifras fueran tan elevadas, y por coincidir con los veraneantes, en 1872 se trasladó a julio la Feria de la Santa Faz, que se celebraba en abril. Se iluminaban los cafés y el casino construyó un templete. Enturbió la alegría y dejó el ánimo poco propicio para fiestas el bombardeo de la ciudad, a cargo de la flota insurrecta cantonal, en el 73. Pasando el tiempo, se centraron las fiestas veraniegas el día 5 de agosto, festividad de la Patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Remedío.

Los veraneantes debieron tomar lo de los cañonazos con bastante filosofía, pues las estadísticas no



La playa de Santa Pola se convierte durante el verano en uno de los centros turísticos más importantes de Levante.



Una vista del puerto de Torrevieja, con el pueblo al fondo.

registraron ningún descenso por miedo.

PENSANDO EN EL «VERANEANO» DE INVIERNO

Las ganas de festejar a los festeros no se han perdido. El Ayuntamiento anda ahora metido en el empeño de ampliar la base. Es decir, fomentar el «veraneo de invierno», para consagrar el título de «Ciudad de la eterna primavera» con que seguramente bautizaría García Sánchez a Alicante (él, ya se sabe, se pinta solo para estas cosas). Existe una pequeña contra que no hay más remedio que vencer. El Observatorio Meteorológico, que, por poco, por poquísimo, no da la temperatura idéntica o superior a la de Málaga; pero es que está algo alto y no refleja exactamente la situación. Pero todo se anidará.

MADRID, MADRID, MADRID

A lo que íbamos. Madrid, pues, el Madrid verbenero y castizo, se venía volcando en Alicante. De eso le ha quedado a Alicante ya para siempre una entrañable vinculación a Madrid, que tiene hoy su expresión, digamos oficial, en la Peña «El Tejadillo», hecha por madrileños, que se dedica a exaltar todo lo alicantino, de paso que mantienen su propio madrileñismo.

Actualmente sigue siendo Madrid la capital de donde procede el mayor número de veraneantes. Utilizan el correo, el rápido, el Taf y, desde hace unos días, las líneas de autobuses, que prestan un rápido y confortable servicio

diario. El avión queda para las prisas y urgencias mayores.

VAYAMOS POR PARTES

El veraneo alicantino ha evolucionado no sólo en lo referente al número y naturaleza de los veraneantes, sino en la distribución de éstos a lo largo del bello litoral. Desde Torrevieja — donde Juan Aparicio escribe cartas para los vivos, celebra su cumpleaños y se acuerda de Mussolini porque lo cumplía en la misma fecha— hasta Jávea se extiende una sucesión de playas estupendas, que asocian a sus particularidades la de los núcleos de viajeros que las visitan. Sin intentar una rígida clasificación de estas diferencias, bien puede decirse que cada una de ellas tiene su público. Público cada vez más cosmopolita, bien distinto de los primeros visitantes temporales de estas playas.

TORREVIEJA, GUARDAMAR Y SANTA POLA

Viniendo del Sur, la primera playa importante de la provincia alicantina es la de Torrevieja. Murcia vuelca allí un gran contingente de veraneantes, que llenan hoteles y chalets. Muchos de los bañistas proceden también de Orihuela y, en general, puede decirse que aquella playa es la playa de la Vega Baja del Segura, rica, entre otros frutos, de cáñamo y algodón, y capaz, por tanto, de costear ciertos lujos.

A continuación se halla Guardamar, con sus magníficas pinadas y sus dunas espléndidas, uno de los lugares más tranquilos y

deliciosos de la costa levantina. La onda murciana y del Segura llega hasta aquí, si bien hay muchos veraneantes alicantinos, de la capital, instalados en chalets de la playa.

De Guardamar a Santa Pola, la mayoría son madrileños. (El otro día andaba por allí, resolviendo su caso personal, el reportero de los «casos» más difíciles, José María de Vega.) Santa Pola representa, además, la salida al mar de la vitalísima e industrial Elche. En estas semanas que preceden a la magna fiesta del «Misteri», a la «Festa» asuncionista, gustan los ilicitanos de salir del paraíso de su palmeral para tomar contacto con el Mediterráneo. Para disfrutar de él, porque les pertenece. Muchos se llevan allí sus preocupaciones por mantener la pureza— digamos d'orsiana, porque d'Ors la difundió— de la exaltación mariana de mediados de agosto, y la manera de conciliar, cosa que nos es muy difícil, la expansión de la ciudad con el respeto a la integridad grandiosa del palmeral, para lo que se ha hablado de convocar un congreso de arquitectos y poetas, que son los que deben entender en esas cosas... Carros, bicicletas— Elche tiene casi tantas bicicletas como palmeras—, tartanas, automóviles despueblan Elche para volcarla en Santa Pola.

AL PIE DEL BENACANTIL

Viene luego «Postiguets», la playa alicantina al pie del Benacantil, céntrica, asequible, en plena explanada, con sus balnearios y sus merenderos, un poco recortada por el ferrocarril del puerto, que robó sitio al mar. Para los visitantes, la temporada empieza el 15 de julio y termina el 15 de septiembre. Para los alicantinos, dura todo el año, aunque la mayor afluencia se registra desde primero de junio hasta noviembre, con visitas que pudiéramos llamar rituales, durante las fiestas de las Hogueras, el 18 de julio y el día de Santiago. En estas dos últimas fechas, certámenes de tiendas de campaña dan alojamiento día y noche a muchas familias no sólo de Alicante, sino de Murcia y otras localidades próximas, que suelen desplazarse en autobuses. El 18 de julio es día playero por excelencia, y no sólo en Postiguets, sino también en la próxima de San Juan. En este año ni se cabía en el agua.

PLAYA POR CINCO REALES AL DÍA

Con todos sus atractivos—entre ellos el de una seguridad que casi elimina los accidentes—, la playa del Postiguets es una de las más baratas de España. Con enormes facilidades para los trabajadores, que pueden utilizar los vestuarios y duchas de Educación y Descanso, sin limitación de tiempo, por cinco reales al día, y beneficiarse de los merenderos, cuyos precios son de por sí moderados. En el pabellón de dicha Obra Sindical vienen bañándose gratuitamente, desde hace cuatro años, 150 niños del Grupo Escolar «Generalísimo», de Madrid, y también han gozado de este privilegio los acogidos en algunos Hogares de Auxilio Social.

RESTOS DEL «BOTIJO», HACIA EL LUJO DE SAN JUAN

Pese a su internacionalización, del Postiguet no se borra el viejo y simpático acento popular. Junto al «haiga» de matrícula extranjera, la estampa colorista del merendero.

San Juan es otra cosa. A la espléndida playa de San Juan se puede ir por ferrocarril, tranvía o autobús. El ferrocarril es lo único que recuerda todavía, en su breje trayecto—alargado por las paradas rituales de El Palmeral, San Juan y Campello—, al «tren botijo». Las mismas aperturas y hasta el mismo botijo. Y de cuando en cuando, entre el dialecto nativo, la chispa madrileña. En el paso a nivel está parado un «haiga».

—Así ya puede uno acercarse a la Costa Azul.

—Pero, señor, si es lo aparente...

El veraneante típico es el que se pasa allí dos o tres meses. Muchas familias pudientes de Alicante tienen casa propia en aquellos parajes. Médicos, abogados, comerciantes pasan en ellas las tardes y las noches, o solo éstas, después de despachar sus asuntos en la capital.

EL BELLO BENIDORM

¿No lo es ya quizá la de Benidorm? El bellissimo Benidorm con que sueñan todos los bañistas. Al lado de la importante colonia extranjera, Madrid se halla representado con un contingente numeroso y selecto. Benidorm, con todos los encantos imaginables, tiene incluso el de una discreta—discreta por la frecuencia de los actos—vida de sociedad, donde de todos esos modelos de los mejores modistos, desde el bañador al traje de noche, tienen perfecto acomodo y propicia exhibición.

Y no olvidemos a Calpe, con su recato y señorío, punto donde el turismo internacional se da cita cara al peñón de Ifach, el Gibraltar del Norte, de los antiguos, que no es, gracias a Dios, espina de España, pero sí del Municipio calpense, porque Ifach es de propiedad particular y lejana. Ni a la tranquila y mironiana Altea. Ni a Jalon, de los argelinos que vuelven. Ni, en fin, a Jávea, en el otro extremo de Torreveja y, como ésta, atrayendo a la provincia vecina, Valencia en este caso.

El veraneo alicantino está en plena ebullición. No hay sitio para tanta afluencia. Ni tiempo para visitar a los ilustres veraneantes. A Juan Aparicio, en Torreveja. Al ministro Planell, en Altea; a Aunos, que prepara, tal vez, un nuevo libro, en San Juan; a Romero, rumiando meditaciones argentinas, en Vista Hermosa; a tantas y tantas personalidades ilustres que han elegido «la mellor terra del mon» para descansar sus fatigas o para fatigarse despaciosamente en aquello que los quehaceres cotidianos no permitieron. Pero no hay tiempo para tanto. Y, además, ¿hay derecho a recordar sus casillas, de las que tantas veces les sacamos, a los que buscan fuera de ellas un poco de paz y de apartamento?

Dámaso SANTOS
y Luis P. CUTOLI

EN EL LITORAL DEL SUR TAMBIEN SE VERANEA



NO VAYA A HAWAI, QUEDESE EN MALAGA

PLAYAS CASI IGNORADAS QUE SON UNA REVELACION

ANTIGUAMENTE el dilema, cuando llegaba la hora del veraneo, era «al monte o a la playa». Se resolvía, como todos saben, marchando al punto elegido por la esposa. Hoy la cosa se ha complicado. Están las playas del Norte y las del Sur. Las del Norte, con su tradición, su abolengo y sus instalaciones, pero también con sus nubes, sus lluvias, sus frios y sus oleajes. Y las del Sur, vírgenes, salvajes, con luz y sol a raudales, y mar tranquila, que permite el baño a toda hora. Y con el baño, el esquí acuático, el deporte náutico, la pesca submarina...

—¿No es caluroso el sur para veranear? ¿No asustan esas cifras de temperaturas máximas que airea la Prensa?—pregunta-

mos a un madrileño que ha elegido Marbella.

—No. En la playa no hace calor. Lo hará en la ciudad, en el interior; pero aquí la brisa marina suaviza la temperatura. En mi opinión, el veraneo en playas grises y frías estaba justificado antaño porque nuestros abuelos no hacían deporte. Se limitaban a huir del calor trasladando su residencia y sus levitas, sus bombines y sus cuellos duros. Mas para disfrutar de un verdadero veraneo, créame, se lo dice quien conoce muchas playas de España y Francia, nada como esto.

Opinión de peso que me animó a un recorrido por la costa para enterarme bien de cómo es «esto», de sus ventajas e inconvenientes, de cómo se veranea en las playas de Málaga.



Playa de Estepona, una maravilla de la Naturaleza.

MÁLAGA, UNA CIUDAD CERCANA A TORREMOLINOS

Es una herejía, porque el nombre de Málaga es conocido de sobra en todo el mundo: por sus pasas, sus almendras, su vino. O por sus chanquetes y sus boquerones, incluido el de plata que Pepe Mena saca de unos duros antiguos y pone en las más diversas y distinguidas solapas. Pues bien, se ha llegado a decir ahora, y no sin razón, que Málaga es una ciudad que existe junto a Torremolinos. Málaga, la gran señora arruinada de que habló Giron, pero de Málaga hablaremos luego. Tomemos ahora un vehículo y marchemos hacia Poniente por la más bella carretera del mundo.

TORREMOLINOS, RINCON DORADO DE ESPAÑA

El «slogan» es de un enamorado de Torremolinos que está empleando sus pesetas en difundirlo románticamente por varias emisoras. El detalle es significativo. Se halla este rincón dorado, esta antesala del Paraíso, a 14 kilómetros de la capital. Pero no hemos llegado aún, que un rústico rótulo indicativo nos ha detenido cinco kilómetros antes y hemos dedicado un buen rato a recorrer el magnífico campo de golf de la Dirección General de Turismo y las instalaciones del Club de Campo de la Real Sociedad de Tiro de Pichón.

Para quien guste de disfrutar de la soledad, la costa le ofrece a todo su largo las más pintorescas calas con playitas de las que puede posesionarse con la instalación de una tienda o aparcar el coche. Es una estampa que se repite en muchos kilómetros. Pero quien desee la animación de la playa extensa, ha de ir a Marbella o venir a Torre-

molinos. Playas de arena fina y limpia y transparentes y tranquilas aguas. Inés Robb, periodista norteamericana que acaba de descubrir Torremolinos, ha publicado este verano en el «Journal American» una serie de artículos bajo el denominador «Paraiso a este lado del cielo y... barato». Un paraíso con posibilidades de mejora, como vamos a ver en seguida.

UNA GRAN REALIZACIÓN FUTURA: EL «PEZ ESPADA».

—Hasta ahora—nos informan—no se ha construido nada de instalaciones fijas en la playa. La iniciativa privada ha poblado el lugar de bellos chalets y la industria ha montado hoteles y pensiones que tienen trozos acotados con toldos y casetas, pero en la playa de Montemar ha comenzado a construirse el hotel «Pez Espada», con cinco plantas, piscina, club del pescador, sala de fiestas y otras atracciones. Será el centro de un extenso núcleo de viviendas de recreo, y puede decirse que alrededor de él girará en el futuro la vida social de Torremolinos.

—¿Quién veranea en Torremolinos?

—Colonias madrileña principalmente. Y extranjeros. Americanos, ingleses, suecs... Pero éstos pasan aquí todo el año. Torremolinos estación de invierno tiene tanta importancia como en el verano.

GENTE DE CINE A LA VISTA

Me dedico a la pesca de personajes importantes para mi reportaje, y la primera pieza, un pez bastante gordo —nada menos que Jean Cocteau—, logra disuadirme del empeño.

—Mire, hablar, no; lo verdaderamente maravilloso de Torremolinos es la libertad. Y la falta de curiosidad de la gente. Vivir y dejar vivir.

Cocteau estaba en «La Posada», una cafetería que al borde de la carretera ha montado Angelita Rubio-Argüelles, la mujer de Edgar Neville. Se detuvo aquí un par de días en unión del propio Edgard.

Cornel Wilde, el actor de cine, pasó con su bella esposa, sus hijos y un voluminoso equipaje.

Sáenz de Heredia, el primerísimo director español, veranea e inverna. Se construyó un original estudio, donde pasa largas temporadas, y mientras la familia disfruta del clima, él suda preparando su futura labor madrileña. La veleta del edificio ofrece la graciosa silueta de un andaluz —sombrero cordobés a la cabeza— en actitud de reposo. ¡Qué le vamos a hacer!

VERANEO DE TRABAJADORES

La casa de Sáenz de Heredia es la última construida por ahora en los confines de Torremolinos con Arroyo de la Miel, pero frente a ella se alza otra grande y de airoas líneas de estilo malagueño —fué Jáuregui el arquitecto— que nos da la lección de nacionalsindicalismo, la nota de justicia social. Es la residencia de Educación y Descanso. Torremolinos, la playa de mo-

da, está también al alcance de los trabajadores españoles. Y si miss Inés Robb puede descubrir a sus compatriotas que en la «Riviera española», todavía algo apartada milagrosamente de las rutas del turismo internacional, puede un matrimonio americano vivir con cincuenta dólares a la semana como vivían los antiguos monarcas, yo tengo que descubrir a miss Robb que el Gobierno español hace el milagro de que igual vida la disfrute un matrimonio trabajador por la décima parte de su cifra.

DESDE ARROYO DE LA MIEL A FUENGIROLA

La carretera corre toda a orilla del mar, pero desde Arroyo de la Miel a Fuengirola lo hace en alto, con acantilados y curvas que dan bravia belleza al paisaje. Una Costa Brava en pequeño con numerosas calas y ensenadas a cuál más pintoresca. Hay mucho tráfico en el camino, y la mayoría de los coches tienen la matrícula MA, que no corresponde precisamente a Málaga, sino a Marruecos. Son automóviles del Marruecos francés, que utilizan esta vía para conducir a sus propietarios, funcionarios del Gobierno por lo regular, a la metrópoli en disfrute del permiso anual.

Pasado Carvajal —una playa de tres kilómetros—, con el alto obligado en «El Caballo Blanco», llegamos a Santa Fe de los Boliches, un anejo de Fuengirola y el pueblo más pulcro del litoral. Molesta con el sol fuerte el blanco de la cal de las fachadas. Todas las casas son iguales y las calles llevan nombres de pescados: el boquerón, la sardina. Aquí se da la mejor sardina del Sur, con ejemplares que llegan a pesar 130 gramos. Hay una buena playa, y es lugar preferido de los pescadores. Pero de la pesca hemos de hablar después, por lo que reemprendemos la marcha y estamos en seguida en Fuengirola.

En Fuengirola la vida es tranquila. Quienes aspiren de un veraneo cosegado sin muchas fiestas, sin salas de baile, buenas playas y precios baratos, vayan a Fuengirola, donde encontrarán una simpática colonia, en su mayor parte formada por cordobeses.

MARBELLA, REINA DEL SUR

Y ya, Marbella. Pero antes están los pinares de las Chapas, de Calahonda. Cuando no se sospechaba que pudieran existir playas mejores, aquí están éstas con los frondosos pinos hasta el borde del agua. Aquí residencias de rara geometría y moderna arquitectura, como ésta que llaman «La Luna», y un hotel de ensueño, el «Alhamar», en el que un constructor poeta, visionario y soñador ha enterrado muchos millones.

Marbella es la digna rival de Torremolinos. Una ciudad antigua con muchas casas del tiempo de la Reconquista —que conmemora cada año con una procesión en la que se saca el pendón que entregaron los Reyes Católicos— y una parte nueva, residencial, que ha surgido junto a la playa en los últimos años.



A lo largo de la «bella costa» del Sur se encuentran playas como ésta, aun sin explotar por el turismo.

Marbella tiene aún mejor temperatura invernal que Málaga, y antes de que se iniciara la corriente veraniega hacia el Sur, tenía abundante colonia de veraneantes cordobeses. El iniciador de la actual fué Ricardo Soriano, el antiguo corredor y campeón de «fuera borda», que llegó hace varios años y descubrió Marbella. En seguida la dotó de un cine, de un restaurante y de «El Rodeo», un hotel formado por «bungalows» con cuantos atractivos se puedan desear. Marbella le ha pagado dándole su nombre —«Marqués de Ivanrey»— a una de sus principales calles.

Por el marqués vino un familiar suyo, el príncipe de Hohenlohe, que acaba de construir otro hotel, el Marbella Club, que se dice inaugurará el duque de Edimburgo. Después llegó el marqués de Villalobar, casado con la princesa de Ligne, hija del príncipe de Ligne, embajador de Bélgica en Madrid. Ellos forman lo más destacado de la colonia permanente. Luego, en el verano, acostumbran a venir el archiduque heredero del trono de Austria, la condesa de Aguiar, el marqués de Salamanca, y aquí pasaron parte de su luna de miel recientemente el archiduque Otto de Hapsburgo-Lorena y su esposa.

Dos excelentes playas, una animada vida nocturna y la deliciosa temperatura que se disfruta hacen muy apetecible el verano en Marbella.

Todavía —en la carretera de nuevo— un hotel de «bungalows» más, el «Santa Marta» y estamos en Estepona, en la linde con la provincia de Cádiz. Las playas del Cristo y de Chullera cumplen su cometido de recibir cientos de veraneantes, la mayor parte de la vecina plaza de Gibraltar. E iniciamos el regreso.

LA COSTA ORIENTAL

La costa oriental de Málaga es más árida, pero tiene varios lugares interesantes: Nerja, con su famoso «Balcón de Europa», dos playas limpias y bellísimas roncónes; «Torre del Mar, alegre y peregrino puebleto a la orilla de la mar riente»..., que cantara Salvador Rueda, y que prefieren los granadinos para su temporada de baños; Maro, Rincón de la Victoria, etc.

Y de Málaga ¿qué? Málaga tiene playas para la clase media, como los Baños del Carmen, y para las clases populares, cual la Malagueta o San Andrés; pero quien, atraído por la fama malagueña de Torremolinos, se hospeda en un hotel de Málaga dispuesto a veranear, aquí oír las lamentaciones del hotelero, que clama por una playita, por la resurrección de las que desaparecieron con el paseo Marítimo en construcción, que no eran buenas, pero que se dejaban explotar.

DEPORTES NAUTICOS: LA PESCA SOBRE TODO

Muy cuidada y selecta es la playa del Club de regatas, donde son frecuentes los partidos de «water polo», las competiciones de «fuera de borda» y las de



Perspectiva de la costa después de la Caleta, en Málaga.



Por la carretera de Málaga a Estepona se sucede una interminable serie de playas en maravillosas calas que la costa forma.

«snipe». Y ya se abre paso la práctica del «squi» acuático, a que este mar, por la tranquilidad de sus aguas, tanto se presta.

Pero el principal deporte de toda la costa, para el que se ofrece un ancho porvenir, es la pesca, en todas sus modalidades. Ha sido un acierto la creación de ese Club del Pescador que el «Pez Espada» albergará en su recinto. Magníficos ejemplares se capturan a diario en Estepona y Marbella, y la pesca es abundante, por ser el estrecho lugar obligado de paso de uno a otro mar. El Caudillo, gran enamorado de la pesca deportiva, ha practicado el «currican» aquí, y en Estepona un humilde hombre de mar os hablará con orgullo de cuando Franco le llamó al «Azor» y conversó con él de los temas pesqueros. En Marbella pescan al «currican» varios distinguidos aficionados, entre los que están don Jesús Sevillano, de Madrid; don Manuel Rodríguez, de Ronda, y don Vicente Benlloch, madrileño también. Los dos primeros poseen el récord del litoral, con 42 kilogramos de mero en una hora. El segundo obtuvo 30.

La pesca submarina tiene muchos entusiastas cultivadores. La mejor marca la ostenta el doctor Amuedo, madrileño, con 100 kilogramos. Rafael Chinchilla, en Marbella, y Pepe Piera, en To-

rremolinos, le siguen muy de cerca.

* * *

La costa malagueña es una mina por explotar. En todos los sentidos: en el turístico, en el comercial y en el deportivo. Si entre los lectores hay algún hombre de empresa que se decida a montar una nueva instalación, tiene el éxito asegurado. Costabella —como bautizara Campos Turmo este litoral hace treinta años— es una zona de indudable porvenir turístico.

GALLARDO



La Malagueta, una de las playas populares de Málaga.

EL INTELLECTUAL Y SUS VERDADES

Por Adolfo MUÑOZ ALONSO

SE estudia para saber, se contempla para ver, se piensa para amar. Pretender que la inteligencia se satisfaga a sí misma, en la inmanencia de su función, es el principio de la soberbia. El intelectual es, por naturaleza y por misión, hombre de renunciaciones a sí mismo y de generosidades por la verdad lograda. Una verdad que se adquiere para ornato de nuestro vivir individual es una verdad espuria. La verdad se da a cada uno para los demás. El afán de la búsqueda es la gloria y el premio del intelectual, y el esconder esa verdad lograda en las reconditeces de su retiro o desentenderse de las exigencias de la sociedad es su fracaso: el de la verdad y el del intelectual.

Sentir comecón por la verdad, anhelar su posesión es condición previa del intelectual. Empeñarse en convertir la posesión en propiedad exclusiva es falsear la conquista y el hallazgo. La verdad, como el amor, se perfecciona y consume con la donación generosa. El título jurídico de propiedad de la verdad—contrariamente a lo que sucede con las cosas—no lo da la posesión continuada; lo otorga la comunicación perenne. Seguir ocultándola es una posesión dolosa.

La verdad es absoluta, pero la búsqueda y las condiciones de la donación y muchos de sus aspectos son temporales. Y sería estúpido empeñarse en atravesar un reino de sombras a la hora creciente de la aurora, o negar el esplendor de la luz o de la llama en el calor de la cosecha. El intelectual no inquieta, si es intelectual, sino que sosiega en la paz de la verdad las inquietudes reales y actuales. Cada día tiene su malicia, y cada época, su milicia y su afán. Ser espectador en un vivir turbulento no es símbolo de inteligencia ni de servicio a la verdad; es actitud de mezquindad de alma y de espíritu. Porque el ápice de la inteligencia es el amor. Y no hay otro signo de amor más fuerte que la muerte por la verdad, o la entrega.

Luchar por la verdad, morir por ella, no quiere decir desambiantarse, renunciar, con narcisismo intelectual, al diálogo y a la comunicación. Sólo puede quejarse de no ser oído el que enronqueció gritando la verdad salvadora con obras, palabras y afanes. La verdad se nos da para empujarnos hacia los demás, en ofrenda humana y cordial, casi paternal, no para apartar de nuestra compañía a quienes—como en la imagen casi bíblica de nuestro poeta—hayán de secar en la espera desesperada las llagas de sus plantas con el rocío del invierno.

La vida de los hombres de hoy no es ciertamente un espectáculo atrayente; es un drama al que sólo desenlaza la verdad descubierta en el desarrollo cruento de sus actos. En esta lucha entre el león y la virgen que representa la constelación de nuestro mundo de hoy, el intelectual o equilibra con su luz las fuerzas o enciende más el furor de la pelea.

Más negro que la desconfianza que la sociedad manifiesta por el intelectual es el resentimiento del intelectual contra la sociedad. Pero hemos de confesar que a la sociedad le asisten razones positivas que el intelectual no cuenta. La verdad,

como valor y como imperio—misión del intelectual—, sólo se logra si se actualiza la verdad y el afán del descubrimiento. La verdad no es un lujo de intelectuales que se desmigaja a los pobres; es una exigencia honda y penetrante en los hombres todos. Al fin de cuentas, la sabiduría no es más que la resolución por evidencias de los conocimientos obvios y naturales de una sociedad no perversa. Por ello, cuando el intelectual crucifica las verdades sencillas para montar contra ellas otras verdades extrañas a las exigencias sinceras del hombre y de la sociedad, solivianta a los más. Porque la sociedad sabe muy bien que el intelectual es señor de grandes recursos, pero carece de virtudes taumatúrgicas. El intelectual puede todo menos patrar milagros. Porque el intelectual no suele ser hombre de fe heroica, que es la condición previa para el milagro.

La verdad no requiere para su triunfo la asepsia de los quirófanos, sino el sosiego y recogimiento del santuario. Cuando la verdad no se encuentra en diálogo de amor con otros hombres o con la sociedad, desfallece y se enturbia. La ciencia hincha, si no se infunde y salva a los demás también. Cuando la verdad descubierta no eleva a otros o se esconde, condena a quien la usurpa.

Si el mundo discurre por caminos doloridos de error y de odio, si España se endereza entre aciertos y desfallecimientos por la senda de su recuperación histórica, el intelectual no tiene, es cierto, por qué sumirse en la corriente, pero si obrar en ella, con ella y sobre ella; reconociendo que su misión no es el repliegue sagaz, sino la fidelidad a la verdad. Y ser fiel a la verdad es ser fiel a la promesa de salvar a los demás.

La verdad no es una ficción o una estrella de refulgencias aéreas, sino que se encarna siempre. El mito maravilloso de Platón es realidad en el pesebre de Belén. No hay más verdad que la que salva a los hombres, ni cabe más oficio intelectual para intelectuales que el descubrir verdades y ganar para ellas a los hombres. Aislarse en el afán por la verdad, sin atender a las exigencias de los hombres actuales, no es afán por la verdad, es egoísmo individual o egoísmo asociado.

Intelectual es el que busca la verdad y mueve a los hombres a buscarla y a amarla; a la verdad, no precisamente a él como intelectual. Tal vez por esta exigencia que mantiene la verdad la muerte corone con frecuencia a los intelectuales auténticos, a los mejores; mientras que una longevidad—muy respetable, eso sí—corone de mirto a otros no tan auténticos, y, desde luego, no los mejores. Siempre será cierto que una de las verdades definitivamente conseguidas para la humanidad es el sacrificio que la verdad impone al que la descubre. Y que el crucificar a su descubridor puede redimir y salvar a los mismos homicidas.

Y es que un intelectual que quiera ser actual mañana ha de ser actual hoy, y sólo puede decir honestamente «no es esto, no es esto» si consume después su vida en que triunfe y perviva «lo otro».

SUSCRIPCIONES ESPECIALES PARA VERANEANTES

Atendiendo el ruego de numerosos lectores que nos lo han pedido, durante los meses de verano admitiremos suscripciones por un mes de duración, con el fin de que aquellas personas que cambian de domicilio por veraneo puedan seguir recibiendo nuestro semanario en el lugar de sus vacaciones.

Los interesados en estas suscripciones especiales deberán solicitarlas por escrito a la Administración de EL ESPAÑOL, Zurbano, 51, Madrid, y enviar por giro postal el importe de los cuatro o cinco números objeto de la suscripción, a razón de 2,50 pesetas cada uno.



LA HABANA

MAMBOS Y RUMBAS

ENTRE COMPASES DE PASODOBLES Y DE CHOTIS

"AQUI PLANTA USTED UN BASTON Y LE SALEN RAMAS...; PERO EL CALOR SE DESHACE EN DILUVIO Y EL DILUVIO EN HURACAN"

ESPAÑA es como una raíz antigua clavada en el suelo de Cuba. La raíz es tan viva y el suelo tan fértil que no hay que preocuparse: la savia seguirá subiendo por los varales nuevos que rebrotan, altos y verdes, en cada primavera.

Viene a ser como en esos ciclones de otoño que me describía, con una resignada fatalidad casi andaluza, un amigo cubano. Volvimos de Viñales, sobre un paisaje inconcebiblemente vegetal, al que habría que adjudicar desde ahora un nuevo vocablo de repetición: el verde-verde, como se inventó el café-café para distinguir el legítimo de ese otro café a secas, sucedáneo y descolorido. El «Dodge» de mi amigo—pasado de moda, según él, porque era un modelo 1950, y en Cuba las «máquinas», como los periódicos, hay que comprarlos al día—circulaba bajo el túnel fragante que forma-

ban las ramas altas de los árboles crecidos a ambos lados del asfalto, enlazándose en una maravillosa techumbre. Lo vegetal era una fuerza de la naturaleza, irresistible y sofocante.

—Aquí planta usted un bastón y le salen ramas...

Pero con el otoño puede llegar la tremenda guadaña de los ciclones.

—El calor se deshace en diluvio, y el diluvio desata el huracán. A veces, los años malos, arrasa bohíos, aventa cosechas, arranca árboles de cuajo, que quedan tumbados con las raíces fuera, como tendones rotos por la metralla. Pero es lo mismo. Al cabo de ocho días las raíces vuelven a hincarse en la tierra y el árbol se endereza otra vez, resucitando.

Con España pasa aquí algo parecido. Puede que el soplo del ventarrón, en algún otoño tormentoso, haya arrancado su vie-



Edificio del Centro Gallego de La Habana, una de las instituciones más importantes de la colonia española

ja ceiba centenaria, dejando al aire las raíces. Pero estad seguros de que volverán a clavarse en la tierra y otra vez el árbol español estará en pie.

SIDRA Y «DAIQUIRIS», CHOTIS Y MAMBOS

No hablo ya de la Habana vieja, custodiada por los cinco fortines, que aun tienen nuestro nombre, con el Morro como vigía marineró que parece ascensarse para esperar correo de España. Toda La Habana, Cuba entera, guarda todavía en su buena tierra la buena raíz española. El guajiro os saludará con ese aire de campechana confianza—«Oye, chico...»—que puede sonar tal vez a gallego o andaluz. Con el limpiabotas del Parque Central podréis hablar de política o de baseball. En las gallinas aun se apuesta con la vieja «moneda» nuestra, que vale cinco pesos. En el Centro Asturiano os darán a beber sidra «El Gaitero». Y en Tropicana, a pesar de que se denomine «night Club», a lo gringo, oiréis cantar a Los Xei el «Tani, Tani...»

Un español no es un forastero, y muchísimo menos un turista en Cuba. Es algo así como un viejo amigo que viene de visita. No hay que sorprenderse, pues, de que se os reciba con el cordial ademán de la amistad antigua, el tuteo inmediato y la invitación fulminante a tomar un «daiquiri» en «Floridita» o un arroz blanco con frijoles negros en «Río Cristal». También es nuestra, al cabo, esa buena costumbre de hablar de todo en tertulia, y a ser posible de sobremesa. Por lo demás, no hay retraimiento forastero que resista tres «daiquiris» seguidos, una especie de «gin fizz» indígena, creo que a base de ron, limón y hielo granizado, que hace los buenos oficios hospitalarios de nuestra manzanilla.

Si conectáis un receptor con alguna de las veintiocho emisoras de La Habana—las dos televisoras son aparte—, seguramente encontraréis a mano un pasodoble. Aunque es «producto nacional» el mambo, en cierto modo transcripción al cubano, del «be bop» yanqui por el morenito Pérez Prado, que, según dicen, se ha hecho millonario haciendo bailar al prójimo al son que le toca, la música española sigue sonando fuerte: tantos pasodobles como mambos, tantos chotis como rumbas. Una de esas veintiocho emisoras se llama así: «Onda Musical Española».

TOROS EN TELEVISION

Cualquier «fanático» os podrá decir los resultados de la Liga cinco minutos después de oírse los comentar a Teus en Radio Nacional. En la televisión os «prepararán» las corridas de la feria de

Sevilla o los sanfermines una semana después que en la Maestranza o en Pamplona. Y hasta quizá os asalte también en vuestra mesa de café un vendedor de lotería con el número pintado sobre el sombrero de paja brindándoos generosamente la fortuna en dólares con «un trece mil que termina en trece...»

No, un español no puede sentirse forastero aquí, donde, salvo que el mercurio del termómetro está algo más alto que en Córdoba, el «clima» humano tiene casi los mismos grados. Porque aun está en pie, gracias a Dios, la vieja ceiba de la plaza de Armas, bajo cuyas ramas se dijera la primera misa del Descubrimiento. El árbol es cubano, pero la savia es también un poco nuestra. Puede que alguna vez haya tenido al aire sus raíces, arrancadas por cualquier ventarrón de otoño. Pero aunque haya sido así, la raíz es tan viva y la tierra tan buena que la ceiba volvió a ponerse en pie.

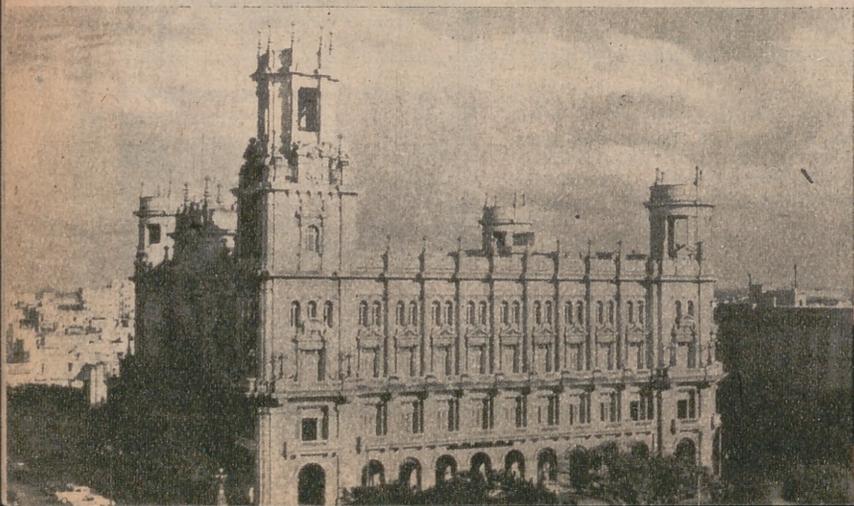
LA CIUDAD EN TECHNICOLOR

Desde el aeropuerto de Rancho Boyeros a la capital el viajero ha de recorrer unos veinte kilómetros. La autopista cruza entre un paisaje aombrosamente verde, que es el primer color que nos sale al encuentro en Cuba. Un verde espeso, frondoso y deslumbrante, como el de una Valencia multiplicada por mil. Del otro lado, la cintura de la Habana está ceñida por el brazo azul del mar, sobre la orilla cosmopolita del Malecón, que por la noche enciende en colorines publicitarios de neón su collar luminoso. Y entre los dos colores—el azul líquido y el verde vegetal—al ciudad se tiende, llana y blanca. De una suave blancura de hilo y de cal que alcanza desde la cara limpia de sus casas hasta el blanco medio almidonado de la guayabera, prenda nacional.

En realidad, a la señora Kalmus, dictadora del technicolor en Hollywood, le bastarían estos tres colores naturales: verde, azul y blanco para cualquier superproducción con música de Xavier Cugat. Pero la Habana aun guarda otros tonos cromáticos fundamentales: ese «moreno» de su gente negra que en las noches de domingo pasea con traje blanco y sombrero de paja por el Prado. Y aun en último caso el fastuoso y mareante colorín de las camisolas americanas, ilustradas con palmeras, cocodrilos y bañistas en bikini...

Y luego, el «color», así, entre comillas. Esa mezcla de lo típico y lo turístico que es en la Habana una «posse» perfectamente natural, sin intervención de agencias de turismo. Por el Parque Central, bajo los soportales, en esa zona sombreada de limpiabotas, puestos de periódicos y vendedores de lotería, aún circulan los músicos callejeros con guitarras y maracas cantando para los transeúntes el «Cachumba» o «Mi cafetal», el último «porro». Los carros de frutas—desde el verde aguacate al rojo mamey, coronados con el alto copete de la piña—se desbordan hasta el suelo como una tentación fresca y sabrosa, sin el falso celofán de las fruterías con escaparate. En cualquier cafetín, no refrigerado, por supuesto, todavía se puede tomar el «guarapo», que es bebida vieja, típica y dulce, caña de azúcar molida. Los tranvías han desaparecido y ahora mandan en la calle las «guaguas», autobuses vertiginosos, terror de peatones descaudados, ventilando este «derby» motorizado del transporte urbano con las grandes «máquinas» a 60 por hora. Y frente a esta desatada velocidad, como una perezosa rebeldía, el negro se tumba filosóficamente sobre un banco de piedra, a la sombra, con su tabaco a medio quemar para dormir la siesta en esta hora sofocante del mediodía.

La Habana se extiende horizontal, como buena ciudad calurosa, entre sus dos extremos: frente al puerto, la encrucijada española, La Habana vieja, donde las calles tienen aun el nombre antiguo de nuestro tiempo—Obispo, Inquisidor, Jesús María, Oficios—, y al otro lado el «pequeño Miami» del Vedado, barrio residencial de millonarios, perfecta cuadrícula de calles numeradas a la americana—23, 12, 9—, con anuncios fosforescentes y Quinta Avenida. En La Habana vieja todavía se conserva la traza arquitectónica de España: la catedral, la iglesia de la Merced—«Our Lady of Mercy Church»—, como traducen las guías para turistas con camisola floreal y dólares—, la plaza de Armas, el palacio de los marqueses de Aguas Claras, que ahora es «Ron Havana Club», porque no sólo de arquitectura vive el hombre... En el Vedado todo es más confortable y liviano. Hoteles lujosos con frontón y piscina en el parque, playas particulares, Clubs y aire acondicionado. Uno de los teatros más grandes del mundo, el Blanquita, con 6.000 localidades, y uno de los cabarets más elegantes del mundo, el Tropicana, con su jardín de trópico bajo la campana de cristal, indispensable escala en ese «Havana la Nuit» para visitantes frívolos. Entre estos dos barrios, casi dos mundos, la Víbora—un tercer barrio no apto para andaluces, claro—es el «reparto» de la clase media, ciudad de pequeños comerciantes y empleados distinguidos que cobran 300 pesos mensuales y pagan 45 por una vivienda en la que caben el televisor, el frigorífico y el lavadero eléctrico, y



Sin duda alguna, de la colonia regional española en Cuba, la asturiana es la más poderosa. He aquí su magnífica residencia

aun sobra sitio. Aquí la televisión es el gran espectáculo familiar. Casi todos los hoteles de la Vitoria tienen arriba su antena como un pararrayos contra el aburrimiento. Por la noche vuestra antena os invitará a acomodaros ante la pantalla de su receptor para pasar la velada. Café, tabaco y televisión de sobremesa.

La Habana cuenta con dos televisoras: Unión Radio y CMQ, y está ya instalando la tercera, El Mundo. Sin salir del «living» de vuestra casa podréis asistir a todos los acontecimientos del día: el partido de baseball, la audiencia del Presidente, el incendio de la calle Galiano, el último estreno cinematográfico y la pelea de «catch» entre Red Menace, un terrorífico y popularísimo luchador enmascarado, con facha de verdugo medieval, y un oso. La televisión sirve a domicilio la actualidad por esta pequeña ventana de sombras. El último discurso de Truman, la última canción de Agustín Lara, el último chiste de Dick y Biondi. El cubano se siente orgulloso de su mágico juguete. Es como si tuviera invitado al mundo en su casa.

Ahora, al salir de nuevo a la calle, la medianoche da a La Habana su cuarto color. La ciudad, bajo la luna redonda, tiene el gris maravilloso de la plata vieja. Las palmas reales, símbolo de Cuba, cuyo tallo es gris también, peinan la brisa que llega del mar. De noche, La Habana tiene esa palidez de las ciudades blancas. Pero esa palidez, señora Kalmus, iba a ser muy difícil conseguirla en technicolor. Necesitaria usted nada menos que el reflector de la luna...

EL AUTO, AL DIA

Cuba posee unos seis millones de habitantes y unos 280.000 coches. Pero en realidad el número es lo de menos. Lo verdaderamente impresionante de esta motorización nacional es la fastuosa concentración de «últimos modelos» en las calles de la Habana. Creo haber dicho ya en otra ocasión que el cubano tiene la vanidad de llevar al día su «máquina». En 1952, un «Lincoln», un «Dodge», un «Cadillac» 1952... Los coches pasan de moda en Cuba con la escalofriante fugacidad de las «tenues» femeninas en cualquier parte del mundo.

Naturalmente que ello está relacionado por vía directa con la economía nacional. Cuba exporta ahora tres productos fundamentales: azúcar, tabaco y mambo. Pero de los tres, el azúcar es la riqueza básica. Cuba vive de endulzar al mundo. Y quizá el hecho de que un agente de seguros, un fotógrafo de Prensa o un perito mercantil pueda comprar a plazos su «máquina» dependa en última instancia de la zafra azucarera. Cuba vende azúcar y compra casi todo lo demás: desde camisas de nylon con acetato hasta petróleo para su fábrica de electricidad. La última cosecha fué fabulosa: se recogió la mayor zafra y se vendió al precio más alto. Y así lo demás—televisión, aire acondicionado, «máquina»—se dió por añadidura.

EL PESO VALE COMO EL DOLAR

El cubano monta su economía doméstica sobre una facilidad tí-



Palacio presidencial del Jefe del Estado en la capital de Cuba

picamente americana: el crédito. El peso nacional vale tanto como el dólar. Usted puede comprar en cualquier almacén de la Habana y pagar en dólares o en pesos indistintamente. El cambio se lo darán también indistintamente. Un peso, un dólar. Pero lo importante es el crédito. Usted puede comprar una «máquina»—un «Dodge» 50, por ejemplo—por unos 1.200 pesos. Usted paga 300, se pone al volante y ya irá amortizando el resto a razón de veinte o treinta pesos mensuales. Aquella vieja y desconfiada litografía mercantil del «Yo vendí a plazos, yo vendí al contado», especie de transcripción comercial del chocolate Matías López, está vuelta al revés como un calcetín en los establecimientos de la Habana. El comerciante gordo, feliz y sonriente es aquí el que vendió a plazos.

SUELDO MEDIO: 300 PESOS

Un sueldo medio, que permite «máquina», televisor y quizá, quizá, vacaciones en Miami, es aproximadamente de 300 a 350 pesos mensuales. Este no es, por supuesto, un sueldo fácil. Un periodista, por ejemplo, gana de 40 a 60 pesos a la semana. Un médico, bastante más. Un oficinista, un dependiente de comercio, bastante menos. Todo es cuestión, como en cualquier parte, de administrar con más o menos severidad su presupuesto y utilizar el crédito. Una camisa puede costar de dos a doce pesos. Unos zapatos de tipo medio, veinte. Que le afeiten a uno en la barbería, 40 centavos. Que le corten el pelo, 80. Que le limpien los zapatos, 15. Una petaca de cinco cigarrillos «H. Upman», un peso cincuenta centavos. Un televisor, de 500 a 1.000 pesos. Una entrada para cine de estreno, 80 centavos. Una cajetilla de tabaco americano, 40. Como una pifa batida en la barra del «Miami». Un «Cadillac» nuevo, «en paquete», es decir, recién desembarcado de fábrica, 5.000 pesos. Un «Cadillac» de segunda mano —¡nadie lo diría!—, casi tan flamante como «en paquete», 2.500. Una guayabera, de cinco a diez. Una botella de coñac español, cuatro. Una libra de café molido, un peso cuarenta centavos. Una habitación en hotel de primer orden, diez pesos, pensión aparte.

¿QUIERE «MAQUINA», CHICO?

Si no tiene usted «máquina» propia, podrá tomar un taxi en cualquier esquina céntrica. No hay problema. El mismo chófer «moderno» os la ofrecerá al paso:

—¿Quiere «máquina», chico? Buena máquina...

Y no os engañará. Allí está su «Cadillac», su «Chrysler», su «Ford» último modelo, sin cinta roja ni distintivo mercenario. Sin contador tampoco. Sólo en la matrícula verde la palabra «Alquiler». Y el pago por carrera. Una carrera corta, medio peso. Una carrera algo menos corta, un peso entero. Depende en todo caso de la distancia y de la buena voluntad del chófer.

Un diario, cinco centavos. Los domingos, con tres o cuatro suplementos de historietas cómicas, de modas, deportes, vida social, diez centavos. Pero tenga usted cuidado al desplegar en la calle uno de estos «extras» voluminosos. Como en el chiste de Adamson, un poco de viento puede empalearlo materialmente entre las ochenta o noventa sábanas de letra impresa...

LA FORMULA VITAL: CREDITO Y CLUBS

Crédito y Clubs. Esta es, en síntesis, la fórmula vital del cubano. Pagará sus compras a plazos y pertenecerá a una Asociación mutual que le permita bailar los domingos, pasar el fin de semana en una playa u operarse de

La torre de la catedral de La Habana verge su belleza colonial española entre palmeras y el farol a la madrileña





Vista del Parque Central, con el teatro Nacional y el Capitolio, a la izquierda

apendicitis, sin mayor desembolso que la cuota mensual. Yo he visto las Casas de Salud de entidades sociales como el Centro Asturiano. Son verdaderas ciudades sanitarias, amplias y modernas, instaladas con los últimos adelantos y atendidas por los mejores especialistas. He visto también los «paradores» sociales de la playa de Guanabo. Creo que por algo más de dos pesos diarios se alquila allí a los afiliados habitación con cama y se les da derecho al menú colectivo y al bar con televisión.

Un peso, un dólar. Olvidé consignar en mi listín de precios lo que cuesta un traje confeccionado en cualquier almacén de Galiano-Neptuno. Creo que son cuarenta o cincuenta pesos. El detalle no tiene, sin embargo, demasiada importancia. Usted puede circular más fresco con guayabera sin americana. En todo caso, para las solemnidades sociales no hará falta más que abotonarse el cuello y colocarse una corbata de lazo con clip. Y corbatas de lazo las hay desde un peso...

CUBA, SIN CICERONE

La isla entera es un largo brazo que se tiende sobre el mar. De Occidente a Oriente, de Finar del Río a Santiago, la doble arteria del ferrocarril y la carretera principal conecta las seis provincias cubanas. Y así la isla se abre como un mamey maduro para la ruta viajera. Es preferible que hagáis el trayecto en una de esas «guaguas» confortables, a 70 por hora, con radio, departamento de equipajes y aire acondicionado. (La verdad es que olvidé reseñar hasta ahora el triste fin de la era del ventilador. Cuba enfría hoy su clima caluroso con refrigeración. En La Habana, mientras la calle se tuesta al sol, las oficinas, los restaurantes, los cines, las tiendas, los bares, se fabrican mecánicamente su temperatura. El «pay pay» ha muerto. Viva el aire acondicionado. Y las «guaguas» de carretera circulan a 20 grados, mientras de ventanillas

afuera el termómetro mide treinta y tantos.

Lo curioso es que esta isla maravillosa, invadida por los turistas, sólo posee una organización turística rudimentaria. Quizá sea mejor así, porque en el fondo uno ha odiado cordialmente esas ciudades con guía obligatorio y programa pronome-trado. Cuba os abre las puertas como una casa amiga y os deja deambular libremente por ella, sin necesidad de escuchar el disco del cicerone matriculado de turno.

TARARA Y GUANABO

Y libremente podréis recorrer, una a una, las

playas cercanas, desde la Concha, con su Coney Island detrás, montaña rusa y tiro al blanco, hasta Varadero, la playa azul de Cárdenas, una primorosa península de arena que se clava 20 kilómetros en el mar, como una lanza rubia. Las playas aquí son casi todas privadas. Terreno acotado, propiedad de Clubs o de gremios. Tarara es quizá la más elegante. Guanabo, la más popular. Por esta carretera de la costa hay que andar con cuidado. La cinta de asfalto es estrecha y cualquier exceso de velocidad suele pagarse en la cuneta. La Policía de Tráfico, los «caballitos blancos», camuflada su moto entre el espeso verde, se encargará de vigilar en todo caso vuestro acelerador. Cuando esté terminada la Vía Blanca, estupenda autopista a la americana, con curvas en desnivel para poder tomarlas sin rebajar marcha, los «caballitos blancos» tendrán sin duda menos trabajo. La Vía Blanca unirá La Habana y Varadero en menos tiempo y con menos riesgo.

TAMBIEN HAY «MONT-SERRAT»

Tendido junto a Matanzas, como una mano abierta, está el valle de Yumuri, por cuyas laderas verdes bajan las palmas reales. El maravilloso paisaje de la llanura puede contemplarse desde la ermita de Montserrat, allá arriba. No sé por qué le ha nacido esa e final a esta versión cubana del Montserrat catalán, revivido ingenuamente en el altar mayor, con montañas de corcho gris que quieren ser San Juan y San Jerónimo, y ex votos de cera. Más allá, cruzando Matanzas, el camino hacia Varadero, el Aca-pulco de Cuba. Con su hotel Internacional, que es un pequeño mundo confortable y completo —alojamiento, cabaret, grandes almacenes—anclado en esta orilla azul.

Hacia Occidente, la ruta es también deslumbrante. Bahía Honda, Cabañas, con sus Cayos como barcos verdes. No sé quién

me dijo que estas pequeñas islas costeras, los Cayos, se venden a los particulares. Imagino que el comprador se sentirá un poco gran señor feudal en sus dominios y podrá aspirar a tener también su flota para defenderse de un posible ataque. Todo ello sólo le habrá costado unos quinientos o seiscientos dólares.

Camino adelante, cafetales, ingenios. Aquí, en «Mercedita», se hace azúcar un inmenso cañaveral. Bohíos, cabañas campesinas, alguna con antena de televisión, alguna con «máquina» a la puerta. Y al final, el valle de Vinales. Aquí se comprende mejor la conveniencia de que no existan cicerones en la isla. Cualquier comentario geológico, naturalista o simplemente lírico sería suficiente razón para intentar el estrangulamiento del guía parlanchín. Ante este inconcebible paisaje—una amplísima cuenca verde, entre montañas, con grandes riscos en medio de la llanura cubiertos de vegetación increíblemente, como montones de heno sobre la planicie—no se puede hacer otra cosa que sentarse y abrir los ojos. Dios hizo ya todo lo demás.

MARACAS DE RECUERDO

No, no hace falta cicerone en Cuba. Es mejor ir descubriéndola poco a poco en la paz dormida de su aire vegetal. Otra cosa sería tanto como pretender describros, en un alarde de erudición, la historia de la «Novena sinfonía» sin dejaros oír la música de Beethoven. La música de Cuba es dulce y sabrosa, como su fruta, como su paisaje. No he llegado a comprender bien por qué esta isla lánguida y perezosa ha creado una música trepidante y gimnástica: la rumba, la conga, el mambo. Cuando lo lógico sería tumbarse boca arriba en cualquier sombra para ver pasar las nubes. Por eso creo que es más cubano el son, el danzón. Más maraca y menos trompeta, más parsimonia y menos gimnasia. ¡Hace tanto calor!

Puede que no sea verdad—y es lo más probable—, pero en todo caso es una hermosa y lírica mentira. A punto de tomar su avión en Rancho Boyeros, el funcionario de Aduanas revisa superficialmente la maleta de cierto viajero. Pregunta primero en inglés, luego en español:

—¿Nada de tabaco, de café, de nylon?

Y el viajero, honrado y lírico, muestra entonces su único contrabando: unas maracas.

—Sólo esto. Quiero llevarme solamente el son de Cuba.

El funcionario de Aduanas abre unos grandes ojos de sorpresa, sin comprender. Vuelve a cerrar la maleta, sin mayores investigaciones, y murmura para sí: «Ni tabaco, ni café, ni nylon. Y, en cambio, unas maracas de medio peso... Decididamente estos turistas están cada vez más locos.»

De nuestro enviado especial,
VICENTE COELLO



CERCO DE SOLEDAD

VICENTE ALEIXANDRE ROMPE SU CLAUSURA

Desde Miraflores de la Sierra el poeta habla de su mensaje

UN nuevo libro de Vicente Aleixandre en la calle es siempre motivo más que suficiente para el comentario y la polémica. Así, «Nacimiento último» nos trae, junto a todo el sentir de la poesía alexandrina, honda y profunda de pensamiento, la discusión de críticos y poetas.

No es tarea fácil entrevistar al poeta, porque ya Vicente Aleixandre no está en Madrid. Veranea en su hotelito de Miraflores de la Sierra y hasta allí tenemos que desplazarnos. En Miraflores, Aleixandre descansa durante dos meses y medio y está a 50 kilómetros de Madrid, como si estuviera a 2.000, porque el poeta no recibe en este tiempo y no tiene ni siquiera teléfono para quedar aún más aislado de su vida cotidiana de la capital. Ni amigos, ni periodistas, ni nadie, ya que este hombre, que es siempre tan generoso de su tiempo, quiere, al menos durante el verano, disponer un poco de sí mismo.

LA DESCANSADA VIDA...

«Vista Alegre», la villa de Aleixandre, está enclavada en un escenario de serena quietud, lejos del tráfago de los veraneantes del pueblo. La casa se asienta sobre un altozano y mientras avisan nuestra llegada miramos cómo el aire de la sierra desfleca los olmos y las acacias del jardín y sentimos que nos llegan, de la llanada que se divisa a los pies, las voces con ecos de dimensiones grandiosas de los labriegos que terminan sus faenas.

Sorprendido de que hayamos irrumpido en su retiro, el poeta avanza hacia los dos periodistas seguido de su enorme perro de raza blanca de Auvernia. Alto y rubio, más que un meridional, Aleixandre parece un nórdico. Sus primeras palabras son acogedoras.

NACIMIENTO ÚLTIMO, LA MUERTE

BLANCA ESPINAR.—¿Se debe la transición que se apunta en su último libro a un estado de espíritu diferente?

ALEIXANDRE.—Se ha dicho, efectivamente, que hay una transición, pero no es muy notable

y en casi todos mis libros la hay; además, es la fluencia misma de la vida que va llevando el poeta a su poesía. En «Nacimiento último» existe esa transición en el sentido de que se empieza a abandonar la visión cósmica.

JAIME VEIGA.—¿Y qué significa ese título de «Nacimiento último»?

ALEIXANDRE.—Significa y es la muerte. Es el nacimiento definitivo. El estado de postmuerte, del que trata, es el nacimiento a la muerte, a lo definitivo.

BLANCA ESPINAR.—Y dentro de su obra poética, ¿qué es «Nacimiento último»?

ALEIXANDRE.—En su primera parte, es un cerrar la visión del mundo poético mío al tratar de la muerte en concordancia con todo lo presupuesto en libros anteriores. El amor a la muerte es el amor definitivo, irrevocable.

JAIME VEIGA.—¿No habrá, don Vicente, algo morboso en ese regusto de la muerte?

ALEIXANDRE.—Para mí, la muerte no es término. Es una glorificación.

JAIME VEIGA.—De todas formas, ¿la poesía contenida en «Nacimiento último» podemos entenderla como pesimista?

ALEIXANDRE.—No; no puede ser pesimista si en ella canto a la muerte también como un triunfo vital.

ESTOY APARTADO DE LA VIDA SOCIAL

BLANCA ESPINAR.—¿A qué se debe ese retraimiento suyo de la vida social?

ALEIXANDRE.—Es verdad, yo estoy completamente apartado de la vida social, pero esto no es porque yo no sea un hombre sociable, sino porque trabajo intensamente y no tengo tiempo para asistir a reuniones y cócteles.

BLANCA ESPINAR.—¿A espec-táculos tampoco va?

ALEIXANDRE.—Sí, me gusta mucho el teatro y el cine, cuando los dos son buenos, y suelo ir algunas veces.

JAIME VEIGA.—¿Qué le gustó últimamente?

ALEIXANDRE.—«Escuadra hacia la muerte».

BLANCA ESPINAR.—¿Qué opinión de Sartre?

ALEIXANDRE.—Que tiene una personalidad muy interesante.

JAIME VEIGA.—¿Y a tertulias literarias asiste?

ALEIXANDRE.—Tampoco. Además, yo no soy hombre de tertulia, sino de diálogo. En mi casa diariamente recibo muchos amigos, pero no juntos, sino a horas diferentes, y cuando no trabajo siempre tengo para conversar grata compañía.

BLANCA ESPINAR.—¿Quiénes suelen ser?

ALEIXANDRE.—Pues amigos dilectos, hispanistas extranjeros, algún poeta de Hispanoamérica y bastantes poetas jóvenes.

BLANCA ESPINAR.—¿Es verdad que su casa es como el centro de peregrinación de todos los poetas noveles de provincias?

ALEIXANDRE.—En cierto modo, sí.

JAIME VEIGA.—¿Usted se convierte en maestro de estos muchachos?

ALEIXANDRE.—No, yo no les marco nada. Solamente les acojo y les aliento.

ESTUVE MUY SOLO AL PRINCIPIO

BLANCA ESPINAR.—¿Y no habrá alguna razón sentimental, algún recuerdo, para ser tan generoso con los que empiezan?

ALEIXANDRE.—Sí, efectivamente. Esta reacción mía se debe, sin duda, a que yo, en mis comienzos, estuve muy solo. Escribí durante mucho tiempo sin decirme a decirlo y sin enseñar mis poemas a nadie. Tenía una especie de pudor, mejor dicho, era miedo, un miedo terrible a que me dijese que aquello no valía. Disfrutaba tanto mi alma escribiendo que temía tener que dejarlo por malo e insertible.

JAIME VEIGA.—¿Y cuándo publicó por fin?

ALEIXANDRE.—Pues mi primer poema se publicó en 1926, en la «Revista de Occidente», y sin yo saber nada hasta que lo vi en la calle. Yo dejé una vez olvidado un poema sobre una mesa y unos amigos llegaron a casa, lo encontraron y se les ocurrió lle-

várselo y ofrecerlo a la «Revista de Occidente», que lo publicó sin poner el reparo de que era de un desconocido. Después, ya todo me fué relativamente fácil.

BLANCA ESPINAR.—¿Cuáles eran los poetas más destacados de entonces?

ALEIXANDRE.—Pues, poco más o menos, los que han sobrevivido en su renombre: Salinas, Guillén, García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Cernuda, Alberti, Prados y Altolaguirre.

BLANCA ESPINAR.—¿Había ambiente para la poesía?

ALEIXANDRE.—La poesía era el género dominante e incluso impregnaba a los demás géneros literarios.

JAIME VEIGA.—¿En dónde se reunían los poetas?

ALEIXANDRE.—No teníamos tertulia; muchos de ellos no residían en Madrid, pero manteníamos el contacto por cartas y cuando venían y, sobre todo, por las revistas poéticas.

JAIME VEIGA.—¿Existían muchas?

ALEIXANDRE.—Sí, muchas jóvenes revistas dispersas por todo el país. Recuerdo, en el Sur, «Litoral», que se tiraba en Málaga. En el Norte, «Carmen», de Gijón, y en Levante, «Verso y Prosa».

BLANCA ESPINAR.—¿Tuvieron dificultad para publicar sus libros?

ALEIXANDRE.—Precisamente la revista «Litoral» hizo una colección de volúmenes, y ahora es bonito encontrar en ellos los primeros libros de los poetas consagrados hoy.

BLANCA ESPINAR.—De esos poetas consagrados, ¿con quién tiene usted mejor amistad?

ALEIXANDRE.—Entre los que residen en España, con Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Yo conocí a todos los poetas de mi generación en los comienzos de mi vida literaria, pero a Dámaso mucho antes, a los dieciocho años, cuando yo estudiaba Leyes y Comercio.

BLANCA ESPINAR.—¿Qué predomina en Dámaso, su personalidad como poeta o como crítico?

ALEIXANDRE.—Dámaso es, ante todo, un creador, un poeta, y lo es también cuando su personalidad se completa con su magistral obra de crítico.

JAIME VEIGA.—¿La mejor obra de Dámaso Alonso?

ALEIXANDRE.—¿Para mí?

BLANCA ESPINAR.—Sí.

ALEIXANDRE.—En poesía, «Hijos de la ira», y como crítico, «Poesía española».

EMPLEADO EN FERROCARRILES

BLANCA ESPINAR.—En «Nacimiento último» hay una elegía a la muerte de Pedro Salinas. ¿Era también muy amigo suyo?

ALEIXANDRE.—Sí. Pedro Salinas era un gran poeta y era además un hombre generoso que se alegraba como nadie con el triunfo de sus compañeros.

BLANCA ESPINAR (volviendo sobre las palabras).—Nos ha dicho usted que estudió Leyes y Comercio. ¿Terminó y ejerció estas profesiones?

ALEIXANDRE.—Las terminé, pero nunca las ejercí. En cambio, fui empleado de una empresa de

Ferrocarriles—termina el poeta, riendo.

RUBEN ME EMPUJO; APRENDI DE MACHADO Y J. R. JIMENEZ

JAIME VEIGA.—¿Cuándo se dió cuenta de que sabía usted hacer versos?

ALEIXANDRE.—Inconscientemente. A los once años felicité a mi abuelo y la felicitación me salió en verso. Pero fué mucho después, a los dieciocho años, y por un libro de Rubén Darío que Dámaso Alonso me dejó. Yo a esa edad había leído muy buena prosa, pero poesía sólo la de mi Preceptiva literaria del bachillerato. El contacto con los versos de Rubén Darío fué la revelación de lo que yo sentía.

BLANCA ESPINAR.—Para muchos, Rubén es sólo un poeta sonoro.

ALEIXANDRE.—Sí, magníficamente sonoro, pero también de una técnica perfecta.

JAIME VEIGA.—Entonces, ¿la poesía de Rubén influyó en usted?

ALEIXANDRE.—No; fué sólo el empujón para conducirme a la poesía. Si yo aprendí de alguien el aprendizaje y manejo de los versos, fué de los maestros efectivos de aquel tiempo: de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

BLANCA ESPINAR.—¿Quiere usted contarnos un recuerdo suyo de aquel tiempo para cerrar nuestras preguntas retrospectivas?

ALEIXANDRE.—Les contaré una anécdota que fué para mí una sorpresa literaria. Estábamos comiendo Federico García Lorca y yo en una taberna de la Concepción Jerónima y en el curso de la conversación nos descubrimos recíprocamente que los dos éramos grandes admiradores de Galdós, que pasaba entonces su purgatorio de artista, pues era de mal gusto el gustar de su prosa realista. Todavía recuerdo las grandes carcajadas de los dos cuando nos fuimos descubriendo que casi habíamos aprendido a leer en «Fortunata y Jacinta», «La de Bríngas» y en «Misericordia»...

LA POESIA DA PARA MERENDAR

BLANCA ESPINAR.—¿Cree usted que nuestra poesía está en un buen momento?

ALEIXANDRE.—Sí, en un momento de alto nivel, como lo demuestran las numerosas revistas poéticas que circulan. Y en cuanto a los poetas, sobre un fondo no muy diferenciado, pero si estimable, se destacan los veinte o treinta nombres de poetas jóvenes de gran interés y sobre ellos se yerguen cuatro o cinco de primera línea.

JAIME VEIGA.—Concretamente, don Vicente, ¿cuáles son para usted los poetas jóvenes más importantes de ahora?

ALEIXANDRE (diplomáticamente).—Para una primera lista, creo que se puede formar a base del índice de la tan discutida Antología Consultada de la Poesía Joven, sin más que añadir o trocar algunos nombres complementarios al gusto de cada cual.

BLANCA ESPINAR.—¿Por qué casi todos los poetas de hoy son muy parecidos?

ALEIXANDRE.—En las épocas muy ricas siempre existe un conjunto de poetas no muy diferenciados y que sirven de base de sustentación a las personalidades verdaderamente caracterizadas: no otra cosa sucedía en el Siglo de Oro.

JAIME VEIGA.—Se dice que los poetas jóvenes le siguen y están influenciados por su poesía e igual en Hispanoamérica.

ALEIXANDRE.—Creo que mi obra ha influido en el despertar de algunas vocaciones y en la confirmación de otras. Y en cuanto a Hispanoamérica, la responsabilidad será sólo de mis libros, que han alcanzado allí bastante difusión.

BLANCA ESPINAR.—¿Cuánto le habrán producido sus libros?

ALEIXANDRE.—En realidad, no lo sé fijo.

JAIME VEIGA.—¿Da la poesía para comer?

ALEIXANDRE.—Para comer, no; para merendar, sí.

BLANCA ESPINAR.—¿Es usted partidario del verso libre o del clásico?

ALEIXANDRE.—Para mí, el verso libre es una conquista de la poesía moderna, actual y ha venido a sumarse a las demás formas poéticas sin que reclame ningún género de privilegio.

JAIME VEIGA.—¿Principales temas que se abordan en la poesía actual?

ALEIXANDRE.—El tema principal es el gran tema de la situación del hombre en el mundo actual, que si bien siempre inspiró al poeta, hoy lo hace dando fuerte vida a una variante que podríamos llamar poesía social.

NUNCA ES TARDE...

BLANCA ESPINAR.—¿Qué vida lleva usted aquí?

ALEIXANDRE.—Leo, descanso, no recibo a nadie y estoy revisando mi próximo libro «Historia del corazón», que muy pronto irá a la imprenta.

JAIME VEIGA.—¿Qué leyó usted ayer?

ALEIXANDRE.—A Gollfried Benn, el gran poeta alemán, y la biografía de un político europeo de ahora.

JAIME VEIGA.—Dos preguntas obligadas: su recuerdo más grato como poeta, ¿cuál fué?

ALEIXANDRE.—La primera vez que recibí la visita de unos poetas más jóvenes que yo. Esto fué a raíz de publicarse mi libro «La destrucción o el amor». Con esta visita comprendí que había dejado de ser «poeta joven».

JAIME VEIGA.—¿Y el momento más ingrato?

ALEIXANDRE.—Una vez que no pude descifrar un poema por la letra tan imposible con que lo había escrito.

BLANCA ESPINAR.—¿Por qué no se casó usted?

El poeta ríe y contesta divertido.

ALEIXANDRE.—¿Nunca es tarde si la dicha es buena!

Y reímos los tres mientras Aleixandre nos estrecha las manos y nos dice:

ALEIXANDRE.—Adiós, buen viaje y hasta Madrid.

¡Hasta siempre, don Vicente!, decimos nosotros, alejándonos por la carretera.

EL MIEDO FRANCES CAMBIA DE FRENTE

LAS SOLEDADES DEL TIO SAM

De nuestro enviado especial M. BLANCO TOBIO

Premio Nacional de Periodismo 1952

EN 1945 Alemania era un país ocupado por sus vencedores; en 1953, Alemania es un país ocupado por sus aliados, aunque éstos no lo sean «oficialmente» por ahora. En 1945 los aliados estaban aquí para descentralizar, desmilitarizar y desnazificar a Alemania; en una palabra, para proteger a Alemania contra los alemanes. En 1953 los aliados occidentales siguen aquí para proteger a Alemania (occidental) contra la Unión Soviética. En abril de 1945, cuando los rusos estaban a las puertas de Berlín, circuló por toda la ciudad el rumor de que Inglaterra, los Estados Unidos y Francia, que atacaban por el Oeste los últimos reductos de la fortaleza militar del III Reich, estaban reorganizando la Wehrmacht dentro de sus propias filas para lanzarla contra Rusia. No se trataba más que de un falso rumor, como otros muchos que proliferaban en aquellos días trágicos; pero el rumor estaba en la lógica de las cosas y no hizo más que anticiparse excesivamente a la realidad que ahora estamos viviendo. Si el bulo se hubiese confirmado, habría nacido entonces un Ejército europeo sietemesino.

En la mentalidad del pueblo alemán este cambio de situación ha sido claramente registrado. Hoy considera a los ocupantes de ayer, especialmente a los americanos, como protectores de su libertad y de su independencia. Las naturales discrepancias que existen en muchos puntos entre protegidos y protectores no son

mayores ni menores que las que existen entre los propios protectores. En ninguna parte he visto odio, animosidad o resentimiento hacia los ocupantes-aliados; si acaso, algún desdén hacia los franceses y esto me parece bastante lógico, pues si Francia es incapaz de defenderse a sí misma, mal podría cargar con la defensa de los demás.

Por otro lado, esta nueva situación vino a salvar el orgullo nacional alemán. Para este orgullo, legítimo, es más satisfactorio hablar de «aliados» que de «ocupantes». También de palabras vive el hombre.

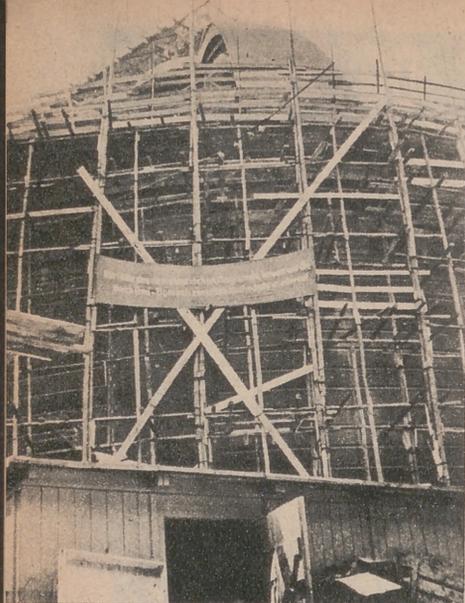
La presencia de los norteamericanos es muy visible en toda Alemania. Se los encuentra uno en la sopa. No he estado en un hotel, en un restaurante o en una cervecería, donde no hubiese americanos. He tropezado también con ellos en todos mis viajes por aire, río y tierra. Van impecablemente vestidos con sus trajes claros o grises, bien planchados y cortados, mascando chicle y con la cámara tomavistas o fotográfica colgada del hombro. En su mayor parte son buenos mozos, pulcros y gregarios. Cuando un soldado americano se encuentra solo se advierte en él un aire de timidez y de polizonte fuera de ambiente. En realidad, viven en un mundo aparte prefabricado, lleno de carteles y rótulos en inglés, con «clubs», hoteles y oficinas de viajes reservados exclusivamente para ellos, sobre todo, claro está, en su zona de ocupación. Francfort



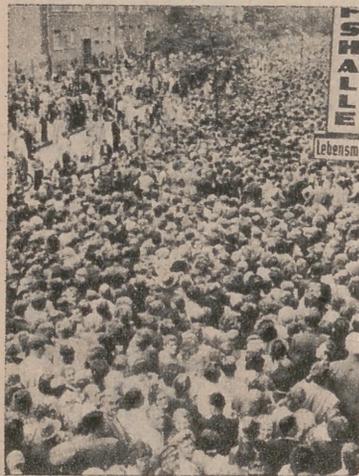
Arriba: Durante los últimos disturbios en el Berlín oriental, los alemanes prendieron fuego a un puesto de la Policía roja.—Abajo: Una joven madre y su pequeña después de recoger los víveres que los aliados distribuyeron para los residentes en la zona roja.

parece una ciudad norteamericana, sin rascacielos, donde casi todo el mundo habla correctamente el inglés, y la colonia norteamericana de Bonn vive en Plittersdorf, un pueblo absolutamente «Made in U. S. A.», del que hemos de ocuparnos en otro reportaje.

Los soldados norteamericanos dedican todos sus ratos libres a las alemanas, de las que suelen hacer grandes elogios. Las tienen



Para acrecentar su propaganda, los comunistas reconstruyen algunas de sus iglesias en Alemania.



Los berlineses orientales aguardan turno para recoger los paquetes de viveres en el Berlín occidental.

por más románticas que las inglesas y por más leales que las francesas. Ellos, a su vez, pasan por ser los maridos más aptos para la felicidad conyugal.

Los americanos cuentan con tres poderosos aliados para ganar el corazón de una muchacha alemana: su uniforme, sus dólares y, en muchos casos, su automóvil. Abundan los «haigas» último modelo conducidos por «G. I.», al lado de los cuales el simpático «Volkswagen» hace el papel de pariente pobre. Por lo demás, la confraternización, al menos aparente, es general. He visto a muchos soldados americanos sentados en torno a la «Mesa Madre» de una cervecería, cantando alegres «Lieder» cogidos del brazo de alemanes y alemanas, acompañándose con el ritual vaivén.

TURNO DE PORTAVOCES

He descubierto pocos franceses en Coblenza y en Hamburgo, es bastante difícil tropezar con un inglés. Como siempre, quien dice ingleses dice escoceses o neozelandeses. Pero no hay que fiarse de las apariencias. Los norteamericanos, que están en

todas partes, son los ocupantes más «blandos»; los ingleses, que parecen ocultarse, son los más «duros». Naturalmente, los franceses son los más desconfiados y cautelosos.

Como nuestros lectores saben muy bien, los aliados occidentales discrepan profundamente en cuanto al porvenir que conviene a Alemania y en cuanto a las intenciones futuras de los alemanes. Como este tema es la levadura del pan nuestro de cada día y, en el fondo, uno de los goznes sobre los que gira la política internacional del mundo democrático, he procurado acudir a las fuentes directas, a través de sucesivos almuerzos con portavoces oficiales, organizados oportunamente por nuestro agregado de prensa en Bonn, Luis López Ballesteros, del cual sospecho que conoce uno a uno a todos los habitantes de este país, y cuyo alemán sólo tiene el inconveniente de ser demasiado perfecto. Ante un asado de pato y una botella de vino del Rin o del Mosela, la política internacional suele tener una transparencia cristalina y es bastante menos indigesta que la prosa de los comunicados oficiales.

Oigamos a un portavoz de la Alta Comisaría francesa, en su despacho de Godesberg:

«Nuestra política de ocupación en Alemania ha sido bastante más escrupulosa que la política de ocupación del III Reich en Francia. Los alemanes violaron flagrantemente las cláusulas del armisticio al lanzarse sobre la flota francesa de Tolón. Francia entiende la alianza Atlántica y el futuro Ejército europeo como una alianza defensiva. Hoy nuestros temores respecto a las intenciones de Alemania en el futuro no nacen de la perspectiva de una nueva agresión militar alemana dentro de unos años, cosa que consideramos como imposible, sino de la posibilidad de que al introducir a Alemania en la alianza occidental nos arrastre a una guerra de liberación de los territorios situados al otro lado de la línea Oder-Neisse. Es perfectamente lógico que la juventud francesa no desee correr esta clase de aventuras, que pudiera planear el nacionalismo alemán en el futuro. Es ésta una cuestión que incumbe exclusivamente a los alemanes y por eso Francia espera pacientemente a que Alemania le inspire confianza con su conducta.»

Este párrafo le salió al portavoz francés de una sentada y no tuve la oportunidad de colocar alguna que otra observación que me iba sugiriendo su discurso. Pero no cabe duda de que el argumento es hábil y tiene una gran fuerza dialéctica. No explica, por ejemplo, la petición de garantías que Francia hizo a Inglaterra ante el temor a un «resurgimiento del militarismo alemán»; no explica otras muchas cosas que, por el momento, nos dejaremos en el tintero; pero pretendo explicar los recelos franceses ante el proyecto de Ejército europeo: no se trata ya del miedo a una invasión como la de 1914 o la de 1939, sino del

peligro de que el ejército francés se vea un día complicado en una guerra alemana de liberación. Fantástico.

EL REGRESO DEL CAPITÁN DE KÖPENIK

Y ya que hemos vuelto a hablar del militarismo alemán, vamos a ilustrar este tema de paso obligado con la ayuda de la cartelera teatral de Hamburgo. Cuando yo estuve en esta ciudad hace unos días, uno de los mejores teatros ponía en escena, alternando con «La vida es sueño», de Calderón, y «Como gustéis», de Shakespeare, «El capitán de Köpenik». La obra es antigua y mediocre, y está basada en un hecho real ocurrido al parecer poco antes de estallar la primera guerra mundial. Un ex presidiario se disfraza de capitán del ejército y se hace dueño de Köpenik, muy cerca de Berlín, y donde el otro día estaban aparcados 200 tanques rusos. Nadie se atreve a oponerse a su autoridad por respeto al uniforme de capitán del ejército del Kaiser, señor de la guerra, y en esto consiste precisamente la moraleja de la obra: todo era posible en la Alemania militarista cuando andaban por medio unos entorchados.

Wenceslao Fernández Flórez cuenta que vió esta obra de teatro en 1931 en Berlín y añade: «En las butacas, en los palcos, los espectadores rien también. Y esta risa, que sería imposible en 1914, es la revelación más clara del cambio que se operó en los espíritus. De «aquello» se habla aun algunas veces, pero apreciando la ridiculez de su hipertrofia. Y la burla es, en estos asuntos, una agresión de efecto mortal.»

Ocho años más tarde estallaba la segunda guerra mundial. Y el famoso capitán de Köpenik desapareció de los escenarios del III Reich para reaparecer años más tarde con su atuendo estrofalario, haciendo reír a mandíbula batiente a los buenos y laboriosos hamburgueses. El capitán de Köpenik es el hombre de las postguerras alemanas, que vuelve con los ejércitos derrotados. Supongo que su papel es meramente «educativo», ya que de otra manera no se explica que alterne con Segismundo y otros egregios personajes de la farándula universal.

LAS SOLEDADES DEL TIO SAM

Pero volvamos a nuestros portavoces, que nos esperan sentados en el Club de Prensa de Bonn, regido por una muchacha encantadora. Estamos en una fresca terraza sobre el Rin, que sobrevuelan dos «Sabres» americanos de los que vinieron a Alemania a servir de horma del zapato a los «Mig-15» rusos.

Habla uno de los portavoces de la «Auswärtigesamt», u Oficina del Exterlor:

«Los americanos se encuentran un poco solos, un poco aislados en Europa y agradecen mucho los gestos de cordialidad y de comprensión. El buen entendimiento que existe hoy entre

Bonn y Washington está cimentado en gran parte en la comprensión que Alemania tiene hoy de los puntos de vista norteamericanos.»

Que los norteamericanos se sienten solos y aislados es cosa perfectamente visible para quien se dé una vuelta por Europa. En toda Alemania no he visto ni una sola vez el consabido «¡Go Home!» (¡Vete a tu casa!). En París, en cambio, tropecé con esta inscripción en cuanto salí de la Estación del Norte. Esta poco cortés manera de señalar la puerta se atribuye, claro está, a los comunistas. Pero la hostilidad hacia el Tío Sam es general, dígame lo que se quiera. Yo he tenido la impresión de que los franceses se sienten más «ocupados» por los Estados Unidos que los mismos alemanes.

Los norteamericanos tienen razones de sobra para estar decepcionados. Durante años lucharon tenazmente por lo que ellos llamaban la liberación de Europa. Después dejaron aquí más de 20.000 millones de dólares para levantar una barreira contra el comunismo. Y ahora se encuentran con que las naciones favorecidas torpedean constantemente su política y les invitan a marcharse a su casa. Cuando creían que la ratificación de los tratados que engloban el Ejército europeo era cosa de días, salió Mr. Churchill con la llamada a Moscú; cuando esperaban una victoria de De Gasperi en Italia, éste sale de las urnas con una mayoría inmanejable. Sólo el canciller Adenauer, no sé si por exigencias tácticas o por convicción, se muestra partidario de la «europeización» de Europa y escéptico en cuanto a los propósitos de la Unión Soviética. Esta es la línea americana que tiene en Bonn a su único defensor. Si Adenauer fuese derrotado en las elecciones de septiembre próximo, los Estados Unidos se encontrarían completamente solos y con toda su política europea lista para guardar en el desván de los trastos inútiles.

LA «OPERACION SALCHICHA»

Entretanto, amigo lector, ha llegado la hora de abandonar Berlín, donde prosiguen las incidencias diarias de la que pudiéramos llamar «Operación Salchicha»; me refiero, claro está, a los paquetes de comestibles con que los alemanes y los americanos están bombardeando los menguados estómagos del otro lado del telón de acero. En Berlín, la lucha ideológica y política entre el Este y el Oeste se está haciendo ahora por vía gástrica. Esto me recuerda el «bombardeo» de Madrid, durante nuestra guerra y por la aviación nacional, con panecillos. También en esto fuimos precursores de la lucha contra el comunismo. No me explico cómo los rusos no han dado todavía en la flor de decir que los comestibles que contienen los paquetes están envenenados. Ya caerán en ello.

Me aconsejaron que saliese de Berlín en el avión que despegaba de Tempelhof con las últimas tinieblas de la noche y que llega a Francfort con las primeras luces



Reparto de víveres en el sector occidental a los berlineses del oriental. Para evitar represalias de los rojos, las caras de los que aparecen en esta fotografía fueron camufladas.

del día. Pero no quiero perderme una última visión de Berlín desde el aire al atardecer. Siento un gran alivio cuando el cuatrimotor de la PAA deja la pista de cemento. Abajo queda la gran ciudad sitiada, la «Isla de la Esperanza», poblada por dos millones de almas que viven en el mismísimo epicentro de las grandes tormentas universales. Es sábado y por las carreteras que llevan al Wannsee, la playa de Berlín, donde sólo los osos polares pueden nadar sin congelarse, un torrente de coches y motocicletas regresa a la ciudad, en la que comienzan a encenderse los anuncios luminosos. Produce una impresión extraña ver desde el aire una ciudad tan vasta y sin tejados ni azoteas. Conservaba yo todavía la visión radiante de un Madrid entrevistado por el ojo de buey del avión que me llevaba a Francfort. En las terrazas jugaban los niños y las muchachas se secaban la melena, recién salidas del baño, al sol de los primeros días de julio.

El avión en que viajo es una

pequeña Babel volante con aspecto de autocar de excursionistas. Muchos van a Francfort a pasar el fin de semana, huyendo, sin duda, de la claustrofobia berlinesa. Un jovencito, después de pedir permiso cortemente, saca del morral una armónica y se pone a tocar canciones estudiantiles. Otros leen el periódico y un japonés tiene sobre las rodillas un gran mapa de Alemania, que consulta con la ayuda de la azafata. Hemos pasado ya la frontera entre el Este y el Oeste y volamos muy cerca de Fulda. Poco después aterrizamos en Francfort. La terraza del restaurante del aeropuerto está llena de gente, que nos mira con curiosidad. Un altavoz transmite un mensaje para mí:

—Señor Blanco Tobío: No se mueva del aeropuerto, por favor, hasta que vengan a recogerle.

Se trata, naturalmente, de Luis López Ballesteros, que viene desde Colonia a buscarme, con otro endiablado programa de viajes y visitas en el bolsillo.



El «Ghetto de Oro» o «Little America», un pueblo enteramente norteamericano en el corazón de Rhenania.



Este es el pintoresco pueblo que desaparecerá totalmente bajo las aguas.



Nuestro colaborador charla con un campesino de Sau.

PANORAMICA CON VACAS «MARINAS»

Por tierras de Mosén Cinto, campos del buen andar, hacia adelante se llega a una cumbre boscosa desde la que se da vista, de un solo golpe, al inmenso valle de Sau.

Las montañas de la banda por la que nace el día son rojas, de piedra cortada a pico vivo y formando, a trechos, torreones por donde asoman las nubes. Del otro lado la sierra es más suave y ayudada de vegetación: robles y encinas, y en las crestas algún pino.

En el centro, el valle, y partiéndolo en dos mitades desiguales, el río Ter, que baja atareado y componiéndose las aguas como quien acaba de salir de las despacibles turbinas de no sé

cuántas fábricas. Pero esas quedan más arriba; aquí no llega de ellas ni el fragor.

No muy lejos, en el punto en que las sierras van acercándose y el valle se hace angosto, se construye la presa. Cerrado su curso, las aguas subirán anegando los campos y al pueblo de Sant Romà de Sau, formando el pantano que tan extraordinariamente beneficiará a esa región.

Mientras, el pueblo sueña a la vera del río, con su iglesia y su párroco y su hostería. No lejos, masías graciosamente diseminadas y, más arriba, unas vaquitas blancas paciendolas colgadas a media falda de la sierra.

Mi acompañante, hombre de la tierra, aludiendo a la próxima inundación de esos parajes, me dice con ironía:

—¿Sabe usted?, pronto serán vacas marinas...

UN CEMENTERIO SUMERGIDO

Las dos callejas del pueblo discurren, tortuosas y pinas, entre casuchas antiquísimas del color del limo del río; la ruda crece en las ranuras de las piedras de la calzada para poner sordina a los pasos del viandante, y en la pequeña plazoleta hay un pozo con el cubo roto y suspendido al aire, como si el pueblo hubiera ya cobrado temor al agua...

Entramos en la hostería; en esa tarde de domingo sólo aquí se percibe la vida. El porrón pasa de mano en mano mientras se habla de las cosechas, de la tierra y de las nubes del cielo.

—¿Qué hay de la presa?—pregunto a un animado grupo de vecinos.

La pregunta no es grata. Todos esos hombres piensan que les obligarán a abandonar sus campos. Me entero de que a veces

Las aguas
la veleta del
pero el cemen
quedará sur

DENTRO DE DOS
SE HABRA TRAN
LAGO DE DIECISE

van a espiar el progreso de las obras, pero cada uno por sí sólo, sigilosamente y casi a escondidas de los demás.

—¿De la presa dice usted?—responden—. ¡Sabe Dios quién la verá terminada!

Quieren engañarse con una piadosa mentira. Por de pronto los dueños de las tierras anegables han sido ya indemnizados, y los colonos—esos hombres de la hostería—deben pagar su arrendamiento al Estado.

Y es que no se pueden hacer a la idea de renunciar para siempre a las riberas natales, y a que las aguas invadan los caminos entrañables y los campos de su sudor y las cosas todas de su vida.

—Sobre todo, los muertos—nos dice la mujer del hostelero—; no queremos dejar nuestros muertos bajo las aguas. Porque allí—señala desde la puerta un pequeño cementerio no lejano—, allí están nuestros padres y los padres de nuestros padres...

Y uno contempla un poco estremecido ese viejecito camposanto tan lleno de beatitud y de luz ahora, y que pronto se convertirá en un cementerio fantasmal y legendario dormido en la gran quietud de las profundidades.

¿LLEGARAN LAS AGUAS HASTA LA VELETA DEL CAMPANARIO?

Verdaderamente los moradores de este pueblecito perdido en la bucólica soledad del valle viven un momento de expectación y de presagio.

—¿Ve usted aquellas rocas blancas?—me dice un hombre con trazas de sacristán, tendiendo el índice hacia lo alto de la sierra—, pues hasta allí alcanzarán las aguas.

Y añade luego:

—Pero la torre de la iglesia es

LAQUE SERA INUNDADO

s o cubrirán
elmpañario,
mterio
urgido

OSÑOS EL VALLE
ANORMADO EN UN
CISE KILOMETROS

alta. Todos creemos que su cruz sobresaldrá.

No pude dejar de notar en esas gentes un gesto que me extrañó: al hablar de las aguas nadie logra reprimir una furtiva mirada hacia un determinado punto de la sierra.

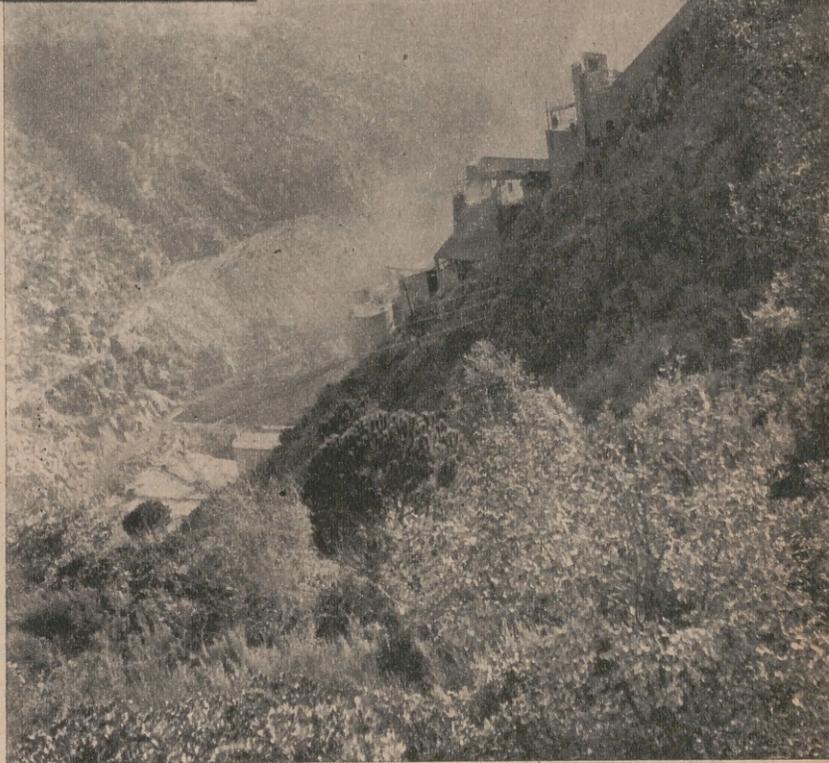
—¿Qué hay en ese pico?—pregunto al hostelero.

—La casa de los ingenieros.

—¡...!

Para todos el foco del «mal» reside allí. Me dicen que cuando por la noche se apagan las luces de la casita aquella de la cima y cesa en ella toda actividad, el valle da un respiro, y sus hombres que han esperado, ese momento, esa tregua de Dios, entran ya seguros por unas horas en la hostería y piden los naipes y el porrón.

De día, el ruido lejano del ba-



Panorámica de las obras del pantano de Sau. Al fondo, el valle que va a ser inundado.

rreno baja hasta Sant Romá de Sau como un fragor. Hasta los campos, hasta las huertas y el prado más lejanos llega ese hondo temblor que el susurro del río no logra acallar.

LA VIEJECITA QUE NO HA VISTO EL MAR

He buscado la persona más vieja de la región. Es la mujer de la herrería, tocada de capuchón y que arrebujá todas sus facciones bajo una besana de arrugas. Habla lentamente, pero con una claridad asombrosa, estremecedora.

—Yo, señor, he nacido aquí

—me dice— y no quiero salir de esa casa. Aquí me maridé y eché hijos al mundo, y vi morir algunos, y vi nacer a nietos y a una biznieta rubia que ya camina solita... Yo, señor, no conozco apenas más tierras que éstas, y ahora no es tiempo ya de abandonar tanta cosa.

—Pero... ¿las aguas, la presa...?

—Yo me quedaré aquí. Yo quiero morir aquí—suspira.

Luego sus ojitos se iluminan, y añade:

—Nunca pude ver el mar; ahora, señor, lo veré. Porque dicen que el río subirá y «será como un mar muy grande».



Una típica calle del pueblo predestinado.



Hasta ese gigante de roca llegarán las aguas.



Una vista del pueblo nuevo de Sant Romá de Sau.



Detalle de las obras del muro de contención del pantano de Sau.

DOS AÑOS CON JACINTO VERDAGUER

No lejos del pueblo, en una casita de adobe, vieja y tostada como un terruño, descubrí a Carmen Bartrana. La señora Carmen fué sirvienta de Verdaguer durante dos años. Esa circunstancia me trae, por un sendero de chopos y moreras, hasta la casa.

—Señora Carmen, ¿dónde conoció a Verdaguer?

—En el Santuario de la Cleva.

—¿Cuándo?

—¡Quién puede acordarse! Tal vez cincuenta, tal vez sesenta años atrás.

—¿Qué recuerda del poeta?

—Cuando le conocí, Mosen Cinto estaba triste y viejo; algo le haría sufrir. En alguna ocasión me lo encontré llorando de rodillas ante una estampita de la Virgen. Entonces me decía:

—Siguem bons, Carme, y perdonem.

(Seamos buenos, Carmen, y perdonemos.)

—Otras veces—continúa la viejecita—salía de paseo con los monaguillos y demás chiquillada del barrio, y les hablaba de las costumbres de las aves y de la vida de las plantas comparándola con la humana. Así recuerdo que solía decir:

«La mente fa com la gloria humana: floreix y no grana.»

(La mente, como la gloria humana, florece y no grana.)

—No lejos del Santuario solía sentarse en unas piedras, y los pequeños, a los pies del poeta, escuchaban sus enseñanzas. Juntos parecían San Francisco de Asís y los pájaros.

La viejecita calla. Silencio con fondo de estornino. Luego pregunto:

—Señora Carmen, y de eso del pantano, ¿qué me dice?

—Yo soy ya un árbol viejo; sé muy pocas cosas; pero creo que si me trasplantan no tardaré en morir.

LOS INGENIEROS SONRIEN

El sol, ya un poco desbordado en oros y sangre, rueda sobre los cabezos de Poniente, volviendo recóndito el valle. Es hora de subir a las cumbres, de decir adiós a las tierras bajas que se-

guramente no volveremos a pisar.

Incluso el pequeño «D. K. V.» parece un poco enternecido sorteando las rodadas del viejo camino de las cabalgaduras.

Ya encaramados en la sierra, llegamos al pueblo nuevo, al Sant Romá de Sau, recién nacido, con su iglesia y su torre de corte moderno y simpático. Hay pocas edificaciones todavía y las habitan los ingenieros de las obras.

El pueblo nuevo se ha levantado encima mismo del muro de contención y en una cornisa estratégica para dar vista a todo el valle.

Ahora la panorámica de éste se ha vuelto adusta con la sombra, pero las sierras de los lados surgen impresionantes, como una fuerza ciega e imponente de la Naturaleza.

Pero los ingenieros sonrien.

INTERMEDIO CINEMATOGRAFICO

Por ser domingo se ha tendido la inmovilidad sobre las obras. Todo está parado: las grúas, las vagonetas, las trituradoras. Todo está silencioso y preso del misterio de la hora.

No obstante, gracias a los se-

ñores Cunill, Altés y Giménez, premios nacionales de cine amateur, he podido contemplar la cinta que canta la epopeya de estos lugares: la lucha del hombre con la Naturaleza.

Ese film va siguiendo a todo color cada una de las operaciones del trabajo, desde que se arranca la piedra hasta que sale el hormigón convirtiéndose en muro.

Entre una y otra de estas secuencias se conjuga la armónica canción de los músculos humanos con la de los tendones acorados de las máquinas.

Pero de pronto queda todo paralizado; hay un momento de expectación y una tromba de agua invade las tierras del valle. El pequeño pueblo desaparece rápidamente bajo el alud y su crepitante chisporroteo de espumas. Luego, la calma; la calma grande de algunos mares. Un inmenso lago ha cambiado la faz del paisaje.

No asustarse: Estos señores del cine saben mucho de trucos.

REGADÍO, KILOVATIOS Y EL FANTASMA

La fecha de inauguración de las obras se prevé para finales del 55. El valle se habrá transformado en un lago de 17 kilómetros de longitud, permitiendo con ello practicar ejercicios de alta natación e incluso regatas, con toda comodidad. La capacidad del embalse se cifra en 177 millones de metros cúbicos; la altura de la presa será de 80 metros, y los kilovatios-hora, 184 millones.

Y no queda ahí la cosa: la agricultura de la comarca se beneficiará de manera excepcional del pantano, como elocuentemente indican estas cifras:

Mejorías en regadío, 8.300 hectáreas; regadío nuevo, 13.000.

El importe de las obras es de 140 millones de pesetas.

El viejo pueblo de Sant Romá de Sau quedará totalmente sumergido y la sombra de su fantasma, tal vez, en las noches sin luna, emerja de las aguas para iniciar el grito extraordinario de la leyenda y la resurrección.

J. FONT-ESPINA



Carmen Bartrana, sirvienta de Jacinto Verdaguer durante dos años, habla de Mosen al periodista.

PENSAR Y MANDAR

desde **LA CORUÑA**

LA

CONCENTRACION PARCELARIA

Por José M. PARDO DE SANTAYANA

Gobernador Civil de La Coruña

UNO de los problemas más grandes con que se tropieza hoy día el mundo entero y que continuamente acucia al economista agrícola es buscar un incremento al rendimiento de la tierra, tratando por todos los procedimientos de lograr que la superficie limitada de extensión con que cuenta cada país produzca el máximo posible.

La puesta en cultivo de superficies inexploradas, el paso de grandes extensiones de secano a regadío, la transformación de la maquinaria, la selección de semillas y tantos y tantos adelantos como día tras día vemos aparecer en el campo de la agricultura no son sino mejoras técnicas conducentes al mismo fin: aumento del rendimiento medio de la unidad «solar patrio». Pero en la vieja Europa, en los países de la Europa occidental, donde la densidad demográfica es grande y la división de la propiedad agrícola se hizo en épocas de economía fácil y nada previsora, las posibilidades de los técnicos se encuentran muy disminuidas por la extraordinaria división de la propiedad, por la atomización del suelo, que vuelve antieconómicas a la mayoría de las explotaciones agrícolas, y a deshacer esta situación, a tratar de devolver al campo el equilibrio necesario entre extensión finca y esfuerzo hombre tienden los distintos Gobiernos por medio de la concentración parcelaria.

Suiza, Bélgica, Holanda, Francia, Italia, cada uno según sus propias peculiaridades, han atacado el problema con resultados más o menos positivos. Y en España las inquietudes, tantas veces puestas de manifiesto por Colmeiro, Gascón, Costa, González Besada y tantos otros durante los últimos cien años y que fueron recogidos por el pensamiento de Onésimo y José Antonio no alcanzaron materialidad hasta el 20 de diciembre de 1952, en que la Jefatura del Estado dictó, a título de ensayo, la ley de Concentración parcelaria.

Ahora bien, la solución total del problema no es posible mientras subsista la actual situación legislativa de la transmisión de la propiedad agrícola, tanto desde el punto de vista de la transmisión por herencia como por contratos inter vivos. Y ya lo previene la citada ley cuando, en una disposición adicional, anuncia que una Comisión, una vez pasado el plazo experimental, propondrá todas las medidas legales que, directa o indirectamente, eviten la parcelación por debajo de límites convenientes.

Y es que, evidentemente, poco lograríamos con ir recomponiendo el mosaico que el minifundio ha creado, si, por otra parte, no somos precavidos y evitamos la superparcelación de fincas en la actualidad económicamente explotables. Es decir, la labor de concentrar parcelas, de deshacer minifundios antieconómicos, debe completarse con otra que impida el que se siga desfilcando la propiedad. A la labor de concentración debe unirse otra que pudiéramos llamar de contención. Hay que tender a crear en cada zona la unidad económica de cultivo o unidad racional de cultivo.

Pero aquí debe actuar más el legislador que el técnico agrícola, debe actuar más el jurista que el ingeniero, sin que esto quiera decir que no deban seguirse los informes de los técnicos para fijar en cada zona la unidad racional de cultivo o, si esto no fuera totalmente posible, la unidad mínima económica de cultivo.

Claro que para llegar a ello hemos de trabajar con el material de que disponemos, esto es: con las fincas tal y como se encuentran hoy en día. Por eso lo conveniente es considerar primeramente la finca en sí, como entidad independiente, y analizarla

desde el punto de vista agronómico y jurídico. Agronómicamente, para conocer su valor actual y potencial en cuanto a posibilidades de producción se refieren, y jurídicamente para conocer su «ficha» jurídica (relaciones contractuales, inscripciones, cargas, etc.). Y una vez estudiada la finca como entidad independiente, pensar en sus relaciones de vecindad, es decir, las obligaciones legales que hoy pesan sobre cada finca en general, aparte de las que particularmente puedan recaer sobre cada una de ellas (servidumbre, comunidad de aprovechamientos, aguas, etc.).

Una vez conocido al detalle el material sobre el que hemos de trabajar (tierra y legislación), podremos perfectamente entrar de lleno en la búsqueda de las soluciones económicas y sociales, hasta llegar a las que nos parezcan más perfectas para lograr que la distribución de la propiedad agrícola sea la ideal. Pero para ello hemos de dar un vuelco total a las leyes y conceptos actuales. Hemos de realizar una obra totalmente revolucionaria en materia legislativa. Y nada mejor para que el éxito sea seguro que la celebración de un Congreso Jurídico de la Tierra, donde ingenieros y licenciados en Derecho, juntamente con técnicos en cuestiones económicas, hermanados en el mismo afán de mejora, estudien y desmenucen planes y proyectos que aportar a los Poderes públicos, encauzándolos a través de la Comisión especial creada por la ley de 20 de diciembre del 52, ayudando así a ganar combates en esta gran batalla por la revolución en el campo, que con tanto acierto dirige nuestro Caudillo Franco y con tanta decisión ha acometido Rafael Calvestany.

SOLAR DEL PARAÍSO

INVENTA

POR Ignacio Aldecoa

I

ENTRE el puente de hierro y el puente nuevo el río corre apretado, tumultuoso, amenazante, en esta primavera. Ha llovido mucho. Las aguas hacen remolinos que aparecen y desaparecen en una danza loca. Las aguas se pulimentan en la represa; se estirian, nerviosas, a veces; se aterciopelan otras; gustaría acariciarlas como se acarician las ancas de una yegua preñada. Después el río golpea las paredes del canal, saltando para alcanzar la superficie verde que hay desde el cauce hasta el murete de contención de las grandes crecidas.

Entre el puente de hierro y el puente nuevo, cuando pasen unos días y en el cauce nazcan isletas de cieno y juncos, cantarán las ranas desde el atardecer hasta que nazca el sol. El río se amansará, se hará arroyo y por fin regato. Si los calores se echan pronto, habrá agua estancada, de un color verdinegro, que en la noche brillará mágica con las luces de los faroles de las dos orillas. Los chicos, en pleno día, serán los exploradores meticolosos que, con los pantalones remangados, descubren la carroña de un gato pelado, varada en el barro, o el puchero agujereado que sirva para extasiarse, llenándolo de agua, viendo sus humildes surtidores. Los perros vagabundos, en la noche avanzada, ladrarán miedosos y trotarán inquietamente, tal que rabados, por las orillas, buscando su sustento parvo, repulsivo y las más de las veces venenoso.

En esta primavera, con las acacias y los castaños esponjados en su rápido florecimiento, el paseo de la orilla izquierda del río se monotoniza de los cantos de los pájaros. Está el suelo cubierto de una débil capa vegetal, amarilla, verde y siena. En los alcorques crece la mala hierba en derredor de los troncos de los árboles. Las hormigas construyen volcancitos de cuyos cráteres surgen en ininterrumpido torrente de lava viva. Alguna lagartija ensaya su primera caza por el pretil del río. Un desagüe da mal olor, que, mezclado al de la naturaleza, acaba por ser un aroma fuerte, de sustancia fecunda, que no molesta demasiado.

Paralela al paseo, la calzada de la carretera, hecha túnel por las ramas de los árboles, se alarga comida, tatuada de los relejes de los carros. Del otro lado de la carretera hay una acerilla de árboles jóvenes y distanciados. Luego se alzan las casas.

Las fachadas de los edificios no dan al río. Las fachadas miran a la calle de la Estación, sombría, sucia del humo de las locomotoras, ruidosa de pitidos de trenes, de circulación tranviaria, del pasar de pesados camiones que vienen a la ciudad o marchan de ella por la carretera del Norte. Las casas tienen algo de moneda gastada por el lado de la Estación y algo de reluciente moneda, recién acuñada, por el que corresponde al río, al paseo de las acacias y los castaños y al sol.

Los solares están a cubierto de las miradas del transeúnte, en la calle, por tapias de débil pero

eficaz fábrica. En el paseo se abren sin tapujo alguno, recreando al observador con su vegetación modesta de yerbajos salpicados de amapolas, de cardos lecheros, de grupos pequeños de menta, de malvas y de algún que otro arbolillo.

En un solar, donde las vecinas de las casas contiguas ponen a tender la ropa, crece un almendro, en esta primavera, florido, del que hay colgado un rudimentario columpio.

Entre dos casas, cercanas a la estación, numeradas treinta y siete y cuarenta y uno, hay un solar que no es como los demás. Hay un solar, un hermoso solar, llamado, de bromas, por todos los que en la vecindad lo conocen, el Paraíso. A este solar y paraíso se entra por una puerta chiquitina, estrecha como el ojo de la aguja bíblica, por donde es seguro que no cabe el opulento y bien nutrido cuerpo de su propietario: don Amadeo García.

II

Si, el Paraíso limita al Este con la casa número treinta y siete, y al Oeste, con la número cuarenta y uno; al Norte, con la calle de la Estación, y los ruidos de los tranvías, camiones y trenes, y al Sur, con las acacias, los castaños, el río, las ranas, los perros, los niños aventureros, el sol y el aroma deleitoso de la nueva primavera.

Inventariando el solar, desde un punto de vista meramente paisajístico, se llega a comprender cómo nada le falta y todo en él es armónico. Hay un árbol achaparrado, que da una sombra apretada, vagamente aprovechable, donde el perro y los gatos de los inquilinos del Paraíso se tratan y conocen hasta haber logrado una perdurable amistad. Es árbol de campo alto y nadie imagina el cómo y el medio de su traida a la ciudad, a uno de los barrios trillados por la guerra. Es árbol para horizontes amplios y aquí yace encajonado, empatiado, como si fuera un naranjo o un limonero, guardando pájaros urbanos y dando el nimio sombrero que necesita una liebre para descansar; la liebre, que si se hubiese cumplido su destino rural hubiera ido a refugiarse de la dura agostada castellana bajo sus ramas.

En el ribazo, los habitantes han construido bancales, que admiten cultivo. De la puertecilla hasta el chamizo levantado con material de derribo, una tosca escalinata de grandes losas está dispuesta en garabato. Estacas unidas con alambre hacen las veces de baranda. De escalón a escalón hay, indistintamente, un salto o un deslizamiento. Es preferible dar la vuelta por el extremo de la calle y entrar en el Paraíso por la puerta grande del paseo, donde nada impide la entrada y todo se ve y se admira a simple vista. La puerta que da a la calle sirve para la gente joven del solar, que lleva prisa, que tiene agilidad y no teme la probable costalada de cualquier día.

Los bancales son cultivados con carlifo. Dan patatas, cebollas, lechugas, berzas, puerros... en cantidades que, por lo pequeñas, serían ridículas si



no fueran tan esperadas y celebradas por sus hortelanos. Las lechugas, principalmente, son de una gran calidad; regadas con agua de la inmediata fuente pública, se desarrollan frescas, pimpantes, tiernas. Son lechugas—según uno de sus esmerados cuidadores—de exposición o de museo, ni se sabe. Y este «ni se sabe» dice tanto como «acabósen en calidad de lechugas».

El chamizo completa el paisaje.

III

Pío, hoy, día 27 de abril, ha cumplido cincuenta y nueve años. Pío está lamentablemente preocupado por su cumpleaños. Son las diez y media de la mañana y ha decidido irse a la barbería. Lo menos que debe hacer un hombre cuando acaba de cumplir los cincuenta y nueve es afeitarse, adecentarse un poco para poder decir a los amigos, limpio y reluciente como una patena, al llegar a la taberna: «Hoy convido yo». Y cuando ellos pongan gesto de extrañeza o gasten alguna broma al respecto, pasarse la mano callosa por la mejilla, añadiendo suficientemente: «Que hoy son cincuenta y nueve.» Luego es cuestión de esperar las felicitaciones sonriendo con bonachonería.

Pío se sienta en el pedrusco de los llantos acariciándose su barba de días, de muchos días, con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—María, María—llama.

María es su mujer. Aquí, remangada, se encuentra frente a él. Es demasiado poca cosa; tan pequeña y gastada, tan dulce y a un mismo tiempo tan amarga como un fruto silvestre, da la impresión de haber sufrido mucho. Es una mujer sin características personales. Existen millones igual que ella. Es una mujer que no debiera tener ni nombre para ser del todo anónima. Pío la llama a voces sin saber por qué, grita acaso de preocupación y de contento.

—María, hoy es mi cumpleaños.

—¿Pues qué es hoy?

—Veintisiete de abril, mujer, mi cumpleaños. Me tengo que afeitar. Me tengo que dar un paseo sano. Me tengo que tomar algunas copas con los amigos.

Pío corta su discurso. Hace una pausa. Al cabo susurra tenuemente:

—¿Hay dinero, María?

—No, no hay dinero. Luego vendrá Ramón, que hoy cobra; hoy es sábado.

—¡Ah!—se asombra Pío.

A María le importa que sea sábado; a Pío, que sea 27 de abril. A María no le interesan más que los sábados; a Pío, las fechas festivas y hace cálculos mentales: 27 de abril, fiesta...; 28 de abril, domingo...; tal día, fiesta nacional. Fiesta es vino con los amigos, comentarios con los amigos, alegría con los amigos, que santifican todas las fiestas en reunión, con seriedad y honestidad, ya sean religiosas, ya paganas.

Pío se decide por la barbería.

—Puede que Ramón venga antes de la una, ¿verdad?



—Puede.

—¿No se le ocurrirá retrasarse?

—No sé.

—Es que así me iba a afeitar y luego tú le pedías un pequeño préstamo y me lo dabas.

—¿Y para qué quieres tú dinero?

—Hoy es mi cumpleaños. Hay que convidar a los amigos.

—Para convidar a esos vagos no necesitas dinero. ¡Que se conviden solos!

Pío se indigna porque cree saber perfectamente sus derechos y obligaciones.

—Tú a callar. Le pides a Ramón...

María corta la orden.

—Yo no le pido nada. Si tú quieres dinero, se lo pides tú.

Pío cambia el tono, suplica, se hace meloso.

—Pero tú ya sabes que uno debe corresponder. No hace mucho tiempo me invitó Pascual porque se casó su hija. Tú ya sabes que uno tiene que alternar.

María se ríe de su marido.

—Uno lo que tiene es que trabajar. Y cuando no trabaja y no tiene perras, uno se aguanta. Eso es lo que uno tiene que hacer.

Pío, descorazonado, se aupa los pantalones y camina hacia la plataforma de las lechugas.

IV

María entra en el chamizo y comienza a revolver con un cazo, que descuelga de una tosca espetera, en el puchero que está en el fogón. El fogón, situado a ras del suelo, tiene encima una campana de humos hecha con hojalata, debida al

ingenio artesano de Pío. Mariano se queda en la puerta un poco asustado por la denuncia que va a hacer de las aventuras de sus hermanos. Se apoya en la pared buscando con los dedos una juntura de la que desprender arenilla y termina por, angustiado, echarse a llorar. María sale a consolarle.

—¿Qué te pasa ahora, Mariano?

El niño aumenta su llanto y corre a refugiarse entre las faldas.

—No llores, hombre, no tienes que llorar.

Como si no fuera suficiente el tono empleado en su lagrimeo, lo aumenta. Sus dos hermanos regresan del río: Emilio, con los pantalones remangados, y la Casi, descalza, llevando las alpargatas de la mano. Emilio enseña triunfante la cabeza de una enorme rana asomando de un sucio pañuelo hecho un hāttilo.

—Mira, abuela, lo que hemos cogido.

Mariano, llevado de su curiosidad, deja de llorar y, con lágrimas y mucosidades corriéndole libremente, contempla la presa. La abuela regaña débilmente.

—¿No os he dicho que no os metáis en el río? ¿Cuántas veces tendré que repetíroslo? Desde luego, ya os arreglaré vuestra madre.

Mariano se siente más culpable que nunca y comienza su penitencia.

Emilio se dirige a la abuela mientras la Casi insulta, molesta, define, por lo bajo, a su hermano.

—Pero, abuela, si la hemos cogido desde la orilla.

—¿Y esas alpargatas de Casi?

—Es que se ha estado lavando los pies.

La Casi pellizca a Mariano, que grita como si le estuvieran dando tormento.

—Chivato, asqueroso. Vas a ver tú.

La abuela, enfadada, defiende al pequeño.

—Déjale en paz, sé bruja, chicozo. Metiéndoselo a la muy...—no sabe qué apropiado calificativo aplicarle y duda—. La muy... perdida, que eso eres.

La Casi enfurruña el gesto y vase a sentar, enfadada y altiva, bajo el árbol chaparro. Emilio se le acerca.

—Ya verá ése la que se va a llevar.

Al poco rato Emilio y la Casi juegan con la rana. Sentado en la piedra de los llantos, el pequeño Mariano les mira con envidia. Por fin, tímidamente, con cuidado, caminando casi de puntillas, llega hasta sus hermanos. Les clava sus ojos azules y peticionarios. Se decide:

—¿Me dejáis jugar?

La Casi contesta con un «no» rotundo y María no se queda allí triste, arrepentido y un poco iracundo. Pero ya suenan las sirenas de las fábricas. Ya son las doce.

V

Ramón baja la escalinata silbando. Lleva el mono desabrochado de cintura para arriba. Muestra un tórax moreno y veloso. Es un hombre fuerte, bien musculado, de pelo castaño y rizo, de la forma y el color de la escarola pasada. Se ha dejado un bigote pardo muy perfilado, que, juntamente con las patillas cortadas en punta, lo achulan lo acanallan, lo enfoscan. Contará algunos, pocos, años más de treinta. En los brazos remangados luce tatuajes absurdos: una monstruosa cabeza de mujer, un lagarto que es su orgullo y un emblema del Tercio. El lagarto parece correr cuando él juega sus músculos.

Ramón llama a su madre abuela y a su padre viejo. María y Pío depositan en él una admiración rayana en la adoración. Su palabra es ley. Si él llega enfadado y dice que la comida está mal, la comida está mal y no hay que darle más vueltas. María se lleva un disgusto. Pío siente apoderarse de él el miedo y procura escapar. Agustina, su mujer, se hace la desentendida riñendo a sus chicos, que se llevan, porque de alguna forma tiene que descargar los nervios, unos azotes injustos, ruidosos, espectaculares.

Ramón saluda.

—¿Qué hay, abuela? ¿Dónde se ha ido Agustina?

—Fue a una casa, que le han llamado para la limpieza.

—Ya—chasca la lengua—, ya... Si me lo dijo ayer. Y el viejo, ¿qué?

—Ha ido a la barbería. Hoy es su cumpleaños. Me ha encargado que te pida cuatro pesetas, que quiere convidar a sus amigos.

—¿Y por qué no me las pide él?

—Es que le da azaro.

En una palangana desportillada Ramón se asea.

Así le sorprende su mujer cuando llega. Agustina es aún hermosa, aunque le cuelgan el pecho mantecoso y las caderas se le hayan ensanchado en demasia y las piernas hayan perdido con el trabajo su pristina forma delicada, haciendo aparecer rotundos los músculos. En el rostro de Agustina hay algo de fruta no madurada normalmente. Un algo indefinible, como si hubiera pasado de un lozano y fresco verdor a un reblandecido y enfermizo color de saznamiento apresurado; algo que se relaciona intimamente con el hospital, la alcoba mal ventilada y la atmósfera irrespirable de un invernadero. Agustina se siente rendida.

—Estoy rota—dice, y sus ojos se paran en el suelo del umbral de la casa, se le hinca la mirada como queriendo dejar la cabeza sin paisaje, sin luz, también sin preocupaciones—. Estoy rendida—repite Agustina, y suspira.

VI

Entretanto, Pío, con dos de sus amigos, bebe de una botella con caña, a pequeños tragos, y charla a retazos. Casa de Floro es una taberna desamparada, con un mostradorcillo, una anaquelera de botellas vacías y un banco que corre toda la pared, pintada al temple. Floro es amigo hasta cierto punto de Pío. El punto donde la amistad necesita pasaporte es el de las consumiciones. Sin pasaporte, no hay amistad. No hay consumiciones y hay que puede haber altercado. Floro es así y ¡qué se le va a hacer! Pero Pío tiene sus trucos.

Ahora Pío charla con sus amigos, y Floro, con los codos apoyados en el mostrador y la cabeza sostenida entre las manos, escucha atentamente, casi con unción. Pío, como lo tenía estudiado, corre sus dedos pulgar e índice de la mano derecha por las mejillas recién afeitadas.

—Pues, sí, uno cumple hoy cincuenta y nueve... uno va ya para Villavieja... Si uno fuera más joven, ¿quién sabe lo que haría uno?. Hoy me dije: Pío, dígo, ¿a que no sabes lo que haría en tu caso para festejar tu cumpleaños? Iria a casa de Floro, convidaría a una botella a los amigos, que bien se lo merecen, porque son amigos verdad. Amigos de los que se encuentran pocos, y después, a comer. ¿Qué tal una ensalada para empezar? Pues una ensaladita con sus cosas y, en fin, su año, como está mandado. Y luego, a trajelar un guisado de cordero. Pan, vino, fruta y a vivir.

Los amigos de Pío asienten, segregando ácidos. Floro se pone en trance. Pío continúa:

—Y para terminar, un cafetito, una copita y, si se quería, pues dos o tres, o las que hagan falta, un purito y ancha es Castilla.

Pío enmudece repentinamente. Hay una pausa terrible. Los pensamientos de todos se refugian en el menú tan soberanamente descrito. Un tentáculo de tristeza les aprieta por la cintura. El orador se palmea primeramente los muslos para luego apoderarse de la botella de vino. Echa un trago y se pasa el dorso de la mano por los labios.

—¿Un cigarrito?

—Bien venido sea. Estoy sin echar humo toda la mañana.

Floro no desea fumar. Es un fumador delicado y el tabaco del sobre azul no le causa ninguna buena impresión. Se abstiene.

—¿Tú, Floro?

—Ahora, no. Muchas gracias.

—Es bueno, hombre, aquí hay de todo.

—No, muchas gracias.

Pío y sus amigos no son precisamente unos chinos escrupulosos. Saben que muchos señoritos de esos que compran el tabaco manufacturado en los cafés fuman lo que ellos, y para fumar lo que ellos, sabiendo prepararlo, es preferible fumar del que uno se apaña. Pío y sus amigos elaboran los cigarrillos con una sombra de taciturnidad por los ojos, porque hacer un pitillo es como resolver una cuenta: necesita seriedad, meditación y saliva.

Las primeras bocanadas suelen transportar a Pío lejos de donde se encuentra. Su lenguaje, aunque no muy escogido, sí es expresivo, porque dice:

—Tras un trago, un pitillo, teta pura.

Y se pasa la lengua por los labios y vuelve el inferior, dejando al descubierto las pocas piezas dentales—piezas dentales o simplemente huesos las llama él, que es un hombre a ratos instruido, según sus amigos—que le quedan en la mandíbula inferior. Dientes altos, solitarios, musgueados como monolitos.

La conversación estalla en un galimatías debido a la inexorable dialéctica de Pío.

—Se debe trabajar. Uno debe trabajar, porque la vida es eso y no otra cosa. Y el que no trabaja

no come ni puede vivir. Porque el que no trabaja no tiene derecho a la vida.

Y proclama con un cinismo arrebatador:

—Si uno no trabajara, qué sería de uno. ¿Que se anda mal de trabajo? Esto es otro cantar. Esto no quiere decir nada. Se busca, que para eso son los hombres. Uno se busca la vida, porque es su derecho, y el que tiene su derecho puede ir con la frente muy alta, porque es muy hombre y muy honrado.

A Floro no le interesaba demasiado la disertación sobre los valores espirituales y de toda índole que el trabajo aumenta en el hombre. Floro prefería la conversación intrascendente, amable y distraída. Los amigos de Pío y aun el mismo Pío parecían ser de su misma opinión, por lo que el tema trabajo dió paso rápidamente al más interesante tema meteorológico. Ya uno de los amigos había dicho la frase que arrojaría, al hacerse espada flameante, a Pío y su familia del solar donde sus tres nietecitos, en este momento, han descuartizado, de común acuerdo, la rana. La frase fue: «Creo que van a comenzar a construir por este barrio.» Luego alguien susurró: «A cincuenta kilómetros de aquí, en los saltos de la Cañada, he oído que están pagando jornales muy altos y además dan casa.»

El susurro se introdujo en el pabellón auditivo derecho de Pío como un mosquito y le empezó a molestar y a profundizarle, tal que un berbiquí, hasta el cerebro.

Hablaron del bochorno, de las tormentas, de cosechas arrasadas, de cosechas grandes y maravillosas.

El día 27 de abril, cumpleaños cincuenta y nueve de Pío, una frase al parecer sin importancia y un susurro, sin duda ninguna diabólico, sirvió de fermento para la decisión exodista de los habitantes del Paraíso.

VII

—¡Felicidades!

—Gracias, Ramón.

—¿Cuántos caen?

—Cincuenta y nueve.

—Vaya, vaya, con que cincuenta y nueve, ¿eh?

Los gatos del solar duermen refugiados entre las patas de «Chal», tumbado bajo el árbol. Los gatos son dos, madre e hijo; otros dos fueron arrojados al río para facilitar el desarrollo del superviviente. Son pardos, de largas patas y agilidad y valor reconocidos. Junto a ellos, unas moscas gordas inspeccionan los restos de la rana. El sol, dando de lleno, endurece los largos calzoncillos de Pío puestos a secar.

—¿Qué hay de comer?

—Como siempre.

—¿Habéis comido?

—A ti te íbamos a estar esperando.

—Bueno, mujer, bueno.

Emilio, la Casi y Mariano, en oficios de mecánicos, trabajan fatigosamente en un cochecillo descensado de jugar a muñecas. Emilio, la Casi y Mariano pretenden arreglarlo para, pilotándolo, lanzarse con él por la cuesta. Emilio saca la lengua, resuella y golpea los débiles ejes con un pedrusco. La Casi transmite a Mariano las órdenes: «Trae agua, busca un clavo muy largo, acerca esa hojalata, pide un cuchillo.» Mariano se rasca la cabeza pelada y no se mueve.

—Agustina, tenemos que convencer a Ramón.

—¿De qué, dice usted?

—Que tenemos que convencer a Ramón. Me han dicho que en las obras de la Cañada dan buen jornal, casa y muchas cosas.

—Pregúntele qué le parece.

—Es que éste es muy poco decidido. Tú debes animarle.

Ramón, con la boina sobre los ojos, sentado en la piedra de la puerta, estirando las piernas, dormita y sueña. Un gorrion pía en las ramas del arbolillo y «Chal» alza la cabeza sonámbula. Los gatos parpadean. El gorrion vuela. Desde el pozo de la siesta, con lentitud, habla Ramón.

—Mire, déjese usted de aventuras. Aquí estamos bien. Coma y calle.

—No se trata de dejar esto.

Pío se interrumpe cuando su mujer le saca una silla para que se siente. Después le trae un plato con comida, el pan, la cuchara y el botijo de agua.

—¿Tú ves, María?

—Tiene razón Ramón.

—¿Tú también?

—Mira, ahora que te ha encontrado trabajo, es una locura marcharnos.

—¡Ah!, ¿me ha encontrado trabajo?

—Sí.

—¿Y dónde me ha encontrado trabajo?

—En su obra. Este solar es un buen hallazgo.

—Pero, María, si no se trata, como os decía, de dejar esto. Vosotras os quedáis con los chicos, pongo por ejemplo, nosotros vamos a la Cañada. ¿Que van bien las cosas? Os venís. ¿Que no? Pues de vuelta.

—Sí, si tú todo lo ves fácil. Estando todos juntos, apenas nos llega, y vamos a tener para estar separados. Además, con tu jornal...

—Sí, claro.

Ramón se desespera aparatosamente. Se rasca debajo de la boina. Bosteza. Está en pie.

—Viejo, desde el lunes puede ir a mi obra a trabajar. Son once pesetas. No necesita ningún papel. Usted trabaja, y listo.

—¿Desde el lunes?

—Sí, hombre, no se asuste.

—Bueno, bueno.

—No tiene que pensarlo.

Con pereza lleva la cuchara a sus labios Pío. Con pereza la abandona en el plato. Con pereza saborea el condumio.

—Bueno, bueno, pero lo de la Cañada hay que pensarlo.

En un cubo de agua, Agustina friega los platos.

—Oye, Agustina—dice Ramón—, ¿quieres ir a esperarme esta tarde?

—Como tú digas.

—Pues estate a las seis en punto en la esquina, junto al estanco.

—Allí estaré.

Ramón saca de un bolsillo una libreta de tapas de hule, vieja y manoseada. La abre y coge cuatro billetes de peseta, sucios y planchados.

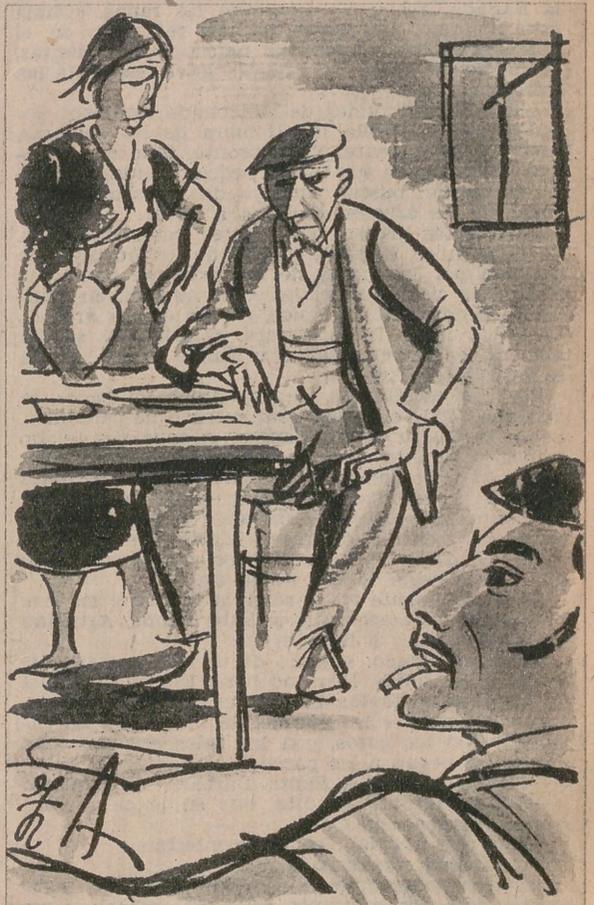
—Tome—se las ofrece a su padre—. Con éstas, me debe nueve.

—Ocho, hijo.

—Bien, ocho, y a ver cuándo se explica.

Ramón se encamina a la escalinata.

—Hasta luego. Adiós, chicos.



Emilio y la Casi levantan la cabeza. Mariano corre hacia su padre.

—Adiós.

Ha terminado de comer Pío. Limpia sus labios con un pañuelo. El cielo se va cubriendo de una pesada, blanca y opaca neblina. El bochorno aumenta. Las moscas retardan el vuelo; se pegan a la tierra, a las paredes, a las hojas de las plantas. Pío medita haciendo la digestión. De vez en vez se espanta algo de la frente. Su mujer y Agustina comentan el estado del tiempo.

—Hoy, tormenta.

—Sí, este calorazo es de eso.

«Chal» se levanta. Los gatos, ovillados, siguen durmiendo. El perro se acerca a los niños. Los huele. Se sienta a contemplarlos. Se rasca furiosamente detrás de las orejas o se vuelve a morderse el nacimiento del rabo. La Casi hace un gesto de asco.

—Hay que bañarlo; está lleno de bichos.

Llaman las sirenas al trabajo. Son las dos de la tarde. Pío suda, sentado en la silla, junto a la puerta, incapaz de movimiento. La cabeza se le derrumba sobre el pecho. El cielo está completamente cubierto de nubes altas y blancas. Pita un tren en la estación y un tranvía, fragoroso, rueda por la calle. Pío vocifera:

—Emilio, no armes tanto ruido, o ¿es que no queréis dejar dormir al abuelito?

Los chicos se asustan, pero al verle tan ocupado en lograr el sueño, siguen golpeando los ejes del cochecillo. Pío ha hecho un esfuerzo considerable, tiene seca y amarga la boca del vino de la mañana. Quiere dar consignas y no puede. Mueve los labios...

María y Agustina, dentro del chamizo, con los brazos cruzados sobre la mesa, charlan en voz baja de sus cosas.

—Me han dicho que en el Camino Alto hay una tienda que hace liquidación a nada de precio.

Pío ronca como un bendito.

VIII

Deben ser las siete de la tarde. Por el horizonte adelanta su negro testuz el toro de la tormenta. Se agitan las hojas de los árboles en un afán de huida, a impulsos de un aire cocido en el horno de la llanada. En el río alborotan las ranas. «Chal» está inquieto. Los gatos se han refugiado en el chamizo. María coloca sus macetas, sus plantas, en medio del solar, para que la lluvia esperada las refresque.

Los redondos ruidos de la tronada retumban lejanos. Se desenrolla la alfombra de las sombras, suave, mullidamente. Y de pronto, todo es oscuridad. «Chal» abre sus fauces negras y ladra. Volando en flecha, buscan amparo dos urracas en las copas de los árboles. Empezaba a llover.

Caen gotas gruesas y calientes, como de sudor. Se hunden en el polvo, formando un hoyuelo. Se deslizan por las hojas de las lechugas hasta las diminutas cisternas del tallo. Se quedan, en equilibrio, pendientes del ápice, en las de los árboles. La lluvia crece. Toma carrera. Al principio, su ritmo era lento, perezoso: uno, calma y dos. Ahora es vertiginoso. Arrencia.

Por las escalinatas, un verdadero torrente se derrama. Todo el ribazo está surcado de canalillos. Sobre la piedra de los llantos, el agua del tejado brinca y se introduce por el umbral de la casa, donde María extiende inútilmente serrín. Los niños salen a la intemperie bajo un saco. Gozan unos momentos del placer de mojarse, riéndose y celebrándolo, y entran de nuevo. María ríe:

—Aquí, demomo, aquí. Que os vais a constipar, que vais a coger lo que no tenéis.

Están solamente en el solar la abuela y los tres nietos. Pío se marchó no se sabe dónde. Agustina ha ido a esperar a Ramón.

Un rayo furioso, seguido de un titánico trueno, asusta a los niños. Mariano llora. Emilio y la Casi se miran estupefactos. Esto no es un juego. «Chal», con el rabo entre las piernas, se mete bajo un catre... Bufan los gatos, con los pelos erizados. Las moscas se pegan a las paredes.

—Hay que rezar a Santa Bárbara—dice María.

—Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita—contesta la Casi.

—Hay que rezarla. Vosotros contestáis.

Y la abuela comienza.

Las goteras menudean. No hay cacharros suficientes para recoger tanta agua. El umbral es un

pantano. Cuando María se asoma, una cortina de lluvia le ciega la vista. Vuelve la cara con el ralo cabello pegado a las sienés, chorreante, lacio. El rostro de María anuncia desgracia. Algo ha crujido; ha debido ser una de las débiles vigas. La pared de adobes puede fallar. Las tejas se separan. Y no hay remedio. Procuran, la abuela y los niños, cubrir como pueden sus enseres más íntimos y queridos. Y no hay remedio. La fuerza de la tormenta aumenta. Otro rayo más cegador. Un trueno que apisona, que machaca el valor. El chamizo es una charca. «Chal» ha salido de su escondrijo y fija sus ojos húmedos, temblantes, en la abuela. No hay remedio. María decide:

—Emilio, coge una manta. Y tú, Casi, otra. Envolveros. Echad una mano a los gatos y apretad a correr para el paseo. Por la escalinata, no, que no podréis subir. Meteos en el garaje.

Los dos niños chapotean por el solar. Emilio resbala. Vuelven la esquina. «Chal» les ha seguido miedoso, inhábil en la fuga. Los gatos maúllan lastimeramente clavando sus uñas en la ropa de los que los llevan.

Dobla la abuela una manta. Tapa con un viejo abrigo a Mariano. Cubre su cabeza con un saco en oficio de capucho. Lo levanta en brazos, aprieta la manta en su cuerpo y abandona el chamizo.

En el garaje, los mecánicos, desde una prudencial distancia de la entrada, contemplan la tormenta. Han dejado de trabajar porque falta el fluido eléctrico. No hay más luz que la del patio de vecindad, mustia, gris, filtrada por una claraboya plana, limpia por el agua de cáscaras de frutas, de hilos y trocitos de percales, de polvo y colillas. Cuando María entra, los mecánicos le abren paso.

—Pase; abuela, pase.

—¡Uf!

—Ahí están los chicos. De ésta se quedan ustedes sin huerta.

—Si sólo fuera eso.

María se acerca a sus nietos, que se han descalzado y están sentados en una rueda tumbada, con los pies puestos sobre la parte no mojada de una manta. Pasa Emilio un pañuelo por su cabeza. La Casi, con alguna coquetería, arregla su pelo.

—¿Qué tal?

—Bien, abuela.

—Siéntate con tus hermanos, Mariano.

Mariano acaricia un gato en el regazo de la Casi. El otro se aplasta en los muslos de Emilio. «Chal» dialoga, olfateando con el perro del garaje, mortal enemigo antaño. «Chal» se sacude a conciencia. Al deslizarse una gota por la nariz hasta el labio, Emilio sopla y espurrea a la Casi, de bromas.

—Estáte quieto.

Vuelve a soplar. La niña finge un gesto de molestia, preocupada de su arreglo.

—Estáte quieto, hombre.

Emilio insiste divertido y agresivo.

—Abuela, mira a Emilio.

María, desde la entrada, ve correr el agua por la calzada. Al sentirse llamada vuelve la cabeza. Advierte al nieto en plural.

—Estaos quietos si podéis.

—Pero si es ésta.

Un gran estruendo alerta la atención de los mecánicos. María pregunta.

—¿Qué ha sido eso?

Alguien responde.

—No sé. Parece de aquí, del solar.

—¿Del solar?

Diez, quince minutos. Escampa poco a poco. Suenan lejanos los truenos. La lluvia, todavía, es densa; pero su inercia disminuye. La lluvia se separa en hilos, se desfleca. Nace un comentario en la penumbra.

—Vaya, se va pasando.

Van pasando las nubes negras, bajas, rotas, dispersas. En el hondo cielo otras nubes pálidas cubren el azul. Los mecánicos salen, seguidos de María; caminan hacia el solar. La tormenta se pierde con los últimos truenos. La tierra huele a primavera. El río baja crecido. Es casi de noche. Vuelve la luz eléctrica. Ya deben ser las ocho y media.

IX

Nadie levanta la cabeza cuando el runrunear de los motores anuncia la constelación viajera de un avión en la noche. Los siete y el perro están.

aquí, firmes en la acera del paseo, con los ojos en el desastre. No hablan, no suspiran. No lloran. Ramón echa a andar. Los demás le siguen; llegan al final del paseo. Ramón se para; se paran. Suben a la calle de la Estación.

Floro los ve entrar en su taberna. Se alinean en el mostrador. Floro los ve entrar hipnotizados, sin alma; coloca siete vasos.

—Ya me he enterado—dice.

Floro sirve de la botella de orujo: cuatro vasos rebosantes, tres mediados. Beben.

—¿Qué es?

—Nada.

—Gracias.

Todos dan las gracias. Ramón, distraído. Pío, agradecido; María, en voz baja; Agustina, sin fuerza; Emilio, temeroso; la Casi, titubeante; Mariano, con la voz cambiada por la sordina del vaso vacío, en que mete la lengua.

Floro se atreve, por fin, a hacer la proposición meditada a Pío:

—Oye, Pío, los amigos estamos para echarnos una mano, ¿no es así? Esta noche os podéis quedar aquí. Se tienden unos colchones...; digo, si no tenéis otra cosa por ahí...

Luego añade con cautela:

—No lo vayáis a tomar a mal. Si se repite, que no os pille en la calle.

—Muchas gracias, Floro—contesta Ramón.

El pequeño Mariano se hace eco de su padre y también da las gracias sin saber por qué.

—A los niños los vamos a llevar a casa de la madre de Agustina.

Ramón se dirige a su madre:

—Usted, abuela, y Agustina se quedan allá. Usted—señala a Pío—y yo nos estamos en el solar, no sea que a alguno, que siempre los hay, le dé por llevarse lo que queda. De modo que andando. Adiós y gracias, Floro.

—No hay de qué, hombre. Adiós.

—Adiós.

Por la calle adelante desaparecen los siete. Frente a la puertecilla de entrada al solar forman grupo.

—Bueno, mañana, antes de las ocho, aquí. Vienen las dos, usted, abuela, y tú. Los críos que se queden allá hasta las once. Luego vas tú, Agustina, y te los traes. Y de paso, con ellos, algo de comer. Y agradezcamos que es domingo y no hay que ir a trabajar.

—Bueno, pues hasta mañana.

X

Está amaneciendo. El cielo, perlino, abunda en pájaros. Trina suavemente un canario de la vecindad. Pasan los primeros tranvías. Pío, envuelto en su manta, tiritita. Ramón tose entre cabezada y cabezada. El cielo, a medida que el sol crece, cambia sus tonos: azul grisáceo, azul blando de pescado marino, azul con reflejos dorados en las nubecillas, que en rebaño, amodorradas, marchan de Oriente a Occidente... Y los lentos carros de la basura pasan tirados por burros viejos y matalones. Un carrero canta por lo bajo una copla flamenca. Está amaneciendo.

Floro, sin camisa, con el cuello de una americana deteriorada subido, en pantalón de pana y enchanclutado, levanta ya las trampas de la taberna. Acaba de saltar de la cama, y, sin hacer sus abluciones, soñoliento y apagado, comienza el trabajo. Aquí están todos: el de la basura, que entra de prisa y de prisa bebe su copa de alcohol, mientras el carro continúa, lento, la marcha; el borracho, que se durmió en el banco y que da traspiés y es molesto; los pescadores, que degustan el aguardiente; el sereno, que se sabe convidado y se va a dormir, y Pío y su hijo Ramón.

Dentro de una hora Floro echará el cierre y se volverá al lecho hasta pasadas las diez.

Ramón tiene el pelo revuelto y la cara de pocos amigos; le vienen ganas de descargar los nervios con cualquiera. Un pescador le ha pisado y él ha arrugado la frente. El pescador se ha vuelto para excusarse. Ramón, a sus espaldas, hace un gesto al tabernero con significados bárbaros.

La taberna se vacía. A Ramón se le va disipando la acritud de la mala noche. Pregunta:

—¿Qué hora será?

—Sobre las siete y media.



—Pues vamos para el solar, que dentro de poco vendrá Agustina. Hasta luego, Floro.

—¿No os hace otra?

—No, que hay mucho que trabajar.

Pío y Ramón están en el solar. Floro se sirve una copa. La bebe a zurrapas. En la calle respira hondo; baja las trampas. Floro se consulta: «Todavía tres horitas de cama; no está mal.»

Pío y Ramón, en la puerta de entrada al solar, charlan sobre los arreglos de la casa. Por Oriente, el cielo es una espada de luz.

XI

El cántaro roto, con el que juegan los niños, transforma la voz. Mariano grita en su boca y teme. El cántaro roto guarda en su fondo una cucharada de luz solar y la sombra, al moverlo, la devora, la circunda, la aprieta y la hace flotar. El agujero de la luz no es demasiado grande, más la cera no lo tapa y una maderita envuelta en trapo deja filtrar el agua.

Es mejor que el cántaro, sin asa y con la boca dentada, sirva para entretenimiento de los chicos. Así lo ha decidido María.

El cántaro roto no tiene ningún interés; está bajando un hombre desconocido por la escalinata.

—Papá, papá, un señor—grita la Casi.

(¿Qué acontecimiento! Sal, Ramón, que algo pasa. Sal, que este hombre, ni alto, ni bajo, ni serio, ni alegre, ni bueno, ni malo, te va a decir algo; algo importante, naturalmente.)

—¿Ramón Oliva?

—Servidor de usted.

—Soy un representante de don Amadeo.

—¡An! ¿Si? Tanto gusto. ¿Y qué... se le ofrece? Ramón se limpia las manos en el pantalón. Le rodea la familia.

—¿Podría hablar un momento con usted?—dice el representante.

—Niños, largo de aquí. Agustina, abuela, viejo, dejadnos solos.

El representante titubea, no sabe cómo comenzar. —Bueno..., el caso es..., mire usted, es que... como hoy es domingo he aprovechado...

(No siga. ¿Para qué? Hay que dejar esto. Aban-

donar el solar. Marcharme con la música a otra parte. Pues bien, ¿qué más da? Nos vamos; por favor, no continúe. Ya lo sé. Le digo que ya lo sé. No se preocupe.)

—... Mire usted, dentro de dos semanas se empieza a trabajar aquí...

(¿De modo que una casa? Seis, siete u ocho pisos. Es justo que nos marchemos. A don Amadeo no le importará adónde. Pues si he de decirle la verdad, estoy tan cansado a que a mí tampoco me importa.)

—... Don Amadeo les ofrece a ustedes trabajo... (No. Muchas gracias. Ya estoy colocado. Mi padre y yo trabajamos con una empresa. Usted la tiene que conocer. Nos iremos. No faltaba más.)

—... Don Amadeo dice que puesto que ustedes llevan en este lugar algún tiempo, el tiene mucho gusto en darles esto...

(Quinientas pesetas. Seguro que eran más, pero tú te las has guardado. Nos conocemos. Habrás pensado que para esta gente es como la lotería. Sí, una lotería que nos pone en la calle.)

—... Don Amadeo les ruega que abandonen el solar antes de una semana. Ya sabe usted, por sí los inspectores...; se da cuenta, ¿verdad?...

(Claro que me doy cuenta. Además, nos ahorra reedificar la casa. La tormenta. ¿Sabe usted que ayer hubo tormenta? Pues sí, ayer hubo tormenta y se lo llevó todo.)

—... Bueno, ¿qué dice usted?...

—Muchas gracias, señor.

El cántaro roto con el que juegan los niños rueda hacia el paseo. ¡Qué descuido! Tropieza en una piedra y se hace añicos. Ya no hay sombra dentro de él. Hay un lago, un inmenso lago de miel de luz.

XII

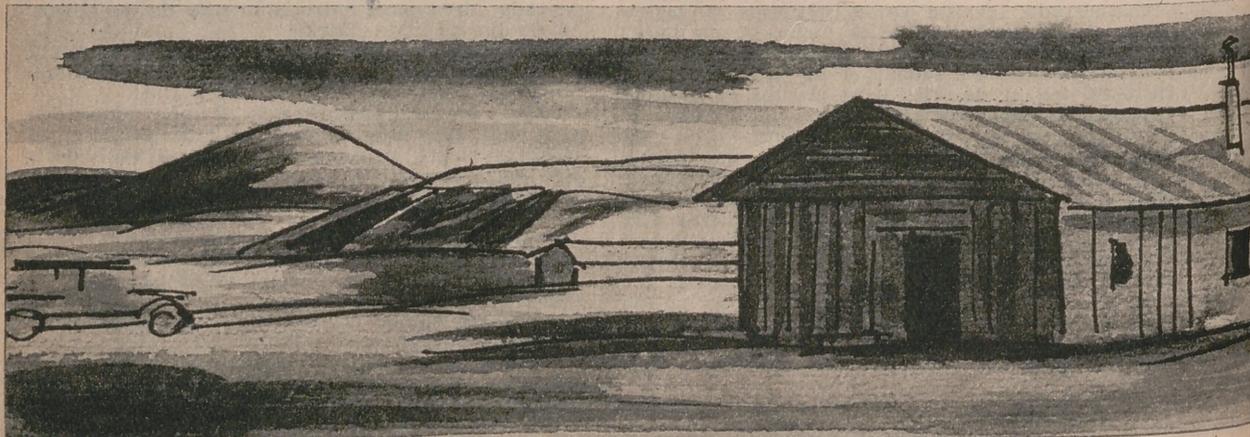
—Usted se debe enterar bien de eso. Usted pregunte al que sea, porque nos tenemos que ir, y en la ciudad encontrar casa como ésta nos va a ser difícil, y de casa como Dios manda, ni hablar por ahora.

Así ha dicho Ramón. María y Agustina miran todavía fijamente el suelo, con los brazos cruzados sobre el regazo. Pío es de otra manera; más sentimental, más débil, si se quiere. Ha dejado que se le escurrieran dos lágrimas, dos tan sólo, por las aradas mejillas y está triste, demasiado triste. Las obrás de la Cañada, con buen jornal, casa y aire puro, no le convencen. Quiere quedarse aquí, junto a los tranvías, la estación, el río y la taberna de Floro. Su hijo no le entiende.

—Mire, padre—hace mucho tiempo que no le llama padre—, no es para tomarlo tan por la tremenda. Trabajando se come en todas partes, y además usted se debiera de alegrar de que nos fuéramos, de que nos vayamos donde ha dicho usted.

—Sí, hijo, sí...

Esta tarde de domingo, en que pasa la gente junto a la tapia camino de los merenderos y de los bailes de la orilla del río, es particularmente acre. Fuera del solar, jolgorio de soldados en grupos y de sirvientas en banda, requiebros feroces, alegría estruendosa, alguna bronca con su quite, porque es temprano. En el solar, el futuro amenazador, la falta de rumbo, la espera del momento de principiar el éxodo hacia otro paraíso,



EL ESPAÑOL.—Pág. 42

tal vez inalcanzable. Esta tarde de domingo, Ramón medita los planes del futuro.

XIII

Mañana hará un mes que Pío cumplió cincuenta y nueve años. A mediodía ha llegado una carta a su nombre con matasellos de la Cañada. Pío la ha cogido con las dos manos, ha lanzado un mirada angustiosa a la familia, sentada a la mesa, y ha sentido un escalofrío. Ramón le ha tenido que decir:

—¡Abrala, hombre!

Pío la ha abierto. Pío ha balbuceado, se ha enredado en las fórmulas de saludo. Ramón le ha quitado la carta y la ha leído de un tirón.

La familia está muy atareada. Mañana por la mañana, en el primer tren, irán Pío y Ramón. Llevarán con ellos lo más necesario. A la tarde, la abuela y Emilio. Pasado mañana, si todo está en orden, convenientemente facturado, marcharán Agustina y los dos pequeños.

Pío no está contento. Abandonar la ciudad no le parece un acierto. Aquí hay de todo; se arreglan bastante bien. Dos jornales son dos jornales. En la Cañada está la casa, que es lo importante, y otros dos jornales; pero los amigos no están allá para beber y charlar con ellos. Floro no estará; el tráfigo de la capital será sólo un vago recuerdo. No, si fuera por él no se irían. Bien es verdad que él fué el que dió la idea; mas una cosa es decir—porque decir, ¡hombre!, se dicen muchas cosas—y otra es llevar a cabo lo dicho.

Únicamente Pío calla y fija sus ojos en las paredes, en los objetos, con insistencia, como queriendo grabarlos bien para el recuerdo.

XIV

Ayer hizo un mes que Pío describió en la taberna de Floro a sus amigos un magnífico menú. Hoy acaba de serle entregada la parte de barracón donde se aposentará con su familia: tres habitaciones, cocina y una especie de recibidor. Los retretes están fuera, lo mismo que las duchas, y son comunes. Pío no ha hablado aun con ninguno de sus compañeros de trabajo; esto sí, los ha observado. Pío ha visto y oído que en su mayoría son andaluces del campo, gente no muy fuerte, de rostros tostados y enjutos. Pío prefiere la gente de la ciudad. Explica a María, su mujer, que lleva tres horas ordenando los pocos cacharros que han traído.

—Mira, María, son gente que se dicen los unos a los otros «cucha», «cucha», y no se entienden entre ellos. Uno no comprende a estos andaluces. Uno lo que debiera haber hecho era no venir aquí.

—Pero, ¡hombre de Dios!, ten calma. Estos son los primeros días. Luego ya verás: todo será coser y cantar.

Pío no se conforma con la teoría de su mujer. A él, que le gustaba venir a la Cañada en la taberna, le gustaría volver a la taberna en la Cañada. Tamaña paradoja radica en que el bueno de Pío amenazaba con la marcha a sus amigos con el afán de sentirse admirado de ellos, tan inmóviles, tan sedentarios, tan incapaces de la mínima aventura extraurbana. Pío quiere, desea fervientemente, volver, volver, ¡ay si pudiera!, a su

paraíso del solar; volver a la taberna de sus discursos, de sus exageraciones, de sus triunfos; volver a las calles donde todo es un rumor y las conversaciones no se distinguen, porque las gentes que circulan son como un río con música, con himno propio. Aquí, en la Cañada, siente la soledad, el silencio del campo, y sufre. Porque él sabe que en el primer paraíso que gozó el hombre no hubo ni soledad, ni silencio; sabe que soledad y silencio, al fin hombre de la ciudad, son dolor, tristeza, desgarramiento. Su paraíso, su solar, sin soledad y sin silencio, era, sin embargo, un apartado en el que no cabía el medio conturbador que le rodeaba.

—Sí, María, son gente con la que uno no se entiende. ¡Ay, qué bien vivíamos allí!

—Ten paciencia, Pío. Aquí viviremos mejor. Ya lo verás.

Pero en el allí de Pío hay tantas sensaciones, dichas y alegrías encerradas, que aquello y solamente aquello podrá devolverle su diminuta felicidad. Pío perdió el paraíso, interpolado entre dos altas casas. Pío fué avisado por una tormenta y arrojado por la ira sin límites del negocio. Fué expulsado sin culpa, sin reconocer el árbol de la culpa en el triste arbolillo estepario que crecía en medio de su paraíso. Y Pío, como debió de sentir el primer hombre, siente que de él se apodera la nostalgia que le otona el corazón y le borra la mirada. Y Pío, como el primer hombre, necesita soñar que algún día ha de volver.

María ha salido del barracón a las voces de Emilio. Aquí está Agustina con los dos pequeños. Agustina, sonriente, con sus dos hijos extasiados, que todo lo miran, que todo lo ven con ojos de asombro y que se dejan conducir por Emilio, conocedor ya como ninguno de los secretos del campo y de las obras, de aquí para allá, del regato a la colina, del castaño partido al tocón podrido.

María, en la casa, enseña febrilmente las habitaciones a Agustina. Esta hace gestos de aprobación por todo. Luego salen del barracón. Debajo de un árbol está sentado en una silla Pío, conversando con Ramón. Ellas se acercan. Ramón pregunta a su mujer.

—¿Qué te parece esto?

—Esto es un paraíso, chico, un verdadero paraíso.

Pío se levanta, encoge los hombros, mete las manos en los bolsillos y echa a andar. El sol último de la tarde exprime en el horizonte sus rojos colores. El campo huele a espliego. El rumor de las taladradoras, que adelantan los barrenos de la mañana, llega difuminado en el viento sonante en los árboles del bosquecillo cercano. Vuela algún pájaro, negra estrella en la altura.

Pío, el sentimental y dulce Pío, contempla el crepúsculo, los montes donde se oculta el sol, tras los que está la ciudad y en la que se yergue clavado el mástil de su nostalgia: su paraíso. Su paraíso que ya no es suyo, que es la casa en construcción número treinta y nueve de la calle de la Estación, propiedad de don Amadeo García, para quien y por quien se ha ensanchado la estrecha y pequeña puerta de antaño, recubierta ahora de mármoles y de dorados. Y Pío llora, suave, silenciosamente. Y Pío sueña, y sueña, y sueña...

F I N

(Ilustraciones de ZARAGUETA.)



"QUIERO VER LA ESTATUA DE ELOY GONZALO ANTES DE MORIR"

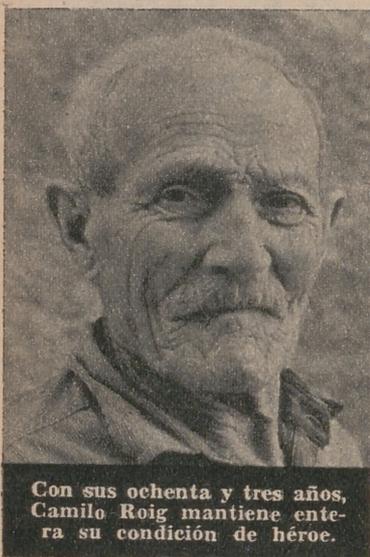


ESTE ES EL GRAN DESEO DE SEGUNDO ROIG, ULTIMO SUPERVIVIENTE DE CASCORRO

LA carretera, no muy polvorienta, serpentea entre el verde de los pinos y la plata de algún olivo. Allí, en lo alto de la zona baja de este Priorato de viñedos rebosantes, Molá, un pueblecito tarraconense, aparece envuelto en luminosa quietud, tendido al sol hiriente de esta canícula agobiante. El calor se acentúa en sus calles. Dominguera tertulia de mujeres a la sombra de un portal. Los hombres, como es fiesta de guardar, se han cobijado en el refugio recreativo del café. En él hallamos al último superviviente de una de las gestas más célebres de nuestra historia, de la epopeya que escul-



El viejo combatiente expresa a nuestro colaborador su deseo de contemplar la estatua de Cascorro.



Con sus ochenta y tres años, Camilo Roig mantiene entera su condición de héroe.

pió el asedio de Cascorro. Don Segundo Roig Roca, el teniente honorario de nuestro Ejército, ha salido al balcón en busca del viento, que no circula, y desde su atalaya, que domina la plaza del pueblo, distrae sus ocios observando a la gente.

Pronto lo tenemos a nuestro lado. Sus ochenta y tres años siguen denotando entereza y energía. A través del diálogo ratificaremos con mejor conocimiento la primera impresión de este hombre, hoy tan entusiasmado de la hazaña en que participó allende el Atlántico, en Puerto Príncipe, en la defensa heroica que del fuerte de Cascorro hicieron un puñado de españoles.

La memoria de Segundo Roig es prodigiosa. Su palabra brota tan segura y su mente parece tan ordenada, que sus revivencias podrían tener calidad testifical.

150 HOMBRES Y 8.000 BALAS

Eran las seis de la mañana del 22 de septiembre de 1896. Los insurrectos se habían apoderado de la casa del alcalde, situada junto al fuerte de Cascorro. En él estábamos 150 hombres, al mando del capitán don Francisco Neila Ciria y de los tenientes Perial y Rodríguez. Nos rodeaban 5.000 hombres. El capitán no ocultó su

preocupación de que los rebeldes tratasen de minar la fortaleza. De las 24 cajas de municiones solamente quedaban cuatro, a 2.000 balas cada una. Los insurrectos, sospechando que nuestras reservas eran escasas, pidieron al capitán la rendición del fuerte, evitando así nuestro estéril sacrificio. El capitán, todo un carácter y todo un patriota, respondió, contando con nuestra unánime aprobación, que lo que nos sobraban eran médicos y municiones para mantenernos firmes. Pero como desde la casa nos hostigaban y el peligro aumentaba, y poco podíamos hacer nosotros por impedirlo, el capitán recurrió a la tajante determinación: la de intentar incendiar la casa. Preguntó entonces al cabo furriel, Juan Madan, si había petróleo en el fuerte, y al contestarsele afirmativamente ordenó se llenasen cuatro botellas, que arrojamos sobre la techumbre de la casa, a la que ya anteriormente habíamos lanzado piedras con el propósito de quebrar sus tejas. Pero también este intento resultó fallido porque el combustible se apagó. Únicamente una de ellas ardió con poca fuerza. Neila me dijo que tratase de pegar a la botella un tiro. Yo disparé, pero el fuego cesó entre nuestro desencanto.

«SE OYEN GOLPES»

A partir de aquel momento redoblamos la vigilancia ante el temor de que el fuerte fuese minado. Neila me avisó:

—Si oyes algún golpe o ruido, comunicámelo en seguida.

—¡Se oyen golpes, mi capitán!

—¡le anuncié, presuroso e inquieto, cuando el día amanecía.

—¿Dónde?

—No lo sé..., bajo el suelo.

En la casa del alcalde se oía el opaco golpear de un pico. Los insurrectos abrían aspilleras en ella para batirnos mejor, sin exponer en absoluto sus vidas.

—Mi capitán—le dije—, déjeme ir a quemar la casa.

—He de pensarlo primero, Roig.

ELOY GONZALO, EL HEROE EX PRESIDIARIO

Tal solicitud la formuló después un cabo asturiano, que obtuvo idéntica respuesta. El capitán llamó entonces a Eloy Gon-

zalo, que era uno de los 10.000 ex presidiarios españoles que luchaban en Cuba. Eloy había sido condenado a quince años de cárcel.

Neila comunicó a Gonzalo la decisión urgente y peligrosa que era preciso tomar.

—¡Hay que prender fuego a la casa esta noche!

Eran las cuatro de la tarde. Gonzalo dijo que estaba dispuesto y se hicieron los preparativos. Hubo que acelerar.

—Usted saldrá por detrás y saltará a la zanja. Antes de ponerse el sol se tiene que quemar el inmueble; necesitamos evitar que instalen el cañón y nos maten a todos...

No podíamos recibir refuerzos, continúa diciendo Segundo Roig. Catorce horas de camino a través del monte nos separaban de Puerto Príncipe. Doscientos veinte cañonazos dispararon sobre nosotros desde el 22 de septiembre al 4 de octubre. Pero estábamos seguros y firmes. ¡Que vengan, que vengan! Allí no lloraba nadie...

Las instrucciones del capitán a Gonzalo seguían!

—Se atará una cuerda al cuerpo. Si le matan, recuperaremos su cadáver. Debe poner la candela mientras le protegemos desde aquí.

LA LATA Y LOS FOSFOROS

Y así se hizo. Neila dispuso que grupos de tres hombres ocupasen las aspilleras. A su voz, disparamos a los boquetes de la casa, amparando el salto de Eloy, que partió con la lata de petróleo y los fósforos. Al poco tiempo, las puertas y ventanas de la casa ardían ante nuestro frenético júbilo. Eloy volvió en seguida. Un brazo, empujando una pistola, le disparó desde una ventana, sin herirle siquiera. Inmediatamente el teniente don Carlos Perier Mejía, al mando de veinte soldados, fusil en mano, atravesando el fuego, penetraron en la casa, abandonada por los insurrectos por la parte trasera. Aun seguimos su huida... Entre las ruinas del edificio encontramos a dos ancianos con vida. Una vez desaparecido aquel obstáculo, los rebeldes volvieron a la carga abriendo trincheras próximas al fuerte.

«TODA NEGOCIACION ES INUTIL»

Después cinco parlamentarios vinieron a vernos, invitándonos a una honrosa capitulación. La respuesta que de Neila se llevaron los emisarios era la de que ni los halagos, las promesas, ni siquiera la visión de la muerte, le harían traicionar la misión que la Patria le había confiado.

—¡El fuerte no se tiene que ganar con papel ni pluma, sino con fusil y bayoneta!

(En la expresión, don Segundo Roig ha repetido, sin duda, la energía del capitán al pronunciar con gesto viril la respuesta.)

Y cuando los insurrectos envían una mujer de edad, llorando, sobre la grupa de un caballito, con una bandera blanca, Neila, con firme resolución, advirtió:

—Toda negociación es inútil. Si mandan otro emisario, lo recibiremos a tiros. Y ruego no me



La memoria no le falla, y va relatando detalladamente los sucesos de aquella epopeya.

obliguen a disparar sobre una mujer.

LA COLUMNA DE SOCORRO

Rechazamos un nuevo ataque de los insurrectos. Supimos después que, en Puerto Príncipe, el general Castellanos estaba preocupadísimo por nosotros. Y a cuatro rebeldes que se le presentaron en son de paz les preguntó:

—¿Ustedes saben cómo está Cascorro?

—Lo siguen atacando.

El general, en previsión, los mandó al calabozo, asegurándoles que si su versión no era cierta habrían de arrepentirse. Y organizó una columna, con dos piezas de artillería.

Cuando ésta llegó a Cascorro, creímos se trataba de fuerzas rebeldes. Nosotros pertenecíamos a la primera compañía del batallón de María Cristina, y fueron las otras tres las que acudieron a liberarnos. Solamente habíamos tenido cuatro muertos y tres heridos. Los alimentos escaseaban y el insurrecto general Gómez, que ya lo preveía así, echó mano de este recurso para intentar persuadirnos del error. Néila le replicó que nos sobraban. La verdad es que únicamente teníamos un poco de arroz y algo de pan.

Dimos el alto a la columna de socorro y ésta obedeció. Entonces se acercó un hombre.

—¡Soy el capitán Latorre! ¿No me conocéis?

—Sí, señor.

Nuestra alegría y alborozo no tenían límites. Cuando el general Castellanos, que dirigía la columna, llegó al fuerte, dijo:

—Salgan ustedes de uno en uno a darme un abrazo. ¡Que yo soy su padre! Y todos lo abrazamos sin poder poner freno a la emoción y a las lágrimas.

Ya desde aquí saltó el señor Roig al recuerdo de los viejos «Remington» y al de los seis «Máuser» que cogieron al enemigo, para contarnos después el retorno a Puerto Príncipe de la columna del general. Al sufrir nuevos ataques el fuerte, el general Castellanos volvió con la columna, compuesta por 4.700 hombres entre Infantería y Caballería. Los insurrectos causaron en ella 150 bajas.

EL GRAN DESEO DE ROIG

Obligaba la pregunta. Y se la formulamos al octogenario en el sentido de si le gustaría volver a Cuba.

—No, no; soy demasiado viejo. En cambio, sí que deseo ir a

Madrid para contemplar el monumento dedicado a Gonzalo.

El viejo soldado ha puesto en la sinceridad de su manifestación todo el ansia de este anhelo. ¡Ir a Madrid a ver a Eloy! Si Segundo Roig sacia este deseo, que rebasa sus posibilidades económicas, se sentirá dichoso y feliz.

LAS COPLAS DE LA VICTORIA

Cuando marchamos de Cascorro—dice ya con mayor reposo—, Minas nos tributó una gran acogida. En el desfile por aquella población llevábamos dos bandas de música. Eloy Gonzalo iba delante con una corona en el extremo de la bayoneta. El comercio nos ofreció banquetes, las señoritas arrojaban flores a nuestro paso; se organizó una corrida de toros y nos dieron un barril grande de vino para cada uno. ¡Ocho años pasé en Cuba! Bien recuerdo aquellas coplas...

Y Segundo Roig desgrana con placencia y sin tuteos...

«Máximo Suárez

es hombre de mucha gracia; ha traído dos cañones para matar cucarachas.

Los proyectiles parecen, según me figuro yo, suela de zapato viejo rellenos con algodón.

Repartirlo a los mambises, que toftos van descalzos.

A los tres días de fuego mandó Máximo González una carta al capitán para que el fuerte entregara.

El capitán le contesta con muchísima franqueza que para entregar el fuerte está dura la galleta.»

MUERTE DE ELOY GONZALO

Al cabo de un año murió, en el hospital de Matanzas, Eloy Gonzalo. Yo estuve a verle dos días antes de su fallecimiento. Su cadáver, con los de los generales Santocildes y Vara del Rey, los sacamos en féretros, junto con los restos de Cristóbal Colón, que se hallaban en La Habana, hasta el barco de guerra que los trasladó a España. La compañía nuestra dió escolta al duéño. El féretro de Eloy llevaba sobre sí una bandera de seda.

* * *

Hasta aquí, el relato de Segundo



Segundo Roig, teniente honorario del Ejército, es el único superviviente de la gesta de Cascorro.

do Roig, el hombre que a sus ochenta y tres años, gozando de buena salud, pasea con su esposa, doña María Asens, de setenta y nueve años, y todavía se siente cazador y demuestra cómo su pulso no se altera ante la pieza. Vive tranquilo y escogadamente feliz en la calma de Molá, agradecido al Caudillo, que hace cuatro años le concedió una pensión de quinientas pesetas mensuales.

Cuando Molá quedó atrás, seguimos pensando en el ávido deseo del anciano soldado por visitar Madrid y ver a Eloy erguido en su estatua. «¡Eloy era muy amigo mío! Y quiero verlo antes de morir.»

Mientras el coche seguía descendiendo hasta Falset por esa carretera que se abre paso entre los pampanos, la gesta de Cascorro se asociaba en la imaginación al mismo heroísmo por la defensa de España que proclamó el escenario por el que discurríamos. Los riscos de Pandols y Caballs levantaban su presencia al fondo, poniendo fin al horizonte.

David CASTILLO BIESA
(Fotografías Niepce.)



El pueblo de Molá conoce los relatos de Roig. Pero cuando el anciano soldado vuelve a sus recuerdos, su palabra centra la atención.



UN PUEBLO CASI ESPECTRAL QUE VIVE FUERA DEL TIEMPO

Anécdotas de Azorín

NO sé quién ha dicho—tal vez Eugenio Montes—que Murcia es una delicia cercada de pitas. La geografía que recorre la carretera de Murcia a Yecla, por donde rueda el coche de línea, pertenece a este cerco de pitas y chumberas. Aunque la tarde declina, el sol sigue cociendo los atochales moteados de caracoles blancos, las cebadas raquíticas de grano y paja, los olivos convulsos por los retortijones de tantas sequías. Bajo esta hegemonía solar, el paisaje es una sucesión de manchas confusas. Sólo destacan los oteros y ribazos de tierra roja, color de almagra, en los que la erosión ha esculpido formas caprichosas, con preferencia manos huesudas y crispadas.

UNA TIERRA DE TROTA- MUNDOS

A diferencia de la Murcia huertana, barroca y sedentaria, en esta Murcia adusta se da un tipo humano de singulares inquietudes andariegas. Vivir para viajar, escudriñándole los entresijos al mundo y sin diluirse nunca parece ser su lema. Días atrás relataba un cronista el encuentro en la ciudad más septentrional de Suecia con un futbolista murciano casado con mujer esquimal. De una princesa india acaba de divorciarse un comerciante abararero, después de haber vivido una historia digna de «Las mil y una noches». Pero en este azogue planetario nadie aventaja a los fortuneiros. Los fortuneiros emigran a Australia, al Canadá, a la pampa argentina, en cualquier dirección de la rosa y con el mayor desdén por la lejanía. Crean riqueza, retornan, se pavonean entre sus palanos y un día desaparecen con el mismo sigilo que llegaron. Cuando las circunstancias coartan esta vocación planetaria, les basta franquear el término municipal para transmutarse en los



la tierra murciana

más pintorescos extranjeros que imaginarse puede. ¿Se ha tropezado alguna vez con un vendedor de alfombras persas, tocado de fez y de parla indefinida e indefinible? Pues a lo mejor era un fortunero.

DE MURCIA A YECLA: CARRETERA CAPRICIOSA

Así como hay caballeros y bellacos, hombres correctos y hombres zafios, también hay carreteras corteses y carreteras que no lo son. En general, las carreteras oficiales carecen de intenciones estéticas y se limitan a servir el principio geométrico de que la recta es y debe ser la más corta entre dos puntos. Sin embargo, a veces se encuentran carreteras perdidas, humildes, que culebreaan como locuelas, burlándose de la geometría y toda su parentela. La carretera de Murcia a Yecla, viuda de asfalto y abundosa de cardos silvestres, pertenece a estas últimas. Uno sospecha que, cuando comenzó el trazado, un campesino tímido se presentó al ingeniero o contratista: «Mire usted: yo tengo una tía tan achacosa que cuando nos visita suda la gota gorda para llegar a casa. ¿No sería posible echar la carretera por allí?» Y el ingeniero o contratista, que era un alma de Dios, echó la carretera por allí para que la pobre tía achacosa no sudara la gota gorda. Más adelante, la súplica abogaba por unas oliveras. El campesino murciano profesa a este árbol clásico un afecto poco menos que familiar. Cuando él habla de sus oliveras, se refiere a algo tan concreto y casi tan amado como las travesuras de su Juanico o las gracias de su Fuensantica. También las oliveras fueron salvadas merced a un nuevo quiebro de la carretera, que, a fuerza de concesiones, quedó tan caprichosa como el vuelo de un moscardón. A partir del Pinoso, ya es la estela de una



flecha disparada contra el faro del santuario yeclano, allá, en lo alto.

YECLA, VISIONARIA Y ESPECTRAL

De Yecla ha dicho Azorín, amorosamente, que tiene una psicología arcaica propia de los siglos XVI y XVII. «Y eso es Yecla: un pueblo místico, un pueblo de visionarios, donde la intuición de las cosas, la visión rápida, no falta; pero falta, en cambio, la coordinación reflexiva, el laboreo paciente, la voluntad.» Tan espectral se ofrece la ciudad a estas horas, desvalida entre la media luz impuesta por la sequía, que dan ganas de actualizar el juicio emitido cincuenta años atrás. Más que un viaje a través de una geografía, diríase que hemos viajado a través de los siglos. Y las impresiones más inocentes coadyuvan a esta inmersión ideal en el tiempo. El sillón frailer del zaguán, el velón que ilumina la estancia propiamente, el porte y señorío del posadero, a quien está uno a punto de inquirir detalles de la tremolina aquella de Garellano. De la casa contigua llegan los cánticos monocordes y plañideros de los auroros:

*Dios te salve, Madre Virgen,
protectora de las almas
que están en el purgatorio
padeciendo en vivas llamas.*

Nada de llamas metafísicas, sino vivas, achicharrantes, como potenciación de los tizones encendidos que llueve la temperatura cainita. El bochorno se hace trampolín sensible de la fe. Y a la fe se recurre para impetrar remedio a la sed del hombre y de la tierra. «Píde a San Pedro que llueva a cántaros», ha dicho un viajero en son de despedida. Para el hombre de la vega, llamada de acequias que rebosan, el problema del agua no es problema o se ventila entre gente de carne y hueso; pero el labrador de esta Murcia esteparia ha de recurrir en gestión directa a la corte celestial. El módulo de vida aguijonea la centinela del espíritu, que en cualquier momento reclama su primacía sobre los halagos y promesas de la vida misma. ¿Sabe usted por qué no se logró esa vieja ilusión yeclana del ferrocarril de vía ancha? Pues porque encontraba oposición de gentes temerosas de que el pueblo se malvara al ponerse más en contacto con el mundo. Sin entrar en la validez de este comentario de sobremesa, es evidente su significación como símbolo de esta Yecla espiritual y mística.

GLORIETA, PALOMAS, AZUL

La ciudad se ha despertado. Desde nuestra cama posadera hemos oído el «clamoroso concierto de voces agudas, graves, chirriantes, metálicas, confusas, imperceptibles, sonoras» de los gallos, cuyos ki-ki-ri-kies han jenudecido ante el «multiforme campaneó» de las campanas. También «el cielo se extiende en tersa bóveda de joyante seda azul» y también a nosotros nos llegan ecos de canciones; pero canciones que, en vez del sabor ingenuo y campestre de las que oyera Azorín, nos hablan de las

muchachas de Pénjamo y del encuentro ó aventura en no sé qué café francés. Con la mañana encendida, reverberando en la cúpula de la iglesia nueva, se disipan los fantasmas de nuestros prejuicios literarios. Porque la ciudad que sospechábamos sombría y tétrica se nos abre al encanto que compendian estas tres palabras: glorieta, paloma, azul.

Glorieta opulenta de rosas nuevas, de dallas, de geranios, de alhelies. En las umbrías de sus pinos y sauces llorones, viejos de gorra, cayado y enlutada pana. Estas primeras horas de la mañana son las horas de los viejos, como las del atardecer serán las de los niños. Conversaciones que tienen a ratos el tono picaruelo de la adolescencia, porque los viejos sólo son viejos en contacto con la juventud.

LA VOLUNTAD DE YECLA

No en balde el prólogo de «La Voluntad» es el testimonio de la voluntad de Yecla, capaz de realizar en pleno siglo XIX lo que otras multitudes realizaron en remota centuria: nada menos que levantar una catedral. Tan inusitado es el alarde de energía, que el Gobierno, sorprendido, lo considera demasiada empresa para un pueblo. Sin miedo a caer en hiperboles, bien puede afirmarse que, en el ámbito de su economía, Yecla lleva a cabo un esfuerzo emparejado con el que supone levantar una catedral. Sin riqueza maderera y venciendo enormes dificultades de transporte, ha creado una industria del mueble que se dispone a invadir mercados extranjeros.

Hemos visitado una de estas fábricas, y lamentamos no haber podido hacer lo propio con la Cooperativa Obrera, constituida por una veintena de talleres artesanos. Infinidad de mesas vestidas para el primer desayuno; armarios que guardarán la ropa fiambre del ajuar. Dios sabe el misterio de vidas y muertes reservado a cada una de esas camas. Mesas, armarios y camas que el trabajador yeclano ha informado con un singular espíritu de artesanía.

Más de medio millar de obreros ocupa la industria del mueble. Con todo, la economía de Yecla, cimentada en la producción de vino, esparto y aceite, es una economía débil y aleatoria. Contra las previsiones de «La voluntad», no ha sido absorbida por la del Pinoso ni se ha producido ningún trust agrario, pero basta una meteorología desfavorable o una cotización adversa en el mercado vinatero para que varios miles de propietarios rurales—así llamados por poseer cuatro palmas de tierra—pasen a engrosar las filas de braceros.

HACE FALTA UN TREN DE VÍA ANCHA

Yecla necesita mantener e incrementar su industria, pero todo esfuerzo en este sentido se verá coartado por la insuficiencia de comunicaciones ferroviarias. Un tren de vía estrecha, algo así como la R. E. N. F. E. en juguetería, une la ciudad con Cieza y Villena. Tren ideal para las excursiones domingueras, con revisores que llaman a los viajeros por sus nombres, pero de ningún modo capaz de satisfacer las

nuevas necesidades de Yecla, que reclaman un trazado de vía ancha.

No habrá otro pueblo español tan sugestionado por estas dos palabras. Basta pronunciarlas juntas para que la gente vuelva la cabeza y se disponga a prestar oídos y lengua a la conversación. A través de los años, la promesa del ferrocarril de vía ancha ha sido una ilusión tenazmente mantenida. Hay fundados motivos para esperar que esta vieja ilusión yeclana sea realidad en nuestros días. No es cuestión de prestigio, sino de vida. Para Yecla y para Jumilla.

EL CABALLERO MENCHIRÓN

Crefamos haber experimentado todos los matices de la amistad, y de pronto nos encontramos hombres que nos revelan una faceta inédita de nuestra vida. Uno de estos hombres es Paco Martínez, discípulo de Azorín y ferviente azoriniano, setentón bien conservado y solterón empedernido. Así también, en lo de la amistad, Fulgencio Ortuño y el otro Paco, el Paco Antonio, el notario, yeclanos todos de pro y porque sí.

Con don Paco Martínez hemos paseado por la calle de San José y nos hemos detenido frente al número 23, la casa que habitó el caballero Menchirón. ¿No es acordáis de Menchirón, en «Las confesiones de un pequeño filósofo»? ¡Si es inolvidable! Alto, corpulento, zapatillas rojas. «Al escribir este nombre, que debe ser pronunciado enfáticamente —Menchirón!—, parece que escribo el de un viejo hidalgo de Flandes.» La casa ya no tiene un pequeño huerto detrás, como cuando la describía Azorín, pero conserva intacta la parte superior de la fachada, con las ventanas roídas por la carcoma. Es inevitable quedarse un poco estático frente a estas ventanas entreabiertas. De un momento u otro puede aparecer la faz pálida de la hija, guapísima.

DE SAN ROQUE A LA HIGUERA DE SAN PASCUAL

Aquella noche de Jueves Santo, Justina debía de estar más pálida que nunca. Su cerosa voluntad se derretía ante la tenacidad del cura Puche. Por otra parte, Antonio Azorín, el novio, se pregunta si, más que amor, no será simpatía melancólica lo que siente por Justina. La conversación, alimentada de monosílabos, deja sueltos pensamiento y sensibilidad de Antonio Azorín, que se extasia ante el encanto de esta iglesia diminuta. «Algo como la fe de un pueblo ingenuo y fervoroso se respira en este ambiente pobre.»

LA FUENTE Y LA CHUCHA

«Para ir a la Fuente, se sale del pueblo con dirección a la Plaza de Toros; luego se vuelve a la izquierda...» y llega uno a los dominios de la Chucha. Porque la casa de labranza del tiempo de «La Voluntad», que antes fue convento franciscano, es hoy dependencia del asilo de ancianos, donde la Chucha, afanosa y limpia como los chorros del oro,

cuida de los aslados que aun pueden hacer algo.

Frente a la casa, la higuera mística plantada por San Pascual. Mejor dicho, la hija o nieta, que la del santo se murió de vejez. No es frondosa como aquella, pero es la misma, como la vida es una en sus diversos avatares. A este lugar vino una tarde el maestro Yuste, acompañado de Antonio Azorín, a desahogar su congoja ante la dispersión del espíritu de la España de Cisneros y Santa Teresa. «Esto es irremediable, Azorín, si no se cambia todo...», dice Yuste, propugnando la necesidad de una acción revolucionaria. A través de la higuera, cimbreada por un venticillo canicular, Yecla, difusa y casi llameante, es un símbolo de concordia entre el afán nuevo y el espíritu de «la vieja España...», legendaria, heroica», que le descubrió el escritor.

LA ZARANDA O LA YECLA SONADORA

—¿No quedan inventores de toxpiros?—habíamos preguntado ingenuamente.

—No; pero vaya usted por La Zaranda—nos contestaron. Y a La Zaranda fuimos. La Zaranda es una taberna con aspecto de cueva existencialista y un vino yeclano—18 grados bien cumplidos—que se pinta solo para disipar melancolías. Sin embargo, lo más importante de La Zaranda es el propio tabernero, don José Santa Marcos. «azoriniano a prueba de bomba» y barón de la Pedrera de Abajo, como a sí mismo se ha ennoblecido.

Don José se dedica a la investigación arqueológica, y entre chato y chato explaya sus teorías sobre el origen de Yecla; teorías que, dicho sea de paso, no hemos llegado a entender, aunque suponemos tan revolucionarias y explosivas como el artefacto de Quijano. Familiarizado con los ingenios de la antigüedad clásica y al tanto de toda novedad nacional o extranjera que se relacione con sus aficiones, don José no tiene nada de visionario. Precisamente el mejor elogio a su autoridad arqueológica nos lo ha hecho Fausto Soriano, autor de una comentada obra sobre la historia de Yecla. Los ratos que el mostrador y la arqueología le dejan libre son empleados por el barón de la Pedrera de Abajo en escarceos poéticos como el de la muestra:

*Duerme Yecla la ilusión
del historial de su vida,
estando siempre dormida,
descuido de su jardín,
belleza de perfección
que sembró la mustia hoja
cubriendo la voluntad
que, en su inmensa soledad,
iba buscando Azorín
por la senda de Baroja.*

Dejando a un lado funciones críticas, fuera de nuestra incumbencia, bien puede asegurarse que ir a Yecla y no echar un trago en La Zaranda es privarse de saborear una de las facetas más curiosas de la ciudad. Allí también las viejas fórmulas de cortesía: «¡Que el señor hidalgo tenga buena cabalgada!» ¿No es maravilloso?

AZORIN SE MANIFIESTA CONTRA AZORIN Y OTRAS COSAS

No es pequeño encanto pasear por la glorieta yeclana al filo de la madrugada, sobremanera si se siente uno envuelto por la cordialidad de estos amigos ya entrañables. El notario Francisco Antonio Jiménez, cuyos primeros frutos literarios, desdichadamente no continuados con la profusión que hubiera sido de desear, merecieron aliento y elogio del propio Azorín. El abogado don Joaquín Vázquez, con versador ameno y profundo de cualquier tema. Juan Azorín, Martínez Parra y Marcos Soriano, con sus observaciones a punto. Y, sobre todo, don Paco, el inefable don Paco, a quien debemos el rosario de anécdotas y revelaciones azorinianas.

Como una bomba cayó el artículo en que Azorín fustigaba la ociosidad dentro y fuera de las aulas. Ni corta ni perezosa, la grey estudiantil se manifestó ruidosamente pidiendo poco menos que la cabeza del autor.

—Será conveniente que no salgas—le recomendaron a Azorín

—¿Cómo que no salga? Ahora mismo vamos todos a la manifestación.

Y acompañado de sus amigos se mezcló entre los estudiantes, que tuvieron que ser arengados por don Alberto Algullera. Azorín, claro, era entonces muy poco conocido personalmente.

Para editar su estudio crítico sobre el teatro de Moratín, Azorín empuñó el reloj.

Conocida la predilección de Azorín por don Juan de la Cierva, «inteligente, digno, austero y en pleno acuerdo con su conciencia», según los epítetos que le dedica en «Valencia». Esta predilección no impedía, sin embargo, que algunos amigos yeclanos de Azorín se sintieran molestados por los ciervistas, especialmente enfadosos en visperas electorales. Cuando los amigos fueron con las quejas al escritor, éste comentó:

—Pues hay una solución.

—¿Cuál?

—Que os hagáis todos ciervistas.

Dé una carta de Azorín a Paco Martínez: «No nos entreguemos al pasado; rememorémosle con cariño; pero penetremos—con viva cordialidad—en el presente. La vida es el presente y no lo pretérito. Hay que vivir y hay que pensar.»

Azorín no va a los toros porque ya no son necesarios los carpinteros. Los carpinteros que arreglaban la barrera cuando se la lleva el toro en su arranque bravo.

La curiosidad intelectual del estudiante Martínez Ruiz no se saciaba nunca. Leía por la mañana, por la tarde y por la noche, aunque tenía bastante olvidados los libros de texto. Cuando



ya no podía moverse en la habitación, llenaba unos cajones de libros y los facturaba a Monovar, a porte debido.

Azorín ha dedicado dos trabajos primorsos a Coquillat, el sastre de la aristocracia valenciana. No nos dice, sin embargo, que él, siempre irreprochable en su atuendo, se vestía en casa de don X Coquillat.

A juzgar por los aspavientos del profesor, que de cuando en cuando se llevaba las manos a la cabeza, el alumno Martínez Ruiz debía de estar soñando una sarta de disparates, por más que los acontecimientos confirmasen años después buena parte de sus juicios.

—Vaya mañana a casa y allí discutiremos todo eso—le rogó el catedrático.

Ni fué ni asistió más a clase, «por no tratar con imbéciles con muceta».

AQUI, EL ALCALDE

Farmacéutico sin rebotica; señorío viejo en edad joven; unas ganas locas de servir a su pueblo y algo más puede decirse de don Ricardo Tomás y Soriano, actual alcalde de Yecla.

—¿Para cuándo el homenaje a Azorín?

—Para octubre.

—¿Y consistirá?

—En un busto en la Glorieta y una lápida en el colegio de los escolapios.

—¿Algo más?

—Un gran acto literario.

—¿Local o nacional?

—Han sido invitadas relevantes personalidades de las letras y la política.

—¿Qué hay de la vía ancha?

—Un proyecto en el Ministerio de Obras Públicas.

—¿Y de la iglesia vieja?

—Ganas de que sea restaurada.

Desde lo alto de su montura, el conde duque velazqueño copiado por el yeclano Aguirre mira, insinúa y no dice nada.

Fulgencio MINAMO ROSE
(Enviado especial.)

La motonave «Plus Ultra», de la Transmediterránea, puesta por el Gobierno español a disposición de los peregrinos, es despedida en Ceuta por una multitud de musulmanes llegados de todos los lugares de Marruecos

A LA MECA



(De nuestro enviado especial en Africa del Norte, Ramiro Santamaría Quesada.)

CADA año, desde todos los lugares del mundo donde se profesa la religión musulmana, parten expediciones en dirección a la Arabia, el reino mítico y fabuloso del rey Ibn Saud. La proximidad del Aid el Quebir—la Pascua Grande del Islam—señala la fecha de la peregrinación a La Meca. El sueño dorado de todo buen musulmán es obtener durante su vida el título de «hach», que confiere la peregrinación a los santos lugares islámicos.

EL AID EL QUEBIR, PASCUA GRANDE DEL ISLAM

Las expediciones, tanto masculinas como femeninas, se organizan en el puerto de Yedda, frontera natural para todos aquellos no musulmanes, a los que está vedada la entrada en las ciudades santas de la Arabia. El día 7 del Dul Hich ya tiene lugar en la gran mezquita de La Meca, primera visita de los peregrinos: un acto religioso que culmina con las tradicionales vueltas a la llamada Piedra Negra, situada en una «kobba», cubierta de ricos tapices, que se encuentra en el centro del patio principal de la mezquita. Al día siguiente parten los romeros hacia Medina, donde pernoctan, tras de efectuar las preces clásicas. Al salir el sol de la jornada siguiente se dirigen al monte Arafá, lugar donde, según relatos islámicos, conoció Adán a Eva. A la puesta del sol se trasladan los peregrinos a la mezquita Almozdálifa, donde, realizadas las plegrarias del «magreb» y del «aichá», duermen hasta el «feyer» y se dirigen hacia el Machar el Haram, acampando hasta que



Las mujeres se reúnen en la llamada Puerta de Salida, en Tetuán, para despedir con sus gritos de júbilo a los peregrinos

amanece para penetrar en Medina antes de que salga el sol. Cuando brillan los primeros rayos sacrifican el cordero—recordando el sacrificio de Abraham—. Ha llegado el Aid el Quebir, la Pascua Grande del Islam...

LA PEREGRINACION, ACTO TRASCENDENTE

Antiguamente un viaje a La Meca significaba una caminata a pie o a lomo de caballerías, cuya duración era de varios meses. Desde entonces proviene la costumbre de que los peregrinos habitualmente hagan testamento antes de partir; la muerte durante el viaje no se considera como desgracia, sino como un signo de predestinación. Hoy los medios modernos de locomoción, el barco, el automóvil y el avión, redujeron en mucho tiempo el viaje y también los peligros y las fatigas de antaño.

La peregrinación a La Meca es un acto trascendental, no sólo pa-

ra los que marchan, sino también para los que se quedan. Tanto la despedida como el recibimiento, a su regreso, de los peregrinos dan lugar a una serie de fiestas populares. La esposa, hijos y parientes de los viajeros participan del orgullo de los mismos y en las casas de éstos tienen lugar veladas que congregan a los amigos. En ellas, los que ya fueron a La Meca dan consejos a los que marchan, y éstos impregnan su misticismo a los que les rodean, soñando en la vuelta, cuando el título de «hach» se anteponga a su nombre en todas las manifestaciones públicas y privadas.

A LA MECA EN «AUTO-STOP»

Mi amigo Larbi el Sussi ha ido a La Meca tres veces utilizando el «auto-top». La última fue acompañado de su mujer, el pasado año. Atravesó Marruecos, Argelia, Túnez y Egipto. En Alejandría, la generosidad de Franco le dió hospitalidad en el «Plus Ultra». Sussi y su mujer son dos ancianos de edad indefinida, como otros muchos marroquíes. Ella se quedó en La Meca, pues anhela morir en la ciudad santa. El otro día me dijo Sussi que está planeando otro viaje para el año próximo: será el cuarto. Siente la nostalgia de la cálida Arabia, hacia la cual cada día inclina por cinco veces su rostro. Pero, entre los casos que conozco, bate el récord Hach Ahmed Hanum, que ha realizado durante su vida dieciocho peregrinaciones.

EL VIAJE DEL «PLUS ULTRA»

En Marruecos, la expedición más famosa por sus facilidades y su buena organización es la que cada año, a partir del Alzamiento Nacional, organiza la Alta Comisaría. Llevar a cabo con éxito una

BAJO LA BANDERA ESPAÑOLA

QUINIENTOS PEREGRINOS MARROQUÍES LLEVAN UN MENSAJE FRATERO AL ORIENTE MEDIO

MORIR PEREGRINANDO ES UN SIGNO DE PREDESTINACION

peregrinación exige una serie de rasgos y una generosidad que hasta la fecha sólo España ha sabido llevar a cabo. Y esto se debe al cariño de Franco y de su Gobierno por el pueblo marroquí y al entusiasmo y las claras dotes de mando del Alto Comisario, teniente general García Valiño, que este año logró, a costa de muchos esfuerzos, organizar la mejor peregrinación que visitará las tierras de Ibn Saud. Peregrinación dotada de todos los elementos necesarios y en la que se aplicaron las experiencias adquiridas en pasados años.

Presididos por el subdelegado de Asuntos Indígenas, coronel Bermejo, y figurando como jefe religioso el Bajá de Tetuán, Sid Liasid Ben Taleb, quinientos marroquíes del Protectorado español y de otros lugares de Marruecos han marchado a bordo del «Plus Ultra», tras una despedida apoteósica que comenzó en Tánger, tuvo su parte más solemne y entusiasta en Ceuta y finalizó en Melilla con arraigadas muestras de cariño a España. Este año la

Delegación de Asuntos Indígenas, que, siguiendo las consignas del Alto Comisario, tuvo a su cargo los detalles del viaje, recibió de más allá de las fronteras de la Zona jafifiana muchas solicitudes de marroquíes que anhelaban una plaza en el «Plus Ultra». Peticiones que han sido atendidas con cariño, pues el afecto español por Marruecos no se detiene en distinciones cuando se trata de favorecer a un pueblo amigo fraterno.

Sin la ayuda de España, no hubieran podido realizarse estos viajes. El módico precio de los pasajes, que ninguna empresa particular podría ofrecer, permite a numerosos marroquíes humildes, sin medios de fortuna, ver convertida en realidad la ilusión de toda su vida.

UN BUQUE CON MEZQUITA Y ALMUEDANO

Adaptar los servicios de una motonave europea a las costumbres marroquíes no es empresa fácil, si se tiene en cuenta la fa-



El Alto Comisario, general García-Valiño, pronunciando unas palabras de despedida a los peregrinos

ceta especial de la idiosincrasia musulmana y las condiciones de la peregrinación a La Meca. Los marroquíes, a bordo del «Plus Ultra», no han de notar la falta de sus condiciones de vida habituales. En el buque se instaló una mezquita con el fin de que puedan efectuar sus oraciones, que serán dirigidas por un «faqih» asignado a la expedición, en la que no falta el «cadí»—juez y notario—para administrar justicia, ni el almuédano que invite al rezo desde lo más alto del puente...

El barco lleva víveres seleccionados entre los típicos de la cocina marroquí, y cocineros musulmanes guisarán según los ritos mahometanos. Han sido instaladas cocinas individuales para que los peregrinos que lo deseen preparen sus alimentos y el clásico té, que en Marruecos tiene un aroma y un sabor peculiar en cada lugar y casi en cada familia.

También disponen de un hospital de campaña dotado de una ambulancia para todo terreno y que podrá ser instalado en todas las etapas del viaje a través de la



El equipaje de un marroquí suele ser voluminoso. En él no solamente se incluyen numerosos vestidos, sino también los utensilios de hacer té y otras cosas



Los gremios y las cofradías religiosas, con sus estandartes, se congregaron en la plaza de España tetuaní para decir adiós a los expedicionarios



Uno de los matrimonios que hacen juntos el viaje hasta Yedda. Luego se separarán para seguir hasta La Meca cada uno con sus respectivas expediciones de mujeres y de hombres separadamente



Un momento del embarque de los peregrinos en el puerto de Ceuta

Arabia. A su frente figura un médico marroquí, Mehdi Ben Mohamed, becario en una Universidad española que este año terminó los estudios y es originario de la tribu de Beni Chicar. A sus órdenes figuran practicantes y enfermeras musulmanes que obtuvieron su título en la Escuela Politécnica de Tetuán.

Así es España ante Marruecos.



«¡Que se olvida el paraguas!» Un olvido importante, porque en el desierto de la Arabia el sol es abrasador durante el estío

respeto español por las tradiciones islámicas y la tolerancia de nuestro país hacia religiones ajenas a la nuestra.

«FRANCO MA INSANA IN CHA AL-LAH»

El pasado año fracasaron otras expediciones, organizadas más allá de la frontera de la Zona jafiana. Entre ellas se distinguió el escándalo organizado por los armadores del buque panameño «Corsica», que debía partir del puerto de Casablanca. A diferencia del interés y el afecto que deposita España en la organización de las peregrinaciones a La Meca, en otros lugares, por desventura para los buenos musulmanes que constituyen la gran mayoría de la población marroquí, no ocurre lo mismo.

Este año ha sido la empresa «Ali y Aluch» la que intentó, en Tánger, organizar una peregrinación. Se efectuó la propaganda del viaje, se cobraron los billetes y, cuando llegó la hora de embarcar, se suspendió el viaje porque el buque destinado a ello, una barcaza griega, no reunía las más elementales condiciones de seguridad marítima. Apenas podía dar cabida a un centenar y medio de personas y se quería embarcar a cuatrocientas cincuenta.

Los peregrinos no fueron avisados de la suspensión del viaje y se presentaron en el puerto tangerino, algunos procedentes de lejanos lugares. Transcurrió la hora prevista para la salida y ésta no se efectuó. Entristecidos, desamparados bajo un fuerte sol entre los «docks» de Tánger, vieron partir al «Plus Ultra» con su expedición, entre el entusiasmo de miles de marroquíes y la escolta de honor de numerosas embarcaciones que tocaban sus sirenas en señal de júbilo.

El disgusto entre los peregrinos fué grande, ya que el hecho encerraba una falta de respeto hacia la religión islámica, además de la burla consiguiente a los peregrinos.

Se recurrió a las autoridades españolas en súplica para que se admitiese en el «Plus Ultra» a los que fueron defraudados por unos desaprensivos. Los peregrinos, al tener conocimiento de que se había recurrido a la Alta Comisaría de Tetuán, exclamaban llenos de esperanza:

«Franco ma insana In cha Al-lah» (Franco no nos olvidará, si Dios quiere...)

Y García-Valiño concedió paseje en el «Plus Ultra» a los componentes de la fracasada peregrinación. La acogida que en Ceuta dispensaron al representante de España cientos de tangerinos que se habían desplazado en automóviles y autocares al conocer la noticia fué emocionante. Así partió el «Plus Ultra», embajador de España, entre vítores surgidos de una multitud agradecida. Vivas a España, a Franco y a García-Valiño, nombres que los marroquíes llevan en su alma con el afecto de las cosas y de los seres que son muy queridos...

¡DOMINGO,
DOMINGO ORTEGA!...

El maestro de Borox vuelve al ruedo por una inquietud metafísica



DOMINGO Ortega ha vuelto a torear! Esta noticia ha despertado vivos comentarios, curiosas reacciones, intencionados interrogantes y ha sido escoltada por toda una teoría, entre pintoresca y fabulosa, de suposiciones que van en busca de las causas del hecho, del que sólo Domingo Ortega posee el verdadero secreto, la más exacta razón.

Todo ello nos ha movido a celebrar con Domingo Ortega una entrevista, a la cual las circunstancias le han brindado la cualidad de ser celebrada cuando el diestro se encuentra ya con el pie en el estribo para reaparecer en Valencia, mientras el mozo de estoques prepara los nuevos trajes, los capotes y muletas y las espadas.

Son las seis de la tarde. Faltan sólo unas horas para el viaje hacia Valencia. Escenario, una de las salas de su residencia señorial en la avenida de la Moncloa.

GOMEZ-TABANERA.—¿Qué tal duerme después de haber tomado la decisión de volver a vestir el traje de luces?

ORTEGA.—Igual que antes. La vida sigue su curso y yo el mío.

Esto lo ha contestado rápidamente, esbozando una sonrisa ligera. A cambio de esta pronta respuesta él—sereno, discreto, responsable—da al diálogo una tónica de tempo lento, de hombre que mide sus palabras, aunque sin restarles una inteligente espontaneidad.

ALTABELLA.—¿Qué le parece la actitud de Bienvenida frente a los «cinco grandes»?

El «maestro» se encoge de hombros.

ORTEGA.—Pues no sé... En realidad no puedo responder... Desde el punto de vista personal de ambas partes, las dos tienen

razón. Comprenderán que mi posición ante esta pregunta y su contestación no puede ser otra que manifestar que se han desorbitado los hechos.

GOMEZ-TABANERA.—¿Usted cree?

ORTEGA.—Desde luego, y, además, se les ha dado un complejo casi exaltado y completamente pasional. Por otra parte existe el compañerismo, y yo no puedo faltar de ninguna manera a él.

GOMEZ-TABANERA.—Sé, amigo Ortega, que usted es leal a esos dictados del compañerismo; pero ¿y los demás?

ORTEGA.—También son leales, aunque algunas veces se olviden estos principios, como desgraciadamente ha pasado ahora... Todos los chicos que han intervenido en la polémica sobre Bienvenida y el afeitado son buenos amigos míos. Hay que reconocer que el afeitado es una falta de ética profesional...—el gesto de Domingo Ortega adquiere un tono apesadumbrado, con un cierto acento entristecido; continúa hablando:— ... Es una pena todo esto... Ahora, como salen los toros cobran un mayor tributo de sangre a la fiesta... Recordemos que en la última feria de Sevilla no hubo tarde sin que fuese un muchacho a la cama...

ALTABELLA.—La decadencia de la fiesta, ¿no ha sido uno de los principales móviles de su reintegración a los cosos?

ORTEGA.—La decadencia, en realidad, no. Podríamos decir que el materialismo de que adolece actualmente. Yo voy a la fiesta en busca de lirismo, por un puro aliento poético; a saborear la tragedia que representa, su *élan vital* bergsoniano. Desde la muerte de Lagartijo y Frascuelo, las dos

figuras cumbres que a mi modo de ver ha tenido la fiesta española, ésta ha ido disminuyendo en contenido poético, en sentido airoso, en comprensión hacia los móviles que hacen colocarse al auténtico torero frente a la fiara... Ven en el torero a un hombre que va a buscar unas pesetas, jugándose el tipo, la vida, mas no ven al poeta, al lírico, al hombre que busca una satisfacción intensa, intrínseca a su personalidad. Ya dijo un filósofo que el hombre es la medida de todas las cosas. Parafraseándolo un poco podremos decir que para el diestro nato, educado fáusticamente, el toro es su verdadera medida...



Domingo Ortega, en su época de triunfos toreros



Ortega, con los periodistas Altabella y Gómez Tabanera, fotografiados bajo el retrato que del torero hizo Zuloaga

GOMEZ-TABANERA. — Hace unos días un discípulo de Ortega y Gasset afirmaba, muy serio, que el motivo de su vuelta a los toros, amigo Ortega, obedecía a un anhelo de contemplar de cerca al toro, bajo un nuevo perspectivismo cultural adquirido por usted en estos últimos años...

ORTEGA. — Pues, en parte, sí ha influido esto también. Yo, pese a mi retiro, pudiéramos decir oficial, he toreado continuamente estos años atrás... No sólo en festivales benéficos, sino también en tentaderos y capeas. Claro es que sentir al público vigilante y ojo avizor en la plaza y torear en la soledad de las dehesas castellanas, con el solo tributo del paisaje y de algunos amigos, es absolutamente distinto. De un lado, la impaciencia; de otro, el sosiego. Qué duda cabe que en estos últimos años los problemas anejos de una interpretación de la cultura me han preocupado. Posiblemente ahora tenga una visión distinta, una perspectiva inédita ante el toro. No en vano he sentido inquietudes metafísicas acerca de un análisis de la fiesta...

Agrada en la conversación con Domingo Ortega ese reposo suyo, que ha hecho de él un mago de la torería y le presenta, al margen de la tauromaquia, como un hombre de enormes valores vitales. Es culto y sencillo y tiene esa elegante justeza de los hombres autodidactos, de los que por experiencia tienen la palabra juiciosa y reflexiva.

ALTABELLA. — ¿Cree usted en una magia personal del torero ante el toro?

Ortega vuelve a sonreír. Esto casi sería una respuesta si otra

verbal no viniese a complementar su gesto, ese gesto cordial de ancha sonrisa.

ORTEGA. — No existe una magia personal del torero ante el toro. Existe, eso sí, un dominio del hombre sobre la fiera; pero éste se adquiere con un contacto y relación con ella al cabo de largos años de bregar. Si a este dominio — conocimiento psicológico de las reacciones del bruto, predicción instantánea de cómo va a responder el toro al flamear de la muleta... — algunos quieren enlazarlo con lo maravilloso, con el arte de encantamiento y hechicería..., nosotros los toreros no podemos hacer otra cosa... Pero no, ya les digo, no creo que exista una magia personal del torero ante el toro.

GOMEZ-TABANERA. — Y, personalizando, ¿en qué consiste el secreto de su dominio sobre la bestia?

ORTEGA. — Mi dominio sobre la fiera, si es que, en definitiva, existe, no pasa de ser, como acabo de decir, sino una comprensión del instinto del toro ante la incitación externa... En realidad, los toreros no, sabemos torear... Salimos a hacer una cosa como Dios nos lo da a entender...

GOMEZ-TABANERA. — ¿Es usted supersticioso, Ortega?

ORTEGA. — ¿Quién no lo es?... Existe una acumulación de prejuicios adquiridos instintivamente en la marcha de la civilización que lindan entre el temor y la angustia. El torero no es indiferente a este clima. Eso es todo...

ALTABELLA. — Se ha dicho por ahí que Balañá tenía mucha parte en su retorno. ¿Es verdad?

ORTEGA. — Pueden decir lo que quieran. Yo les aseguro que nadie ha influido en mi decisión de volver al toreo. Es un imperativo personal y de mi propia voluntad...

GOMEZ-TABANERA. — ¿Qué nos dice usted de todo eso de la «manicura» y del «drogado» de los toros?

ORTEGA. — Son bulos y fantasías de la gente, que ya no sabe qué decir...

ALTABELLA. — ¿Cree usted en una evolución de la conducta de la mujer ante los toros desde su época a la nuestra?

ORTEGA. — Desde luego. La mujer se ha ido incorporando a todos los ambientes, no sólo de la vida social, sino también de la vida profesional. La mujer ahora siente una mayor afición. En los toros tiene ahora una mayor expansión... Antes estaba más cohibida y gritaba menos...

GOMEZ-TABANERA. — ¿Cuántas corridas tiene contratadas?

ORTEGA. — Hasta ahora, diez. Claro que no sé si habrá más o lo dejaré a la segunda... No he hecho ningún plan definitivo.

GOMEZ-TABANERA. — ¿Quién le apodera?

ORTEGA. — Domingo González Lucas, *Dominguín*.

ALTABELLA. — ¿Honorarios que percibirá usted?

ORTEGA. — No he hablado de eso... No lo sé. Es una cosa que no me preocupa. Lo lleva personalmente mi apoderado.

GOMEZ-TABANERA. — ¿Ha vuelto a los toros por dinero?

ORTEGA. — No. Ya les he dicho por qué he vuelto. Si la gente cree que he vuelto por dinero, que lo crea...

GOMEZ-TABANERA. — ¿Tiene usted mucho?

ORTEGA. — Nunca está demás tenerlo en abundancia. Pero todo esto del dinero es muy relativo. Depende que se compare uno con Rockefeller o March, o, por el contrario, que se compare uno con su jardinero... De cualquier modo, y tratando de aclararlo todo, les diré que a nadie le amarga un dulce...

ALTABELLA. — ¿Podría darnos alguna impresión suya de la fiesta?

ORTEGA. — Concréteme más, por favor.

ALTABELLA. — ¿Cree usted, por ejemplo, que el toreo es un arte?

ORTEGA. — Estoy dispuesto a admitir que no sea un arte; pero si lo es, es el más fuerte, el más auténtico, ya que el toreo posee un elemento de personalidad activa que no poseen las demás artes; un elemento vivo, que es el toro. Al arte que más podríamos compararlo es a ese arte ancestral que culmina en la antigüedad con el nacimiento de la tragedia helénica.

GOMEZ-TABANERA. — ¿Añora la gloria y los aplausos quizá?

ORTEGA. — Pues no. La gloria se tiene y se mantiene. Por otra parte, las palmas y aplausos de una buena tarde son tan dignos de análisis como las reacciones del público cuando le chilla a uno...

Ortega sonríe sentado bajo el cuadro que le hizo otro gran maestro: Zuloaga.

El mozo de estoques inicia una entrada y se detiene. Vendrá a decir que todo está ya a punto. Nos despedimos. ¡Suerte, maestro! ¡Mucha suerte!

Para cerrar esta entrevista, que recoge los perfiles de un «minuto estelar» en la vida de Domingo Ortega, el minuto en que el «maestro» salta por encima de su sombra y se enfrenta otra vez con los toros, con su leyenda y con el público, hemos vuelto a su casa después de las dos primeras corridas: la de Valencia y la del Puerto de Santa María.

Ortega, ahora, no tiene apenas tiempo para la charla. Está ya metido de lleno en el planeta de los toros: el apoderado. las empresas, las nuevas ofertas, el teléfono...

No hay tiempo para hablar. O, por lo menos, para hablar tranquilamente y sin prisas. Está contento de su éxito en Valencia. El tropiezo del Puerto fué culpa del ganado. Y entre la cara y la cruz de las dos corridas, los dos polos entre los que vive siempre el torero y entre los que salta siempre la chispa del arte.

Domingo Ortega se dispone a contrastar su nueva juventud torera con la antigua juventud del Ortega que inspiró el pasodoble y creó la leyenda.

EXEGESIS SOBRE LA SISTEMÁTICA POLITICA

Por Francisco CASARES

NEUVAS, trascendentales creaciones se han ido incorporando en el decurso de estos últimos años en materia social. Acaso, como sucede con todas las obras humanas, no lo percibimos en toda su exacta magnitud en tanto que el proceso se gesta y desarrolla. Es la inexcusable consecuencia de la familiarización con los hechos. Pero hay un modo de medir la importancia de la evolución. Y es tomar en consideración y estudio los dos puntos más apartados de la trayectoria realizada: desde antes de iniciarse la empresa reformadora hasta el momento actual, sin olvidar que éste no es aún el de las definitivas culminaciones.

Para decidir el cambio se hacían precisos dos elementos: la voluntad y el sistema. La primera, ausente a lo largo de lustros y de regímenes, estaba en la esencia misma del Movimiento Nacional, por cuanto éste aceptaba los principios programáticos de la Falange, que absorbieron previamente mucha parte de la doctrina jonsista. El segundo, con rigurosa aplicación de las mismas ideas, con la necesaria adaptación a lo que el croquis sucesivo de realidades ha ido imponiendo, es el régimen de sindicación nacional. Con una y otro se ha podido llegar a la sazón actual, que cumple fielmente su primordial objetivo: la seguridad social. Como en España ha prevalecido siempre la paradoja, se dió en los tiempos anteriores a la Cruzada el curioso fenómeno de que las clases llamadas conservadoras sintieron más sinceramente la preocupación de crear esa seguridad. Los escasos cimientos aprovechables de una legislación y unas obras anteriores a lo que se ha construido, de nueva planta en los más altos porcentajes, desde 1936 a nuestros días, tenía ese signo de conservadurismo. Por lo menos en lo que nos enseñaban—y ahora nos pueden decir con sentido histórico—las antiguas y arrumbadas nomenclaturas. Y, por el contrario, fueron los periodos o regímenes con apodo de liberalismo los que más alejados estuvieron de toda inquietud verdadera por la seguridad en el terreno social. ¿No es suficiente testimonio para el aserto, confirmación rotunda del contraste, lo que hizo y lo que dejó de hacer en ese aspecto la república? Jamás estuvo tan postergado todo sentido de auténtica protección para las llamadas clases trabajadoras. Nunca tuvo tan alarmantes proporciones el paro obrero. En ningún pasaje de la vida española el hambre se enseñoreó tan brutalmente de los hogares de los que producían. Claro que nadie que haya vigilado con serenidad y atención el curso de aquella etapa social y política puede prescindir del dictamen de que el método era absolutamente preconcebido. La huelga, estimulada desde el Poder, tuvo en la mayor parte de sus manifestaciones un evidente signo: el político. Y la privación, la premeditada desesperación de las masas obreras, formaban parte—y sustancial—de los propósitos de quienes dirigían simultáneamente la vida nacional y el obrerismo, más que encajado, encarcelado en los viejos casilleros societarios.

Se han manejado—en constante peloteo de unos a otros para la acción ofensiva y para el proselitismo—tópicos que no han tenido efectiva revisión hasta nuestro Movimiento. Uno de ellos, tan vapuleado que llegó maltrecho a la hora cumbre de la histórica evolución española, fué el de la justicia social. Ni se sabía, ni se quería, en rigor, saber lo que entrañaba. Pero se manejó con asaz contumacia el término contrario: el de la injusticia. Y ella, siempre atribuida a un solo sector, a una zona social concreta, como si sólo de ella proviniese el desequilibrio. La expresión «privilegio» rodaba de boca en boca y reclamaba ineludible alojamiento en todo ensayo de especulación sobre las realidades políticas. Pero ¿se hacía algo serio para corregirlo? Las pruebas están ahí, no serían lejanas en el tiempo como para que sea preciso exhumarlas con dilatada explicación.

El Estado ha comprendido que la creación y el mantenimiento de las normas y los cauces para

la seguridad social constituyen un postulado inabandonable. Y ha fundado el sistema que de modo más eficaz podía ser instrumento de las realizaciones. Estaba en la esencia del régimen que procreara la lucha en las tierras de España para sacudir el yugo marxista, que era precisamente lo contrario: el perpetuar de la inseguridad, la perdurabilidad sin remedio—porque era factor integrante de su programa—de la injusticia. Cuando no la hubiera, el recurso más interesante y preferido caía por su base: la lucha de clases. El sistema implantado es justamente la supresión de los motivos que la inspiraban. Y al suprimirse las causas es lógico que desaparezcan los efectos. Los escépticos y los resentidos grufien aún, no se sabe si por nostalgia o por imposible acceso a las verdades, aun teniéndolas encima, que la discordia se mantendrá, que la lucha está apaciguada, pero no vencida. Puede ser que en los sectores humanos que estuvieron integrados en otras organizaciones esté latente un virus de animosidades y rencores. Por inercia, por espejismo y por la fuerza con que se arraigaron las falsas doctrinas.

Dos pilares fundamentales sostienen el edificio: la sindicación vertical y el régimen de seguros. A través de la primera se reemplazó la antigua estructura de departamentos estancos, de trincheras enfrentadas y de inextinción de las hogueras del odio y las diferencias. Porque los intereses, al ayuntarse se hacen comunes. Y la hostilidad y la resistencia no tienen sitio en las orientaciones presentes. La armonía de lo social y lo económico es el eficiente procedimiento de borrar los pasados efectos de un divorcio que pareciera incorregible. No hay posibilidad de una acción social ambiciosa, llevada hasta los últimos límites de la posibilidad creadora si no se cohonestan con un sistema económico. Son vasos comunicantes que se necesitan mutuamente y de cuyo engranaje bien articulado y en funcionamiento armónico depende la consecución de los propósitos que inspiran los programas que después de nuestra querrela civil se inauguraron. Con la actuación de los Sindicatos, la puesta en marcha de todo el aparato social que asegura un vivir mejor para los trabajadores. La mayor parte de los censos humanos de todos los países está formada por los que han de poner en juego sus músculos o sus mentes en trabajo asalariado. Un solo procedimiento viable existe para que esa masa desaloje el desaliento: el seguro social. Lo que no cubre directamente el salario, lo viene a garantizar la prestación que complementa. El que los que la nueva lexicografía del trabajo ha calificado de «económicamente débiles» perciban una asistencia efectiva que les aparta el fantasma de las privaciones, que les ofrece remedio científico en sus enfermedades y compensación material en los fallos de los recursos dimanados de su ejercicio profesional, es uno de los factores de más importancia para que se eliminen las propensiones a la reacción envenenada, que sádica y tenazmente cultivaran los sindicatos del marxismo.

Contamos, pues, con la norma, que es proyección de la doctrina. Y con el sistema, que es la máquina actuante que ha de producir los esperados rendimientos. Todo ello por obediencia a la característica esencial a los empeños definidores. Una acción social que avanza, que no se manifiesta nunca satisfecha ni admite la idea de haber arribado a las metas definitivas. Una estructura hermanada, paralela, en el terreno económico. Y una unidad de mandos y de criterios para que todas las empresas y acometimientos se desenvuelvan con perfecto sentido de cohesión. La unidad moral y política propugnada por el Caudillo para los españoles y para los rumbos de futuro, la consigna que aprenden y que quieren las nuevas generaciones, aplicada fielmente a los grandes problemas de trabajo. Esta es la orientación. Norma y sistema en ayuntamiento inseparable.

HISTORIA EN TRES GENERACIONES DE JOSE FIGUERAS, PRESIDENTE DE COSTA RICA



De izquierda a derecha: El nuevo Presidente de Costa Rica, don Marcial Rodríguez, y el Presidente de la Asamblea Legislativa, don José Figueras Ferrer; el presidente saliente, don Uutilio Ulate. La fotografía fué obtenida en el acto de proclamación del nuevo Presidente. El señor Figueras se hará cargo del Poder el día 8 de noviembre próximo

Los abuelos, maestros de escuela en los Pirineos, y el padre, médico y emigrante

EL día 26 de julio del pasado año, después de una campaña electoral movida, como es costumbre en los países americanos, subía al Poder en Costa Rica don José Figueras Ferrer, líder del partido de Liberación Nacional, llamado también «Figuerista».

Pocas cosas sabíamos de la vida privada de este hombre, aparte sus ideas anticomunistas y su larga lucha política contra el partido de izquierdas, capitaneado por los neocomunistas Calderón Guardia y Teodoro Picado, lucha que le valió dos años de destierro. Pero ignorábamos su origen español de reciente generación, hasta el punto de que sus padres son dos auténticos catalanes, de la provincia de Lérida él y de Barcelona ella.

UNOS MAESTROS EN 1870

La aventura empieza en Os de Balaguer, un pueblo perdido en la provincia de Lérida, al pie de los Pirineos. El 22 de noviembre de 1870 don José Figueras Casanovas, abuelo del futuro presidente de Costa Rica, tomaba posesión del cargo de maestro de la localidad, ganado en oposición, y el 24 de diciembre del mismo año su esposa, doña María Forgas Solsona, ocupaba, por idéntico trámite, el puesto de maestra.

Os de Balaguer es un pueblo tranquilo, donde los hombres envejecen como las casas, y muchos son los ancianos que fueron dis-

cípulos de los abuelos del Presidente Figueras y nos hablan de sus virtudes. Al parecer, el matrimonio de maestros tenía un carácter patriarcal y una vocación decidida por su trabajo. Enseñaban a los niños con las teorías y con el ejemplo, logrando así ganar la batalla al analfabetismo y crear gentes sencillas y buenas, de esas que tanto abundan en las aldeas españolas. El matrimonio Figueras practicaba con gran sentido cristiano la caridad y tuvo ocho hijos, por lo cual esas gentes humildes no llegaron nunca a prosperar. Vivieron sirviendo a los demás y haciendo esfuerzos sobrehumanos para poder dar a cada uno de sus hijos una educación superior a la que habían recibido ellos. Esa fué toda la epopeya de su vida. El 5 de febrero de 1887 doña María Forgues fallecía en Os de Balaguer, y su marido, tras permanecer dos años más en la aldea, fué destinado a Poble de Claramunt, en la provincia de Barcelona, y más tarde sus huellas se perdieron en la provincia de Tarragona. Fué un hombre que vivió y aprendió los fenómenos de la vida para poder explicárselos a los demás, sin que su saber le permitiera jamás abandonar la órbita de la aldea y de la provincia.

EL MEDICO EMIGRANTE

Sus hijos se dispersaron por Cataluña, cada uno en pos de su vocación. Algunos murieron, como



Esta es la casa donde nació, en Os de Balaguer (Lérida), don Mariano Figueras Forges, padre del Presidente electo de Costa Rica

ocurre siempre entre familias numerosas, pero otros debían alcanzar las más altas cimas de la popularidad. Tal fué el caso de Mariano José Figueras Forges, padre del futuro Presidente de Costa Rica.

Mariano José pasó el bachillerato en Igualada y luego estudió Medicina en la Universidad de Barcelona, donde ejerció de médico durante tres años. Allí conoció a la señorita Francisca Ferrer, barcelonesa, la cual más tarde debía convertirse en su esposa.

Había empezado el año 1906 y en Barcelona comenzaba la gran industrialización. Las gentes formaban corros por las calles para hablar de negocios y parecía que todos tuviesen una misma idea en la cabeza, fija como una obsesión: enriquecerse. Algunos

marchaban a América para realizar más rápidamente fortuna y luego escribían a sus familiares largas cartas, refiriéndoles con todo lujo de detalles lo fácil que era ser millonario allí. En Barcelona, la competencia médica era enorme, y un día el matrimonio Figueras decidió preparar sus maletas y partir hacia América. Costa Rica acaparaba entonces el centro de interés; los españoles llegaban allí por millares todos los días y montaban inmediatamente negocios de exportación. La población de la isla crecía y era indudable que faltaban médicos que tomaran el pulso a tanta gente que padecía la fiebre del dinero.

EL 1907 NACE UN PRESIDENTE

El matrimonio embarcó un día en el puerto de Barcelona y, tras un largo viaje, desembarcaron en aquel país extraño, donde un día debían ser las más altas figuras de la sociedad.

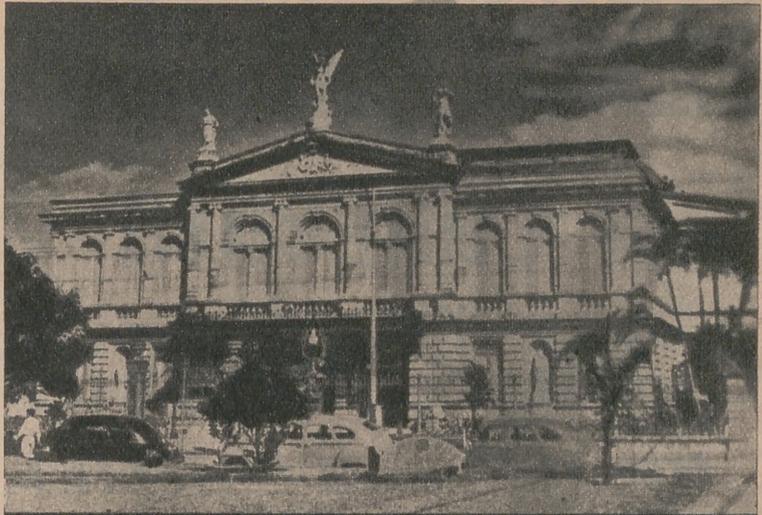
Un año más tarde, en 1907, nació el actual Presidente, José Figueras Ferrer, primero de los cuatro hijos que tuvo el matrimonio. Su hermano Antonio se dedicó al cuidado de los asuntos financieros de la familia, ya que los señores Figueras tuvieron suerte, y sus dos hermanas, Luisita y Carmen, se casaron con hombres de buena posición en el país.

LOS VIAJES DE DON MARIANO

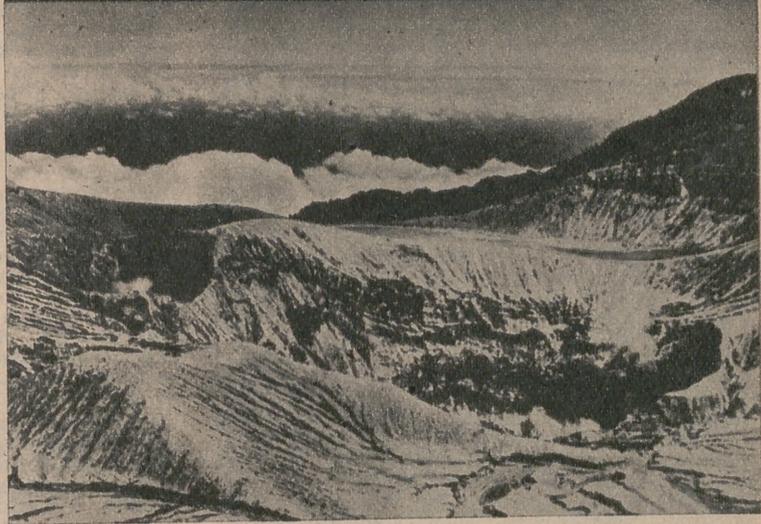
En el año 1929 el padre del Presidente Figueras realizó un viaje a España, representando a Costa Rica en la Exposición Internacional de Barcelona. Se había nacionalizado ya en el país, conquistando una posición importante en la política nacional. El verano de 1949, pasados veinte años, don Mariano realizó un segundo viaje a Barcelona, un viaje de inspiración sentimental. Estuvo tres meses en Barcelona, recordando su época de luchas, cuando había que llegar hasta el heroísmo para salir del anonimato; entonces era ya una figura y quiso sostener el incógnito porque había heredado de su padre un carácter sencillo y no amaba la publicidad. Por aquel tiempo, su hijo acaudillaba ya un partido político y su padre refirió a sus familiares las incidencias de la lucha por el Poder, mostrando con orgullo una cicatriz de una herida recibida en una pelea sostenida al lado de su hijo. Don José Figueras tenía que venir en esa época a visitar España, pero los acontecimientos políticos en su país se lo impidieron y el proyecto tuvo que aplazarse indefinidamente, no obstante el deseo de conocer el país de sus padres y de sus abuelos.

INGENIERO AGRÓNOMO, CASADO Y ANTICOMUNISTA

Don José Figueras, nieto de unos maestros de aldea, estudió

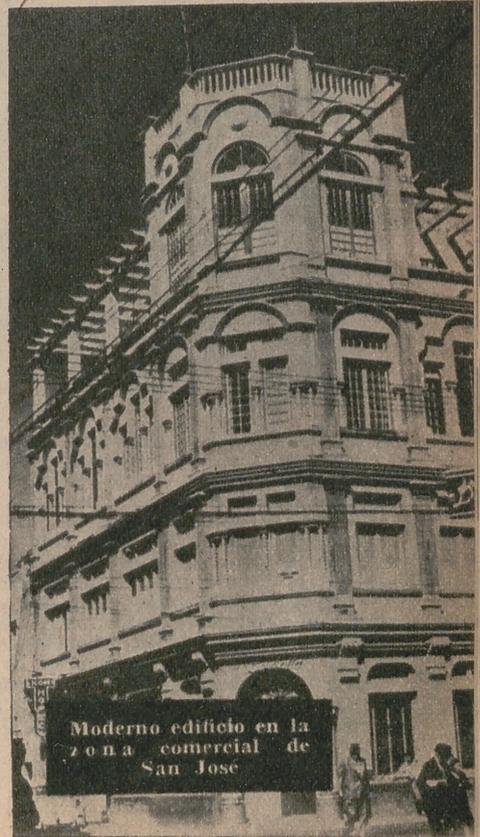


Arriba: Teatro Nacional de Costa Rica, construido por el Gobierno en el año 1897. Abajo: Una vista del volcán Irazú. A este cráter puede llegarse por una pintoresca carretera pavimentada



la carrera de ingeniero agrónomo en los Estados Unidos y se casó con una muchacha norteamericana, de la cual tiene dos hijos. Desde muy joven sintió inquietudes políticas, y a medida que los años pasaron Figueras fué ganando prestigio entre las gentes afines a él. En 1948 acaudilló la revolución costarricense y la Junta de Gobierno que presidió declaró ilegal al partido comunista, que, con el nombre de Vanguardia Popular, dirigía el agente soviético Manuel Mora Valverde. Las elecciones celebradas el año pasado le dieron definitivamente el Poder, alcanzando una aplastante victoria sobre el partido democrático, dirigido por Fernando Castro Cervantes.

El partido triunfante es anticomunista, de ideas sociales avanzadas, compuesto en su mayoría de elementos jóvenes que participaron en la anterior revolución acaudillada por Figueras. Cuando el nuevo Presidente conoció el resultado electoral, se retiró a una capilla y dió gracias a Dios, pidiendo al mismo tiempo que le iluminara en la tarea de conducir a su pueblo.



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

Las cuarenta y ocho Américas

Por Raymond CARTIER

RAYMOND Cartier ha publicado recientemente un apretado volumen que titula «Las cuarenta y ocho Américas». Es muy posible que éste haya sido uno de esos títulos cuya aparición en la mente del escritor provocan de manera ineludible la paternidad de la obra. Pero la originalidad y aun el acierto de Raymond Cartier al escribir su libro bajo el conjuro de esa titulación radica precisamente en que, si bien toma como punto de partida esa cifra real, representación numérica de la estructura político-administrativa norteamericana, no reitera demasadamente la aridez de esos valores, sino que los sabe conjugar en un agradable intercalado con el estudio de esos otros problemas que presentan la paradoja de ser peculiares de un Estado concreto a la vez que comunes a todos los demás Estados, y que son a veces novísimos, de reciente aparición, como hijos de la actualidad progresiva; y, por otra parte, las inmemoriales inquietudes de los pueblos, de las civilizaciones, vigentes en todas las edades, como un legado histórico y telúrico irrenunciable para el hombre. Se trata, pues, de los problemas morales, raciales, económicos, sociales, etc.

El libro de Raymond Cartier estudia los puntos que más arriba hemos señalado con el propósito de iluminar, para un mayor conocimiento, el complicado mosaico constituido por los Estados Unidos de Norteamérica. Raymond Cartier consigue de manera indudable el éxito al proyectar sobre los cuarenta y ocho Estados de la Unión la luz clara y multicolor de su pensamiento.

El libro que hoy nos ocupa está dividido en veintitrés capítulos, estando comprendido en cada uno de ellos el estudio de varios Estados de la Unión. Como sería propósito irrealizable el tratar de comprimir las cuatrocientas treinta y seis páginas de que consta el libro en el breve espacio de unos folios, haremos referencia únicamente a aquellos capítulos en los que la importancia de los Estados que estudian hagan más aconsejable la atención de todos.

DE todos los Estados de la Unión, el más grande es doscientas veinte veces mayor que el más pequeño. Así como el más poblado tiene ciento cinco veces más habitantes que el menos poblado. El más frío llega a sufrir una temperatura de cincuenta grados centígrados bajo cero y el más caluroso hace subir el termómetro hasta los cincuenta grados sobre cero. El más seco no recoge mucha más agua que el Sáhara... El más antiguamente colonizado tenía casas en tiempos de Carlos IX, mientras que el más reciente no las tenía todavía en la época de Luis Felipe I. El más agrícola recoge más cereales que Francia, mientras que el más industrial produce el solo mucho más acero que la U. R. S. S.

EL ESPAÑOL.—Pág. 58

RAYMOND CARTIER

LES
48
AMÉRIQUES



PLON

El contorno de cada uno de los cuarenta y ocho Estados da lugar a otras tantas figuras geométricas, unas regulares y otras de complicados trazos. Al pasar de un Estado a otro no se exige formalidad alguna; solamente se hace notar el cambio por los signos convencionales. En el orden moral y social es posible encontrar posiciones opuestas de unos Estados a otros: mientras en unos se autoriza el divorcio o se permite la bebida y el juego, en otros se impide o se castiga, respectivamente. En seis de los Estados no se admite la pena de muerte, y en los cuarenta y dos que la admiten suelen ejecutarla por procedimientos distintos: electrocución, cámara de gas, etc. Por lo que se refiere a las instituciones económicas, está muy lejos de ser uniformes en los cuarenta y ocho Estados: en tanto que unos propugnan un socialismo del Estado, otros permanecen fieles a la ortodoxia capitalista. El sistema de impuestos es también diferente. Cada uno de ellos determina la edad electoral, así como la edad en que se pueden contraer nupcias; de igual manera determinan los requisitos necesarios para casarse y para votar. Sin embargo, de estas originalidades acumuladas nace un verdadero patriotismo.

Y esa colmena de Estados nació de trece células iniciales, que fueron las trece colonias británicas anteriores a 1776. Es curioso observar que, con sus grandes diferencias y su diversidad de pueblos, los «Cuarenta y Ocho» se hayan dado estructuras políticas similares: gobernador, secretarios; un Congreso en miniatura, compuesto de un Senado y una Cámara (caso de monacomerismo). Aparentemente, la soberanía existe. Pero el hecho es que toda la historia política americana refleja un desmantelamiento progresivo de los Estados y una marcha continua del federalismo hacia la centralización. Aunque se produzcan reacciones periódicas, la evolución es irresistible. Detrás de esa fachada puramente aparental, los Estados Unidos de la América del Norte van perdiendo poco a poco sus atribuciones en provecho de una burocracia federalista y tentacular. Mientras ellos se debilitan, Washington se fortalece. Los Estados son nada más que una supervivencia y un arcaísmo; constituyen el marco real y concreto de América. Han superpuesto su variedad humana a su inmensa variedad natural. Si los Estados Unidos han declinado administrativamente, no han declinado en cuanto significan por la originalidad que cada uno de ellos aporta dentro de su semejanza. América se compone de cuarenta y ocho Estados de espíritu y de cuarenta y ocho paisajes políticos diferentes.

Debemos hacer notar aquí que el libro de Raymond Cartier, según se habrá visto por el fragmento que llevamos resumido, toma como puntos clave de su exposición los fundamentos de la más moderna investigación geopolítica: así, el clima, la configuración del terreno, las riquezas naturales, etc., etc.

CALIFORNIA

Cartier inicia su estudio con esta parte de la Unión. Recoge la fecha de 1806, en que Nicolás Petrovitch Rezanov, a la sazón consejero privado

del Zar, franqueó Golden Gate a bordo de la nave «Junon» con un cargamento de pieles. Establecida Rusia en Alaska, hizo todo lo posible por descender a las tierras calientes, para cuyo fin se ordenó a Rezanov se situara en las costas del Pacífico, en poder de los españoles. Rezanov encontró el país magnífico. Russian Hill es una colina de San Francisco, nombre que recuerda una historia de amor entre Rezanov y una española llamada Concha Arguelle y Morreaga.

California tiene un proceso vital muy sencillo. Quizá sea esa misma sencillez la causa primordial de su notable progreso y su actual importancia. Desde que en 1842 un hombre, llamado Mashall, encontró en el río Sacramento la primera pepita de oro hasta llegar al fundador de la Banca de América, al esforzado italiano, hijo de albañil, Amadeo P. Ghaninni, iniciador del moderno sistema de crédito personal bancario, con cuyo método rescató de la más absoluta miseria a las familias damnificadas por la catástrofe de San Francisco, California llegó a ser como el espejo de América: sus tierras se fueron colonizando, su industria comenzó a prosperar y su nivel medio ha llegado a alcanzar la cifra de 1.665 dólares. Con cuatro millones y medio menos de habitantes que el Estado de Nueva York, California tiene medio millón de automóviles sobrantes. La ciudad de Los Angeles posee tantos coches de turismo como Francia: 1.543.647. Su tráfico aéreo no es menos prodigioso.

Roma no tiene más que siete colinas; San Francisco tiene veintinueve. Pero San Francisco tuvo una rival: Los Angeles. La superficie municipal de Los Angeles es la mitad de Luxemburgo. Hollywood es una barriada de Los Angeles. Esta última es la más artificial de las ciudades, el más vasto oasis de la tierra; su nacimiento se debe en realidad a la agitación moderna y a la publicidad. Fué fundada, en 1781, por dos monjes españoles; le llamaron «El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Angeles de Porciúncula».

Hollywood no fué ni fundada ni bautizada por los cineastas. Su nombre proviene de la imaginación, algo poética, de una dama: Dauida Martell Wilcox, que se estableció allí a principios de siglo, fundando una secta mitad puritana, mitad ocultista. Mistress Wilcox dió, junto con la primera regla a su pequeña fundación (la abstinencia del alcohol), el nombre de Nueva Jerusalén, nombre que el cine jamás ha querido recordar. El cine se instala en Hollywood porque allí encuentra una granja abandonada, en 1911, el productor debutante David Harsley, por lo que puede rodar económicamente su primer «film». En 1951, Hollywood ha vendido 4.500.000 metros de celuloide a Inglaterra, 3.500.000 a Alemania occidental, tres millones a Francia y cerca de tres millones a Italia. Es curioso hacer notar que el valor material de todas estas películas no llega a un millón de dólares y que los beneficios de Hollywood fueron: con Inglaterra, 38 millones; con Alemania, 35 millones; con Francia, 30 millones; y con Italia, más de 80 millones; para el resto del mundo, unos 100 millones de dólares.

WASHINGTON-OREGON

Para los geólogos no se trata de un río joven. Nace de una viejísima región lacustre del Canadá,

deslizándose a través de las montañas primogénitas de los Alpes y de los Pirineos. Sin embargo, para la Humanidad la Columbia River es el más reciente de los cursos de agua del mundo. La Columbia River es ahora un manantial de plutonio, ingrediente, como se sabe, de la bomba atómica. Está llamado a producir más energía que todas las turbinas de Francia juntas.

El Estado de Washington fué siempre confluencia de razas y tan abigarrado como Nueva York. Los chinos, los japoneses y los filipinos le han dado cierta calidad asiática. Washington es, en consecuencia, una combinación de campeones de «basket-ball» y, en gran proporción, de Walkyrias esculturales y vertiginosas, por la presencia del elemento escandinavo.

TEXAS

Texas ocupa la totalidad de América del Norte, a excepción de una pequeña fracción que deja a Méjico, a los Estados Unidos y al Canadá. Cuando un tejano va a Chicago o a San Luis, dice: «Voy a los Estados Unidos.» También suelen decir: «Ellos tienen Estados; nosotros tenemos un Imperio.» Ello es verdad, en cuanto que Texas tiene la doceava parte de los Estados Unidos. Francia, que es el país más vasto de Europa occidental, mide 212.659 millas, en tanto que Texas tiene una extensión de 267.339.

ILLINOIS-INDIANA

Es una controversia saber si se debe descubrir Chicago por avión o por ferrocarril. El avión da el espectáculo, pero el ferrocarril da la explicación. Entran en Chicago más trenes en veinticuatro horas que en tres días en cualquier otra ciudad de importancia europea.

El ferrocarril americano fué algo tardío, y conserva todavía una poesía y una significación como no puede hallarse equivalente en Europa. La lucha contra la distancia fué, después del origen, una obsesión nacional que se incorporó a la historia de los Estados Unidos con un pintoresquismo incomparable. La fiebre por los canales caracteriza el principio del siglo XIX, y la construcción del canal de Erie, primera unión del Atlántico y los grandes lagos, es considerada, con justa razón, por los historiadores americanos como un acontecimiento más memorable que una batalla o un tratado de paz. La importancia política de Chicago deriva de su posición central.

Gran parte de los acontecimientos políticos de los Estados Unidos tienen su origen y su solución en Chicago. Por otra parte, la historia propia de la ciudad es tan brutal como prodigiosa. La existencia de los «gangsters» en Chicago le da una nota lamentablemente característica. Aun subsisten grandes sindicatos de ilegalidad. Actualmente son una supervivencia de la banda de Al Capone... Sus jefes y miembros, italianos. Pero el imperio americano del crimen tiene su residencia en Sicilia; su emperador, en la persona del bandido siciliano expulsado de los Estados Unidos, Charles («Lucky») Luciano. La organización, oficialmente designada con el nombre de Unión Siciliana, es más conocida por Mafia. Domina los diferentes sindicatos, arbitra sus querrelas, delimita su campo de acción y percibe sus honorarios en forma de participación en los beneficios. Luciano es el más importante «gangster» de la época postcaponiana; fué arrestado un poco antes de la guerra por Thomas Dewey y perdonado por el mismo, posteriormente, gobernador de Nueva York, bajo la condición de que abandonaría el país.

Puede añadirse que el libro de Raymond Cartier «Las cuarenta y ocho Américas» es la historia de una gran anécdota, la anécdota de un pueblo joven que, a impulsos de su sangre nueva sobre una nueva tierra, ha venido a marcar, sin rancios perfumes clasicistas, el nuevo signo de una época, de una edad apenas estrenada.

El libro de Cartier resulta ser en ocasiones como un curiosísimo libro de viajes; viajes explicados con una honda percepción del acontecer de esas tierras, y no contado como un viajero más, como un viajero que pasa, aceleradamente, perseguido por su propio tiempo. Raymond Cartier ahonda con la tenacidad de una inquietud intelectual en el alma de las gentes, en el ambiente inaprehensible de las ciudades y en el misterio de las tierras dilatadas.

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA
CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID

LOS "5 GRANDES" DE LA MODA

(Asunción Bastida, Pedro Rodríguez, Francisco Beleta, Manolo Pertegaz y Santa Eulalia) hablan para "El Español"

Los modistas españoles, contra la falda corta

Compradores americanos y representantes de la Prensa mundial (exceptuando a Francia e Italia) acuden a Barcelona para asistir al desfile de modelos

LOS días 5, 6 y 7 de agosto se ha celebrado en Barcelona el tercer festival dedicado como los dos anteriores, exclusivamente a los profesionales de la moda extranjera, venidos para comprar los modelos que reproducirán y exhibirán el próximo otoño en sus respectivas casas. Los asistentes a estos desfiles pertenecen a las casas de costura americanas, acompañados de los representantes de la Prensa mundial, exceptuando a Francia e Italia, que a pesar del éxito de estos certámenes siguen haciendo el juego del avestruz.

Los compradores norteamericanos como Eaton, con una cadena de más de dieciocho almacenes en Canadá y Estados Unidos, y Russeks, cuyo éxito del año se lo han proporcionado las colecciones compradas aquí la pasada temporada, reproducirán los modelos adquiridos hasta cien y doscientas veces, para distribuirlos por todo América. Añádase a esto que junto al modelo adquieren en España la tela para su confección, y demás complementos del conjunto, y se tendrá una idea aproximada de la importancia de estos festivales para la economía española.

El precio de los modelos, un cincuenta por ciento más barato que en el mercado francés o italiano, su calidad y «chic», a la altura de éstos, son causa de una afluencia cada vez mayor de «couturiers» a nuestros salones.

UN CIERRE QUE FUE APERTURA

El auge de la moda española comienza en el año 1941. Coincidiendo con la ocupación de París por los alemanes, se lanzan en nuestra Patria las creaciones de los que luego iban a constituir los «cinco grandes»: Asunción Bastida, Dique Flotante, Pertegaz, Rodríguez y Santa Eulalia. Después, el cierre de nues-

tra frontera con Francia, decretada por el Gobierno del vecino país, vino a dar un nuevo impulso a nuestra casi desconocida moda. Los tres años que permanecieron incomunicadas las dos naciones fueron decisivos para la moda española.

España aparecía una vez más haciendo de su genio improvisador una obra definitiva.

EL PRIMER FESTIVAL DE LA MODA EN 1952

A petición de varios compradores norteamericanos se celebró en Madrid hace un año el «Primer Festival de la Moda española». Tomaron parte los «cinco grandes» y se exhibió con quince días de anticipación a la fecha en que lo hacen los modistos parisinos. Este Festival tuvo lugar durante los primeros días de agosto de 1952. Económicamente no dió gran resultado pero constituyó un gran éxito artístico.

Nos entrevistamos con don Segismundo Anta, secretario de la Cooperativa de Alta Costura.

—¿Cuántos compradores norteamericanos asistieron al Primer Festival de la Moda?

—Cinco casas profesionales. Al segundo, celebrado este enero pasado, ya fueron doce y numerosos enviados especiales de «Modas Monitor», «Vogue», «Life», «Harper's», «Bazaar», etc.

—¿Dónde se celebró este segundo Festival?

—En Barcelona. Constituyó un verdadero éxito; a él cooperó el Ayuntamiento, la Diputación, el Colegio de Arte de la Seda, los fabricantes laneros de fantasía y la firma Goesch, exportadora de los modelos en estos festivales. En conjunto costó 140.000 pesetas, que con la Cooperativa de Alta Costura pagaron las firmas antedichas.

—¿Puede constituir, para la economía española, una importante fuente de ingresos?



Desfile de modelos durante el II Festival de la Moda Española

—Indiscutible. Puede ser un importante manantial de divisas. En Francia, así lo han comprendido y le dispensan la máxima protección oficial.

—¿Quién es el modista que puede considerarse en Francia como el primero?

—Balenciaga. Es sin discusión el número uno de los modistas. Tiene tres casas: Madrid, París y San Sebastián, en esta última fue donde empezó.

—Y de los «cinco grandes», ¿quién es el mejor?

—Pregunta capciosa. No puedo contestarla, pues podría ser causa de desunión en nuestra Cooperativa.

PIRATERIA Y ESPIONAJE EN LA MODA

El éxito de una colección estriba, en gran parte, en el secreto con que se guardan las novedades a lanzar. Por este secreto se vuelcan vastas organizaciones que por todos los medios tratan de desvelar el misterio que rodea a las creaciones de próxima aparición.

Para combatirlos, Francia ha creado una Policía especial y ha incluido en su ley de responsabilidad criminal los delitos contra la propiedad de los modelos.

En España, los piratas campan por sus respetos; se ha dado el caso de aparecer en los escaparates

modelos que aun no habían sido presentados por sus legítimos creadores. En fecha próxima se va a presentar en proyecto, por el cual se incluye a los modistas dentro de la ley de Protección a la Propiedad Intelectual.

A don Segismundo Anta le interrogamos sobre este tema:

—¿Se han dado en España muchos casos de «piratería»?

—En el Segundo Festival de la Moda, «pesqué» a un individuo que llevaba una cámara fotográfica disimulada en el hojal de la solapa. Le pedimos nos entregase los negativos. Así lo hizo y nos dijo que enviaba estos microfilms a Londres.

—¿Los ingleses siempre tan caballeros!

ESTE TERCER FESTIVAL

Invitados por la Cooperativa de Alta Costura, hemos asistido a este Tercer Festival de la Moda española, que ha tenido lugar este año, únicamente en los salones particulares. Por deseo expreso de los asistentes se han suprimido los festivales y recepciones que acompañaron a los anteriores.

Nuestros «cinco grandes», en un continuo afán de superación, han podido igualar este año, e incluso superar en noche, bordados y labores artesanas, a los magos de la costura mundial.

En los desfiles de nuestras colecciones han brotado espontáneos los aplausos, con una frecuencia inusitada en los salones, y más siendo los espectadores técnicos y profesionales de la moda extranjera. Las más unánimes y calurosas alabanzas se han prodigado a los vestidos de noche por su suntuosidad. La artesanía española ha unido, una vez más, a la moderna línea la vieja escuela de nuestros bordadores, siendo clara y francamente apreciado el extraordinario valor de nuestras artes suntuarias.

Kittie Campbell, sentada a nuestro lado, toma notas interesadas. Es enviada especial de «Philadelphia Bulletin».

—Sin cobarde, ¿ve usted originalidad y personalidad propia en la moda española?

—La exuberancia y riqueza de su labor artesana son únicas. He aquí una especialidad donde difícilmente le superará ninguna ciudad del mundo.

—¿En realidad, vienen aquí porque es más barato o porque son mejores?

—Todo influye, y en igualdad de calidad, preferimos, como es natural, lo más barato.

ASUNCION BASTIDA CONTRA LA FALDA CORTA DE DIOR

Asunción Bastida ha demostrado

que supera en decisión a sus compañeros de avanzada en la moda española.

—¿Los festivales que se celebran han ido de menos a más o de más a menos?

—Están al mismo nivel. En la parte artística, sin embargo, se ha avanzado mucho, se habla de nosotros en todo el mundo. Se reciben cartas de los lugares más remotos.

—¿Francia empieza a tener celos de nosotros?

—Muchísimos; temen, más que motivo hay; nuestro triunfo no puede dañarlos. Existe sitio para todos.

—¿Usted cree que Christian Dior será derrotado en su batalla por imponer la falda a la rodilla?

—Desde luego. Aquí lanzamos ésta a una altura de treinta y cinco centímetros en los trajes de calle. Para el resto del día la medida que a cada traje le corresponda.

EL PRECIO DE UNA EXCLUSIVA

—¿Si dos compradores solicitan el mismo modelo, quién se lo lleva?

—Si piden exclusiva, que la pague. Hace unos días la casa Franklin Simon, de la Quinta Avenida, me visitó; yo no tenía nada preparado; pregunté qué

estilo deseaban e hice unos bocetos. Se los quedaron en exclusiva.

—¿A cuánto asciende el valor de un modelo en exclusiva?

—A quince mil pesetas los que valen siete mil sin la misma. Entiéndase que esto es para una sola población. En una ocasión vendimos un mismo modelo para cuatro capitales: Nueva York, Chicago, San Francisco y Los Angeles.

—El primero en Francia, ¿quién es?

—No puedo contestar a esa pregunta.

—¿Y en España?

—Cada uno tenemos nuestro estilo.

Asunción Bastida, haciendo honor a su decisión, es la única componente de los «cinco grandes» que se ha desplazado a América del Sur durante la Exposición de la Moda española.

LA MODA ESPAÑOLA TRIUNFA EN SUDAMERICANA

—¿Ha gustado la moda española en Sudamérica?

—Enormemente. Mas las Aduanas han perjudicado. Al irme yo aun no estaba resuelto este problema y hacia ya dos meses que estaban en conversación. Aquello parecía la O. N. U. se hablaba mucho y no se hacía nada. La clientela se peleaba por llevarse un modelo y se tenía que contestar negando la venta hasta tener arreglada esta cuestión de los aranceles.

—¿Usted fue representando a los «cinco grandes»?

—No. Fui personalmente por conocer tierras americanas.

—¿Pero tomó parte en los festivales de la moda allí organizados?

—Tomé parte como uno de los cinco; conseguí mi buen deseo de hacer quedar bien a España. Era cuestión de salvar la situación, me vi obligada a hablar por Radio más de lo que quise. A través de las emisoras sudamericanas di una biografía de mis cuatro compañeros; de mí no dije nada. Por cierto que estas biografías iban a retrasmittirse en España a través de sus emisoras, pero me he visto obligada a retirar los discos en que las mismas están grabadas al enterarme de las envidias que mi viaje a América había suscitado.

—¿Qué países ha visitado en esta gira?

—Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. En esta última mi estancia fue larga.

—¿Y en todos esos países existe el mismo interés por la moda española?

—En todos no, en unos más que en otros; pues, por ejemplo, Brasil, exceptuando la mujer que ha viajado y conoce la elegancia española vive aún por la etiqueta parisiense. Sin embargo, hay una gran inquietud por conocer toda novedad y en satisfacerla consistió mi labor.

—¿Ha vendido usted mucho?

—No fui a vender, mi viaje fue de exploración y propaganda para la costura española. Nuestra moda se ha impuesto en Sudamérica y éste es mi mayor orgullo.

PEDRO RODRIGUEZ SE INSPIRA EN LOS MUSEOS

Rodeado de «trapos» desde el

año 1922, en que comenzó su carrera, Pedro Rodríguez es, quizá, el modista que más hondo ha calado en el mercado norteamericano. Son frecuentes las portadas de las principales publicaciones dedicadas a la moda decoradas con sus modelos. Agobiado por el trabajo de su colección próxima a presentarse, nos concede unos minutos.

—¿Por qué si, como ustedes dicen, crean sus modelos en secreto, coinciden las líneas y los cambios en todos los modistas?

—Las variaciones son algo que flotan en el aire y captamos por intuición. Además tenga usted en cuenta que una forma y una línea hacen venir por deducción a la nueva.

—¿Si usted hubiera lanzado la falda corta, en vez de Dior, hubiese dado tanto que hablar como él?

—Es que yo no hubiese lanzado la falda corta. Aunque siempre estuve de acuerdo con él, esta vez estoy decididamente en contra. La falda larga tiene una prestancia inigualable.

—¿Los profesionales del espionaje le han robado muchos modelos?

—Sí. De mi taller han sacado modelos y los han expuesto en escaparates de Barcelona antes de presentar yo mi colección.

—¿Le copiaron algún modelo famoso?

—Sí; mi «Don Fernando», un chal estilo poncho, que lancé el año pasado, se ha copiado en todo el mundo y muchos se han adjudicado su paternidad. Como caso curioso le diré que lo presentaron hasta las revistas de modas japonesas. Claro que esto en el fondo me halaga.

—¿En qué se inspira para crear sus modelos?

—En un color, un objeto, una forma...; pero mi fuente inagotable son los museos. Goya me ha dado grandes motivos de color y forma. Esta temporada son los colores del Greco, menos vivos que los de aquél, los que imperan.

En cuanto a la línea, este año sigo «los movimientos bíblicos».

—¿Qué hay del baile que prepara el marqués de Cuevas en Biarritz?

—A pesar de que no he dicho nada a nadie todavía, puedo adelantarle que ya me encargaron más de cincuenta trajes para los invitados españoles que entre los cinco mil asistentes han de acudir a la fiesta. Todos los modelos son interpretaciones personales de mi modo de ver el siglo XVIII. Este baile se celebrará el 1 de septiembre, y, por su presupuesto, (400 millones de francos, aproximadamente), superará al de Beistegui en Venecia. Asistirán lo más conocido de la aristocracia, el arte y las letras mundiales.

En la lista de los asistentes, que nos muestra, vemos los nombres del ex rey Pedro de Yugoslavia, y el de Luis Miguel Dominguín.

MODELOS ESPAÑOLES EN U. S. A.

—¿Cómo está considerada su firma en el extranjero?

—Para dar una idea, le diré que Franklin Simons, uno de mis clientes, me exhibe en toda Norteamérica una colección de sesenta modelos y en Nueva York, en

la Quinta Avenida, se exhiben mis trajes de noche en cuatro vitrinas de seis metros de largo, a modelo por vitrina, teniendo como fondo la pintura en la cual me he inspirado. Tengo ofrecimientos de varias casas para que pase unos meses allá en condiciones fantásticas.

—¿Y no acepta?

—Prefiero que vengan ellos aquí.

—Y para terminar, ¿qué opina de la frase de Oscar Wilde, en la que dice: «La moda desde el punto de vista estético es un experimento tal, que nos vemos obligados a cambiarla cada seis meses»?

—Pues...—dudó azorado—muy Oscar Wilde, muy Oscar Wilde...

BELETA: «NOSOTROS DIRIGIMOS LOS GUSTOS»

Y en el tercer santuario que visitamos, su director Francisco Beleta nos recibe en su despacho abarrotado de revistas de modas que en algún rincón forman verdaderos montones. Y surge la primera pregunta:

—El año pasado se lanzaron modelos inspirados en trajes típicos españoles, ¿los cree realmente buenos o bien se crearon para atraer a los compradores americanos tan aficionados a estas cosas?

—Su calidad era indudable, aunque algo hubo de esto último.

—¿Su industria tiene algún apoyo oficial?

—No por ahora, y desde luego es un «handicap» para nosotros, puesto que en el extranjero nuestro oficio está subvencionado por el Estado.

—¿Qué es lo que más admiran los extranjeros en nuestra moda?

—El estilo personalísimo.

—¿Arrebatarán la primacía a París?

—Es difícil. París es el centro de la moda por el gusto que existe en Francia y porque ya es una tradición que así sea. Además, la situación geográfica de aquella ciudad es inmejorable.

—¿Son ustedes los que indican a la mujer cómo ha de vestir o es ella quien les dicta sus preferencias?

—Nosotros somos los que dirigimos los cambios de gustos, nosotros y la Prensa que, particularmente en Francia, lleva a cabo formidables campañas en pro o en contra de las ideas salidas de las mentes creadoras de los modistas.

NO PONDRIA MI ETIQUETA EN UN «DESASTRE»

—¿Existe realmente una casa o modista por encima de los demás?

—En absoluto, ya que uno de los considerados como primera figura puede tener una temporada algo desafortunada.

—Si una señora les encarga un modelo completamente ideado por ella y lo consideran malo ¿se lo confeccionarán y le pondrán su etiqueta?

—Este caso no se da, pero, si ocurriese, nos negaríamos a poner nuestra etiqueta en un «desastre», como usted dice.

—¿Cuántos modelos ha realizado esta casa desde su fundación?

—Es difícil contestar, pero me atrevería a decir que unos 15.000.

—¿Y esta vez cuántos presenta?

—Cincuenta.

—¿Les obligan a realizar muchas pruebas las clientes?

—La mujer es exigente ya que por el precio que paga tiene derecho a serlo; a pesar de ello, siempre acertamos a la primera.

—¿Siempre a la primera?

—Siempre.

—¡Caramba!

PERTEGAZ PRESENTA UN CONJUNTO QUE VALE 5.000 DUROS

Nos facilita la entrevista con Manolo Pertegaz, don Segismundo Anta. En plena Diagonal, la instalación de la casa no puede ser más acertada. Nos recibe en el salón de desfiles. Están preparando a toda marcha la colección otoño-invierno.

—¿Cuántos modelos presenta?

—Unos ciento diez.

—¿El más caro de esta temporada?

—Un conjunto: abrigo y traje de noche. Costará unas 25.000 pesetas.

—¿En qué se inspira para hacer un traje?

—Cada uno nace de una forma. Uno sale después de haber dibujado. Otro es una tela lo que me da idea de la forma; en algunos, es un color.

—¿Tratan los clientes de imponer su propio criterio?

—No; se dejan guiar por nuestras indicaciones. La mayor dificultad es que casi todo el mundo se ve en el espejo como quiere ser y no como es.

—¿Hay algún tipo especial, difícil de vestir?

—No; cualquier modelo se puede acoplar a todos los tipos.

—¿Cómo explica el fenómeno de que, trabajándose tan en secreto, todos presenten las mismas líneas?

—Quizás la explicación sea el «olfato» que todos nosotros debemos tener para saber qué es lo actual y qué lo «demodé».

—¿Por qué en España no asisten los hombres a los desfiles?

—Yo creo que es porque el hombre español cree que la moda es algo demasiado frívolo para ocuparse de ella. Esperamos que el periodismo traiga más hombres a nuestros salones.

—¿Qué número de maniqués tiene la casa?

—Siete.

—¿Cuántos modelos exhibe cada una en un desfile?

—Hacen unas catorce salidas.

—¿Existen en España escuelas de maniqués?

—No, hemos de suplirlas nosotros; por eso se puede saber de quién es el modelo por el modo de exhibirlo, ya que cada modista imprime a las maniqués su personalidad.

NI DEMASIADO AUDAZ NI MUY COBARDE

—¿Qué pretenden con los festivales de la moda?

Y es el señor Anta quien nos contesta:

—Enseñar al mundo la calidad de la moda española y conseguir crear en España algo así como la cultura del vestir.

—¿No cree que los españoles somos los más «cultos» vistiendo?

—Sí, porque han sabido no excederse nunca al aceptar las modas.

—¿A qué se debe la importancia que se concede en Francia a este arte?

Y vuelve a ser el señor Anta quien toma la palabra:

—A que en París la moda es lo que aquí la naranja: un artículo de exportación y fuentes de divisas.

—¿Próximos proyectos?

—En septiembre iré a Atlantic City a un certamen internacional de la moda. Asistirán modistas francesas, italianas e inglesas. Se inaugurará la televisión en color, retransmitiendo un desfile de modelos.

—¿Qué consejo me daría para ir bien vestida?

—No ser ni demasiado audaz ni muy cobarde.

SANTA EULALIA Y EL AUGE DE LA MODA ESPAÑOLA

Las costureras de casa Santa Eulalia iniciaron sus vacaciones colectivas días antes de que fuera recibido por su gerente, señor Sans. Y mientras él me enseñaba los amplios talleres vacíos, por los que entraba a raudales la luz de un sol agosteoño y canicular, íbame explicando la organización de la empresa.

—Disponemos de cinco grandes talleres, dos de ellos destinados a sastrería de señoras, y tenemos, además, otros dos de fantasía...

—Y dígame, señor Sans, ¿cómo funciona la sección artística en Santa Eulalia?

—Nuestros diseños los ejecutan cuatro dibujantes, y sus proyectos sobre tela o vestido son supervisados por don Pedro Formosa, el técnico número uno en estas cuestiones. El es quien escoge el modelo definitivo, sin obstáculo de que, en ocasiones, ese modelo sea una «refundición». Muchas veces lo que ha gustado en teoría, no resulta en la práctica.

—¿Vendieron mucho en los certámenes anteriores?

—No nos podemos quejar. En el segundo festival se ha vendido más del doble que en el primero, de forma que la marcha global de la moda española yo la resumiría diciendo que va en sentido ascendente.

—¿A qué atribuye usted esta creciente consideración internacional por la moda española?

—Primero, a que durante la guerra las casas de París no pudieron trabajar normalmente, y después, a que nosotros aprovechamos la ocasión para ganar el terreno perdido por los franceses.

—Y ¿se ha logrado plenamente el objetivo?

—En parte sí, porque hay que tener en cuenta que París sigue pesando mucho. De todas formas, una gran ventaja de la moda española reside en que muchos turistas acuden a Barcelona porque compran más barato que en París.

—¿Puede decirse de Barcelona que es la capital de la moda española?

—Ciertamente puede decirse; pero no debemos olvidar que en Madrid, San Sebastián y otras capitales existen también muy buenas casas. De todas formas, por su volumen, Barcelona es el primer centro de la moda nacional.

—Concretando más, ¿cuál cree usted que es la mayor ventaja de nuestra moda?



«Chamanto», creación de Asunción Bastida en tricot de lana gris. El nombre está dedicado a las Repúblicas sudamericanas

EL VALOR DE LAS MANOS

—El trabajo a mano. Esto entusiasma a los norteamericanos y, en general, a todos los extranjeros, incluidos los parisenses. Aquí no se compone a máquina, salvo en lo concerniente a costuras largas.

—¿Cuáles son los visitantes extranjeros que han comprado más en Santa Eulalia?

—Entre otros que ahora no recuerdo, puedo citar a Zelinka Matlik, de Nueva York, y a la señora Mary Forbes, de Londres. Los profesionales van acudiendo cada vez en mayor número a nuestros certámenes, y principalmente tenemos éxito con los norteamericanos; de manera que el panorama es sencillamente esperanzador.

Y como el calor aprieta de lo lindo, volvemos a cruzar —esta vez con dirección a la calle— los luminosos talleres de Santa Eulalia.

La moda española va imponiéndose, para orgullo y satisfacción de todos, y de los barceloneses en particular, que han prestado su marco ciudadano a este III Festival de la Moda.

Ayer nadie hubiese creído posible invadir el exclusivismo parisién de la moda, y mucho menos que esta incursión fuera respaldada por el éxito. Hoy hemos de solidarizarnos y felicitar a los «cinco grandes», cuya mayor satisfacción es titular sus creaciones con el nombre de españolas.

(Intervinieron en este reportaje: María Cruz Hernández, Jaime Buesa, Javier Comín, Mario Lletget y Miguel Pueyo.)

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas
solicitando una suscripción.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

LOS "CINCO GRANDES" DE LA MODA

Hablan para EL ESPAÑOL

LOS MODISTAS ESPAÑOLES
CONTRA LA FALDA CORTA
QUE QUIERE IMPONER DIOR

Los días 5, 6 y 7 de agosto se ha celebrado en Barcelona el III Festival de la Moda Española, dedicado, como los dos anteriores, exclusivamente a los profesionales extranjeros, venidos para comprar los modelos que reproducirán y exhibirán el próximo otoño en sus respectivas casas. Con este motivo, EL ESPAÑOL ofrece, a partir de la página 60 de este número, unas declaraciones de los «cinco grandes» (Asunción Bastida, Pedro Rodríguez, Francisco Beleta, Manolo Pertegaz y Santa Eulalia).



Una modelo de Pedro Rodríguez presenta este traje de «coetils» en pique blanco con incrustaciones de tisu de oro, bautizado con el nombre de «Tetuán»

Compradores norteamericanos, en «El Dique Florentino», de Barcelona, toman notas durante una exhibición de modas.